GANDHI

HEIMO RAU



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

GANDHI

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS



GANDHI

HEIMO RAU

Prologo

RAMIRO A. CALLE

SALVAT

Versión española de la obra original alemana: *Gandhi*,
publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Traducción del alemán a cargo de Rosa Pilar Blanco.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat
o de Rowohlt Taschenbuch.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)
ISBN: 84-345-8149-3
Depósito legal: NA -665-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

Indice

Los números de referencia corresponden a las notas de la página 177.



Gandhi (1864-1948)

Mohandas Karamchand Gandhi, al que Tagore dio el calificativo de *Mahatma* («Alma grande»), nació en Porbandar (India) en 1869. Cuando sólo contaba 13 años de edad, contrajo matrimonio con Kasturbai Nakanji. Estudió leyes en Londres y posteriormente ejerció la abogacía en su país. Durante su prolongada estancia en Sudáfrica intervino activamente contra las segregaciones raciales y perfiló sus métodos de lucha no violenta, fundando comunidades regidas por principios tomados de la tradición hindú y de algunos teóricos occidentales. A su regreso a la India, en 1914, adoptó el modo de vida y vestimenta hindúes, organizó la resistencia pacífica contra los colonizadores británicos y fue encarcelado varias veces. Elegido presidente del Partido del Congreso, participó en la Conferencia de 1931 en la que se reclamaba la independencia de la India. Desarrolló numerosas actividades de lucha pacífica y a favor de las comunidades más marginadas de su país. Tras un prolongado ayuno, fue excarcelado por última vez en 1944 y participó en las negociaciones que condujeron a la independencia de la India, aunque siempre se opuso a la separación de Pakistán. Gandhi murió en Delhi, asesinado por un fanático hindú, en 1948.

◄ *El Mahatma Gandhi. «Tranquilos ojos melancólicos. Un hombrecillo débil, delgado de rostro, de orejas grandes y separadas...» (Romain Rolland).*



Rowohlt

Las pertenencias de Gandhi demuestran claramente la sencillez con que vivía el maestro hindú, pero al mismo tiempo, por la riqueza del mensaje que simbólicamente representan, constituyen una herencia de incalculable valor para toda la humanidad.

Prólogo

Tras las huellas de Gandhi

por ***Ramiro A. Calle***

Si en nuestro siglo ha habido algún hombre dotado con el carisma de los antiguos profetas y poseedor de una fuerza espiritual semejante a la de los grandes fundadores de religiones, ese hombre es Gandhi. Y sin embargo, el maestro hindú no dedicaba su tiempo a predecir las catástrofes del futuro ni fundó religión alguna. Tampoco poseía la imagen externa que parece imprescindible a los líderes contemporáneos. Nada más anacrónico en nuestra época que su figura escuálida y semidesnuda, como salida de una viñeta de las antiguas literaturas sagradas. Pero, al mismo tiempo, nada tan verdadero y ejemplar como su vida y su lucha. "He aquí al hombre —escribió de él Romain Rolland, uno de sus primeros biógrafos— que ha sublevado a trescientos millones de hombres, quebrantado el Imperio Británico, e inaugurado en la política humana el movimiento más poderoso desde hace dos mil años." Y Einstein: "Ha demostrado que se puede reunir un poderoso séquito humano, no sólo mediante el juego astuto de las habituales maniobras y trampas políticas, sino también con el ejemplo convincente de una vida moralmente superior."

En la figura de Gandhi confluyen aspectos muy diversos. Las valoraciones del papel que ha desempeñado en la historia de las últimas décadas acentúan sobre todo la importancia política de su influencia en el proceso independentista de la India. Otras veces, se destaca la corriente de pacifismo que, frente a la escalada bélica, tiene en la vida y el pensamiento del Mahatma uno de sus más firmes baluartes. Se habla de su ascetismo sin concesiones, de su idealismo práctico, de la singularidad de su testimonio vital en un mundo marcado por la crisis de los valores del espíritu. Muchos han pretendido hacer de él un santo, un ser tan ejemplar como inalcanzable. Otros, en cambio, le han comparado con Diógenes de Sinope, el filósofo cínico de la Grecia clásica, y algunos incluso han llegado a considerarle un masoquista iluminado. Un fanático hindú, al dispararle mortalmen-

te, le convirtió en un mártir. Con frecuencia, el peso de los aspectos hagiográficos es tan marcado que se corre el peligro de olvidar que Gandhi fue ante todo un hombre que se hizo a sí mismo a través de un proceso en el que la búsqueda de su propia perfección incluía la lucha por la felicidad de sus semejantes. En este sentido, él es el perfecto ejemplo de esa fuerza que está más allá de toda fuerza violenta, de la energía que brota de la entrega incondicional a los otros y de la identificación plena con sus problemas y zozobras.

El mensaje de Gandhi es una síntesis de influencias y se eleva, en cierto modo al menos, como una posible salida a muchos de los problemas que el hombre de hoy tiene planteados, y sobre todo a aquellos que se derivan del uso de la violencia como método sistemático para imponer la ley del más fuerte, pero también como forma de defensa frente a las agresiones del poder. No en vano el propio Gandhi, unas horas antes de su trágica muerte, pronunció estas palabras, que muy bien podrían ser consideradas como el resumen testamentario de su vida: "Si todos los que ahora me escucháis caminarais hacia la paz por el sendero de la no-violencia, me iría de este mundo muy satisfecho, aunque muriera abatido por la violencia de los fusiles."

Asentadas en una nueva interpretación de los fundamentos espirituales de su pueblo, pero abiertas al mismo tiempo al influjo de quienes, en Occidente, percibían también el agotamiento de unos modelos concretos de desarrollo y propugnaban un cambio esencialmente humano, la actitud vital de Gandhi, sus "experiencias con la verdad" y sus posturas de no-violencia constituyen una referencia ineludible en la historia del siglo XX, aunque a la postre sus palabras hayan caído en el vacío y sus esfuerzos no hayan alcanzado la eficacia que él deseaba.

La sensibilidad que Gandhi mostró durante toda su vida hacia el perfeccionamiento espiritual, verdadera fuerza motriz de todas sus actividades, puede explicarse inicialmente por la influencia de su entorno cultural —esa urdimbre de tradiciones milenarias que configuran la India, tal vez el país más asombroso y contradictorio del mundo—, y más concretamente, por la importancia que en su formación tuvo su familia, perteneciente a la secta visnuita y respetuosa de los principios del jainismo. Los visnuitas valoran de un modo especial la experiencia mística y el seguimiento de las llamadas interiores, y consideran que la fuerza espiritual de un hombre depende de la pureza de su corazón y de su capacidad para perdonar las injurias y autodisciplinarse, de ahí que pongan un marcado énfasis en las prácticas ascéticas que ayudan a dominar las pasiones y otorgan pleno poder sobre la naturaleza. Por su parte, el jainismo, secta religiosa cuyo profeta fue Vardhamana Mahavira (siglo -VI), resume su ideal de vida en el respeto de cinco preceptos o mandamientos básicos: no hacer daño a ningún ser vivo, decir siempre la verdad, no apropiarse de nada ajeno, permanecer despegado de los bienes materiales y ser casto.

En la actitud vital de Gandhi puede rastrearse con facilidad el influjo de estas doctrinas, pero sería erróneo pensar que el líder hindú se limitó a seguir una tradición religiosa llevándola hasta sus últimas consecuencias. El peso del entorno familiar y cultural no puede ocultar una de las características más significativas de Gandhi: su enorme voluntad para buscar la verdad allí donde su razón y su corazón se la mostraban, sin aferrarse a dogmatismos obcecados.

Esta permanente actitud de búsqueda, unida a una gran tenacidad para enfrentarse a las dificultades y a la fuerza que siempre irradian aquellos que son capaces de vivir de acuerdo con los ideales que propugnan, explica que un ser medianamente dotado como Gandhi pudiera llegar a convertirse en el maestro espiritual de millones de personas. Su vida está llena de ejemplos en este sentido. Así, siendo aún muy joven, se enfrentó, pese a su carácter tímido e inseguro, contra la prohibición de su casta que le impedía viajar al extranjero. Ya en Londres, luchó tenazmente para conseguir llevar una vida acorde con las promesas que había hecho a su madre de permanecer fiel a los principios fundamentales de sus mayores, a pesar de la atracción que determinadas costumbres y modas occidentales ejercían sobre él. En Sudáfrica desafió abiertamente el estado de cosas establecido por los colonizadores blancos, y fue vejado y encarcelado, pero en medio de tantas humillaciones encontró el camino de la no-violencia. De vuelta a la India, abrió una vía hacia la independencia defendiendo unos métodos que, en muchas ocasiones, le supusieron un difícil enfrentamiento con los otros líderes políticos. Igual decisión mostró en relación con los problemas de los intocables, el grupo humano más marginado por el férreo sistema de castas hindú. Y fuera del ámbito de la India, son también memorables las cartas que Gandhi, "en nombre de la Humanidad", dirigió a Hitler instándole a detener la guerra.

Todo este proceso, que visto desde su final puede parecernos el resultado de una coherencia sin fisuras o el mero cumplimiento de un destino inevitable, fue por el contrario fruto de un aprendizaje constante y de la generosidad con que Gandhi bus-

có siempre, por encima de las diferencias, el latido común de las más profundas aspiraciones humanas.

Precisamente su postura no dogmática, pero a la vez firme e invulnerable en sus convicciones, fue la que dotó al pensamiento y a la actividad del líder hindú del dinamismo y capacidad de respuesta frente a nuevos problemas que tanta sorpresa causó en Europa durante el proceso independentista de la India. Y no deja de resultar curioso que fuera precisamente en Londres donde Gandhi —que durante mucho tiempo pensó que el Imperio Británico era una institución providencial para el progreso del mundo— iniciara lo que podríamos llamar el retorno hacia sus fuentes, a raíz del impacto que le produjo la lectura del Bahagavadgita, una de las obras fundamentales de la literatura hindú, en una etapa en la que sus máximas aspiraciones parecían cifrarse en llegar a ser un verdadero gentleman. Respecto a esta obra Gandhi dijo: "Cuando me asaltan las dudas, cuando me afligen los desengaños y no veo un rayo de luz en el horizonte, me vuelvo al Bahagavadgita y encuentro un versículo que me consuela, e inmediatamente comienzo a sonreír en medio de una pena abrumadora. Mi vida ha estado llenas de tragedias, y si no han ejercido un efecto visible o invisible en mí, se lo debo a las enseñanzas del Bahagavadgita."

Durante su conflictiva y ya mencionada estancia en Sudáfrica —decisiva etapa de formación en la que Gandhi perfiló los métodos más importantes de su lucha— influencias diversas, tales como la valoración del trabajo manual propugnada por John Ruskin, la desobediencia civil defendida por H. D. Thoreau, el pacifismo anarquizante del escritor ruso Lev Tolstoi —hacia el que Gandhi sintió siempre una gran admiración— y el especial acento en el amor al prójimo del mensaje cristiano, se fundieron con una visión renovada de las doctrinas y el estilo de vida propuestos por el hinduismo, dando lugar a los dos pilares básicos sobre los que se apoya la doctrina de Gandhi: la satyagraha, o "fuerza de la verdad", fundamento de la resistencia pasiva, entendida ésta no en sentido negativo sino como despliegue del impulso espiritual de quien sitúa la búsqueda de la verdad por encima de cualquier otra circunstancia; y la ahimsa o no violencia, que impide responder al mal con el mal y constituye el medio más adecuado para fortalecer la satyagraha.

Esta síntesis de principios y, sobre todo, su puesta en práctica por Gandhi, tanto a nivel individual como colectivo, creando comunidades regidas por ellos —ashram—, explican la fuerza universal del mensaje gandhiano y el que muy pronto su ejem-

plo trascendiera las fronteras del país al que pertenecía. El ejemplo vital del "fakir semidesnudo", como despectivamente le llamara Churchill, encontró una profunda resonancia en Occidente, tal vez porque, como el propio Gandhi escribió, "la naturaleza humana es la misma en todas partes, sin importar la tierra que se pisa o el cielo que se contempla".

Con todo, Gandhi era un hombre que también se debatía contra sus propias contradicciones internas, y algunos aspectos de su biografía, especialmente los referidos a sus relaciones familiares, demuestran que poseía cierta rigidez de carácter que no siempre facilitaba la convivencia. Austero hasta límites que en ocasiones hicieron incluso peligrar su salud, abiertamente opuesto a los intercambios sexuales, perfeccionista y autocontrolado, su relación con sus hijos no fue sencilla y mucho tuvo que amarle la admirable Kasturbai, su esposa, para poder someterse a la espartana vida del Mahatma.

Sin embargo, estos aspectos contradictorios —que, por otra parte, contribuyen a acentuar los perfiles humanos del personaje— no empañan su ejemplar trayectoria personal y pública. Reaccionando contra la expansión del materialismo occidental a través de la India, Gandhi puso en marcha un proceso que acabaría por liberar a su país del dominio británico, y en el que demostró poseer una notable inteligencia política al manifestarse como un líder que no se dejaba arrastrar por la apariencia del triunfo fácil, sino que preparaba gradualmente la conciencia de su pueblo y organizaba sus acciones de tal forma que no se evaporasen en un estallido momentáneo. Las protestas pacíficas pero firmes, sus prolongadas huelgas de hambre, su imaginación para encontrar nuevas vías de oposición y protesta —como la multitudinaria marcha de la sal— que no contradijeran sus principios, pero que a la vez fueran eficaces, y su continua labor pedagógica, tanto en su entorno más cercano como a través de sus viajes por diferentes regiones de la India y sus frecuentes escritos en diversas publicaciones, devolvieron al pueblo hindú la confianza en sus propias tradiciones y la fuerza necesaria para liberarse de la opresión colonizadora. Y en todas estas acciones, Gandhi tuvo siempre la firme convicción de que la violencia sólo genera violencia y se mantuvo en todo momento fiel a sus principios, aunque a veces tal actitud pudiera suponer un error político. "Sé que al embarcarme en la no violencia —escribía en una carta al virrey de la India— correré lo que podría llamarse un riesgo de locura, pero las victorias de la verdad jamás se han ganado sin riesgos, con frecuencia graves."

Gandhi fue un agitador de masas que utilizaba la oración y el ayuno como consignas para hacer eficaz una huelga general, y también un reformista económico que proponía la vuelta a la rueca y a la agricultura como medio para evitar la dependencia económica de su pueblo respecto al colonialismo inglés y para paliar la pobreza de extensas capas de la población de la India. Pero su mensaje iba más lejos.

La independencia de la India es el dato histórico al que suele concederse mayor relieve en las biografías de Gandhi y en todos los recuerdos de su figura. Pero muchas veces tras este reconocimiento se olvida que el Mahatma no se conformaba con el hecho de que el poder simplemente cambiara de manos. Su lucha no se agotaba en los aspectos políticos ni en las necesarias reformas económicas, sino que englobaba ambas cuestiones en un cambio profundo del estilo de vida: una orientación de la existencia encaminada a rescatar los valores espirituales, la sencillez, el amor y la ética en las relaciones entre los seres humanos. Pretendía, en fin, crear una nueva cultura basada en una amplia síntesis de todas las civilizaciones que dejaron su huella en la India y que a la vez fueron modificadas por este país.

En la medida en que este ideal está todavía muy lejos de ser una realidad, puede afirmarse que las palabras y el ejemplo de Gandhi —como los de tantos otros espíritus nobles a lo largo de la historia— han caído en el vacío. Las matanzas entre musulmanes e hindúes que el propio Gandhi tuvo que sufrir como una de sus más dolorosas experiencias al final de sus días, su trágico asesinato y la posterior evolución política de la India, completamente ajena al camino marcado por sus enseñanzas, así lo demuestran. Como escribió Einstein, "quizá las generaciones venideras duden alguna vez de que un hombre semejante fuese una realidad de carne y hueso en este mundo".

Con todo, permanece la influencia innegable de su testimonio, que ha inspirado a numerosos movimientos contemporáneos, tales como la lucha antirracista de M. Luther King en EE UU o la "violencia de los pobres" de Helder Câmara en Brasil, sin olvidar la deuda ideológica que colectivos diversos como los objetores de conciencia o los pacifistas de todo el mundo tienen contraída con el maestro hindú.

Y en la India, permanecen también innumerables huellas del paso de Gandhi. En ciudades como Bombay, Chandigart, Poona, Delhi o Calcuta puden visitarse los lugares en los que el Mahatma residió o estuvo encarcelado, y todavía puede hablar-

se con algunas personas que le conocieron directamente. Durante mi último viaje a este país tuve la oportunidad de conocer al Dr. Mehta, fundador de una sociedad espiritual denominada Los servidores de Dios. Este curioso personaje, conocido por sus seguidores como reverendo Dadaji, es experto en naturopatía; durante más de quice años fue el médico personal de Gandhi, y también su amigo e íntimo confidente. Por ello creo que puede resultar de interés para el lector este testimonio de primera mano.

Estamos en una habitación de dimensiones reducidas. En las paredes cuelgan cuadros con las figuras de Jesucristo y Shiva. El Dr. Mehta es un hombre alto y fuerte, de más de ochenta años. Lleva el cabello recogido en una coleta y viste una túnica de fuerte color amarillo.

—Deseo entrevistarle— le digo.

—Entrevistarme a mí es un problema —contesta con cierta ironía—, porque no me conozco a mí mismo.

—Usted fue médico personal de Gandhi y tuvo gran amistad con él, ¿no es así?

—Exacto. Le atendí durante muchos años. Le curé algunas enfermedades y le hice varios tratamientos naturistas.

—¿Fue su confidente?

—Efectivamente.

—¿Cómo era Gandhi?

—Era un hombre muy especial. A veces tenía ciertas intuiciones espirituales que determinaban su conducta. Demostró una gran compasión por todos, pero especialmente por los descastados.

—¿Qué le hacía tan resistente a pesar de su frágil apariencia física?

—Su gran fe, su enorme convicción.

—Desde la distancia del tiempo transcurrido, ¿cuál es ahora su opinión sobre Gandhi?

—Como él mismo declaró muchas veces, Gandhi no buscaba un camino espiritual. Era un buscador de la verdad, pero la muerte le sorprendió antes de que pudiera encontrarla. Murió antes de liberarse, y si ahora está o no liberado, eso sólo puede decirlo alguien que haya abierto el ojo interno a la verdad.

Las palabras del Dr. Mehta no dejan de ser sorprendentes. En cualquier caso, suponen un punto de vista desde dentro de la tradición hindú, a veces tan incomprensible para nuestras

mentes occidentales. Pero no debemos olvidar que ha sido precisamente Gandhi uno de los personajes de la India contemporánea que más ha luchado por tender un puente entre dos mundos que, con demasiada frecuencia, han caminado y caminan ignorándose mutuamente. De ahí el enorme interés que encierra la biografía del Mahatma.

En las páginas que siguen se relatan los momentos más importantes de la vida del líder hindú y se exponen los contenidos fundamentales de su mensaje. Heimo Rau ha acudido con frecuencia a las palabras del propio Gandhi para explicar el sentido de su lucha o el alcance de ciertas experiencias. En un personaje como éste, cuyas dotes carismáticas y poder de fascinación reconocen cuantos le conocieron, el relato en primera persona adquiere un valor especial. Pese a que, como señalara Nehru, los escritos de Gandhi no pueden ofrecer más que un pálido reflejo de su personalidad, a través de estos testimonios todavía es posible sentir la enorme fuerza espiritual de un hombre que hizo de la no-violencia y del amor la suprema ley de su vida.

Primera parte

EDUCACIÓN Y AUTODIDACTISMO



1. Infancia y adolescencia

La península de Katiavar, patria del Mahatma Gandhi, está situada en el extremo occidental de la India, a medio camino entre Bombay y Karachi, y se adentra por el sur en el mar Arábigo. Esta situación geográfica la ha mantenido hasta hoy fuera de las rutas habituales de los viajeros. En el siglo pasado, este territorio del Gujarat estaba escindido en multitud de pequeñas ciudades-estado, cuyos príncipes adoptaban frente a sus súbditos actitudes teñidas de un fuerte autocratismo, que, sin embargo, deponían frente a los representantes de la potencia colonial inglesa. Unas cifras del censo de 1872 ponen de relieve la reducida dimensión de estos principados: Porbandar contaba con 72.077 habitantes, Rajkot con 36.770 y Vankaner con 28.750.

Karamchand Gandhi, el padre del Mahatma, había servido en diferentes épocas de su vida a los rajás de los tres estados citados como presidente del Consejo. Su familia pertenecía a la casta de los Banias, casta de comerciantes conocidos tanto por su habilidad, tenacidad y astucia, como por sus maquinaciones y su carencia de escrúpulos. Dentro de las múltiples variantes del hinduismo, la familia profesaba la de los visnuitas, los adoradores de Visnú. Karamchand se había casado cuatro veces. Sus tres primeras esposas habían muerto jóvenes. De los dos primeros matrimonios tenía dos hijas, y una hija y tres varones de Putbai, su última esposa. Mohandas Karamchand, el benjamín, nació en Porbandar el 2 de octubre de 1869. Durante su infancia y adolescencia nada hacía presagiar que se estaba gestando en él una personalidad que había de conmocionar al mundo. Durante esta época profesaba una ilimitada adoración hacia sus padres, que patentizaría cincuenta años mas tarde en sus escritos.

Su padre poseía un acendrado amor a la verdad, valor cívico, generosidad, un gran sentido familiar y un temperamento muy impulsivo que a veces le desbordaba. Carecía de formación es-

◄ *Gandhi en 1914*



Karamchand Gandhi, el padre del Mahatma

pecífica, pero no se sentía frustrado por ello porque todo cuanto necesitaba para desenvolverse eficazmente en la vida pública de esos minúsculos estados lo había aprendido en la práctica diaria, que no exige conocimientos de geografía e historia, sino una amplia experiencia en asuntos prácticos y capacidad para enfrentarse a los problemas más complejos y enrevesados; cualidades éstas que Karamchand tenía en alto grado y ponía de relieve go-



Rowohlt

Casa natal de Gandhi en Porbandar

bernando a miles de personas. No hizo fortuna y dejó a su familia una herencia modesta. Al que conozca el contexto en que se desenvolvía no le impresionará saber que tenía casas en Porbandar, Rajkot y Kutrana: era simplemente un burgués acomodado.

La madre de Gandhi tenía un gran sentido común e información puntual de cuanto acaecía en la ciudad y en palacio, en el que hasta la princesa madre ponderaba su prudencia y conse-

jo. Con todo, el rasgo más destacado de su personalidad era su arraigada y profunda religiosidad, hasta el punto de que al hijo se le aparece en el recuerdo como una santa acostumbrada a hacer y a mantener sin vacilaciones los votos más duros, e inclinada al ascetismo y al ayuno. Durante la época del monzón húmedo (*caturmas*), que duraba cerca de cuatro meses, se alimentaba una vez al día; a veces intensificaba el ayuno y hacía una sola comida cada dos días. Todo esto lo realizaba con alegría y sin merma ni descuido de sus tareas cotidianas como ama de casa y madre. En otras *caturmas* prometió no comer hasta ver el sol.

«En aquellos días —escribe Gandhi—, nosotros, niños aún, mirábamos el cielo con ansiedad esperando la aparición del sol para anunciárselo a nuestra madre. Es de sobra conocido que durante la primera mitad del monzón húmedo el sol no se digna a mostrar su faz. Siempre recordaré un día en que apareció de pronto tímidamente y nosotros nos precipitamos en tropel a decírselo a nuestra madre, que corrió fuera para comprobarlo con sus propios ojos. Pero entretanto el fugitivo sol se había ocultado, condenándola al ayuno. "No importa —dijo alegremente Dios no quiere que coma hoy." Y volvió a sus quehaceres.»

En este ambiente familiar hunden sus raíces numerosos rasgos que caracterizarán la futura actuación del Mahatma: la pasión por la verdad, la religiosidad que impregnará toda su vida cotidiana, su tendencia al ascetismo, la práctica del ayuno...

El pequeño Mohandas creció en Porbandar sin llamar especialmente la atención. En la escuela tuvo dificultades con las matemáticas, y a este respecto él mismo reconocerá más tarde que su inteligencia había sido indolente y su memoria poco entrenada. A los siete años marchó a Rajkot para continuar su educación escolar. «Fui un alumno mediocre», escribirá Gandhi de esta época. Pero también recordará con absoluta nitidez que hasta los doce años nunca había mentido y que había cumplido fielmente todos sus deberes. Era un niño tímido, poco sociable y con un acusado sentido del ridículo; un niño que amaba el silencio y que hablaba sólo lo imprescindible cuando era absolutamente necesario.

Mientras tanto, no sabía que había estado prometido dos veces, pero como las dos niñas prometidas suyas habían muerto, su familia concertó un tercer matrimonio cuando Gandhi tenía siete años, por supuesto también sin contar con él. Cuando llegó el momento de los esponsales y se iniciaron los preparativos para el festejo nupcial supo al fin lo que se fraguaba, y mostró gran alegría por un hecho que para él suponía lujosos vestidos, comi-



Mohandas Karamchand Gandhi a los siete años de edad.

da muy sabrosa, esplendor festivo y una desconocida compañera. Tanto él como Kasturbai, su futura esposa y novia suya desde hacía seis años, tenían la misma edad: trece años. Las bodas se celebraban por entonces —y se siguen celebrando aún hoy en día— con un derroche tal que no pocas veces provocaba la ruina de las familias, razón por la que su padre y su tío habían preparado una única fiesta para celebrar simultáneamente tres matrimonios: el de Mohandas, el de su hermano mayor y el de su primo. La alegría de este momento tan sólo fue empañada por el accidente que sufrió el padre de Gandhi en el viaje de Rajkot a Porbandar, y que le produjo serias heridas, aunque no le impidió asistir a la boda.

«En esos momentos, ni aun forzando mi imaginación se me hubiera ocurrido pensar que llegaría un día en que habría de criticar severamente el proceder de mi padre por haberme casado siendo todavía un niño. Aquel día todo me pareció perfecto, bueno y alegre. Yo, en mi fuero interno, deseaba casarme. Y como los actos de mi padre entonces me parecían absolutamente irreprochables, el recuerdo de tales acontecimientos permanece aún fresco en mi memoria. Todavía me acuerdo de cómo nos sentamos el día de nuestra boda, cómo ejecutamos el rito *saptapadi*, cómo, siguiendo la costumbre de los recién casados, introdujimos en nuestras bocas dulce *kansar* y cómo iniciamos nuestra vida en común. ¡Ah, aquella primera noche! Dos niños inocentes se precipitaban completamente ignorantes en el océano de la vida.»

Como consecuencia de la boda, Mohandas perdió un año en el Instituto al que por entonces acudía, pero salvó el escollo recuperando el tiempo perdido: en el Instituto era un buen alumno, sacaba notas altas e incluso ganaba premios. No tenía en gran estima su propio talento, escribiría Gandhi más tarde, pero en cambio fue siempre un celoso vigilante de su carácter debido a un sentido moral muy agudizado. Sólo así se explica que Gandhi, ya entrado en años, describiera en su autobiografía poco menos que como una tragedia experiencias juveniles completamente normales a esa edad.

En su juventud, y contra el parecer de su madre, de su hermano mayor y de su esposa, Mohandas había intimado con un amigo de más edad y fuerte personalidad que se imponía a un Gandhi más tímido y retraído. Mohandas deseaba tanto parecerse a él que siguió el consejo que le dio su amigo: «¡Tienes que comer carne! Porque ¿cómo crees que unos miles de ingleses pudieron someter a millones de hindúes sino porque aquéllos se ali-


Rowohlt

Edificio de la Alfred High School, en Rajkot.

mentaban a base de carne mientras que los hindúes son vegetarianos? Si modificáramos nuestra alimentación nos sería muy fácil sacudirnos el yugo del dominio extranjero.» Mohandas acabó sucumbiendo a esta argumentación, tras una larga lucha interna, porque sus padres eran unos visnuitas muy severos y la aversión a la ingestión de carne era en ellos tan poderosa como entre los jainistas, de gran influencia en Gujarat y en el ambiente familiar de Gandhi: comer carne era un pecado mortal. ¿Cómo hubiera podido el joven, en caso de transgredir este precepto, mantener en secreto su delito, acostumbrado como estaba a la verdad? Pero su amigo supo disipar todos sus escrúpulos de conciencia.

«Nos dirigimos hacia el río y buscamos un paraje solitario en la orilla: fue allí donde vi carne por primera vez en mi vida. Mi amigo había traído también pan de panadería. Ambos alimentos me desagradaron. La carne de cabra, correosa como el cuero, me produjo náuseas, e inmediatamente tuve que dejar de comer. Pasé una noche terrible, poseído por una espantosa pesadilla: en cuanto conciliaba el sueño, sentía que una cabra viva balaba en mi interior, y me despertaba sobresaltado y lleno de remordimientos. Pero al punto recordaba que me había impuesto la obligación de la carne y me tranquilizaba.»



Howohlt

Reiterando experiencias como la relatada, el joven Gandhi acabó por acostumbrarse a la carne, pero este alimento no llegó a formar parte de su dieta porque se sentía incapaz de confesar a sus padres una verdad que les hubiera herido mortalmente. Este fue también el motivo de que aplazara la solución definitiva del problema

Era necesario detenerse en esta anécdota porque de ella arranca uno de los puntos básicos del Gandhi reformista de costumbres. Aludiremos de pasada a los intentos de su amigo por llevarlo a un burdel y a otra posible fuente de conflicto, como la

◀ *Gandhi, a la izquierda, a los catorce años de edad. Era la época en la que el joven Mohandas albergaba serias dudas acerca de la validez de algunas tradiciones hindúes.*



Gandhi en 1886, cuando contaba dieciséis años de edad

iniciación en el tabaco de los jóvenes hermanos Gandhi, para centrarnos en otro punto fundamental íntimamente relacionado con los sucesos acaecidos a la muerte de su padre.

Gandhi se había casado a los trece años. El mismo anota en su autobiografía: «No perdí tiempo en exigir mis derechos conyugales.» En la sociedad hindú de aquella época las mujeres carecían de instrucción. Kasturbai, evidentemente, no era una excepción. Su esposo la describe como sencilla, independiente, tenaz y reservada, y reconoce que estaba apasionadamente enamorado de ella. En el colegio, su imagen le rondaba constantemente, y el pensamiento de la intimidad nocturna le perturbaba. Tenía dieciséis años cuando su padre cayó enfermo, aquejado de una fístula que le obligó a guardar cama. Mohandas asumió la labor de enfermero: curaba cuidadosamente la herida, preparaba la medicación y, todas las noches, antes de que su padre se durmiera, le daba masajes en las piernas.

«Por aquel entonces, mi esposa esperaba un hijo —circunstancia que, vista con la perspectiva actual, me avergüenza por partida doble—. Hubo una ocasión, siendo aún estudiante, en que la lujuria se apoderó de mí, haciéndome postergar mis deberes escolares, y lo que es aún más importante, la devoción a mi padre. Cada noche mis manos masajeaban las piernas de mi padre, pero mis pensamientos giraban en torno a mi alcoba. Y llegó aquella terrible noche. Mi tío había venido de Rajkot... Eran las diez y media u once de la noche y, como siempre, yo estaba

con el masaje cuando mi tío se ofreció a sustituirme. No lo dudé y, loco de alegría, me encaminé al dormitorio. Mi esposa dormía profundamente y la desperté. Habrían transcurrido apenas cinco o seis minutos cuando el criado llamó a la puerta. Yo me incorporé sobresaltado mientras le oía decir: "Levántate. Tu padre está muy mal." Yo conocía de sobra su estado y por consiguiente intuía lo que significaban las palabras "muy mal" en esas circunstancias. Salté del lecho.

»—Vamos, dime, ¿qué ocurre?

»—Tu padre acaba de morir.

»Todo había terminado. Me retorcí nerviosamente las manos, y lleno de dolor y embargado de una profunda vergüenza me precipité en la habitación de mi padre. Una vez en ella, comprendí que de no haberme cegado un placer animal hubiera podido ahorrar a mi padre el tormento de la separación en sus últimos momentos.»

La índole del relato revela cuán profundamente afectaron a Gandhi estos acontecimientos, y qué poderoso influjo ejercerían en su personalidad durante toda su vida. Esta vivencia de juventud sería decisiva para la irrenunciable exigencia futura de la *brahmacarya* (continencia) de Gandhi.

En 1887 Gandhi aprobó en Ahmedabad, capital de Gujarat, el examen que le abría la puerta de estudios superiores y de la Universidad. Antes de cerrar el capítulo de su infancia y adolescencia hemos de hablar de sus experiencias religiosas durante este periodo. Por su origen, Gandhi era visnuita. Pero el templo de Haveli, al que acudía con frecuencia, le desagradaba por su lujo desbordante y le hacía sentirse incómodo, quizá porque no lo veía como su casa. Su nodriza Rambha mitigó mucho los miedos a fantasmas y espíritus que le atenazaban, enseñándole a invocar a Dios en las circunstancias amargas y difíciles, y este consuelo (*ramanama*) le acompañaría hasta la hora de su muerte. Siendo adolescente, Gandhi había leído el *Ramayana*, uno de los libros sagrados del hinduismo. Pero la forma en que el Ladha Maharah de Bileshvar lo leyó y recitó a la cabecera del lecho de dolor de su padre marcó a Gandhi de forma indeleble.

En lo que respecta al ámbito religioso, lo que más le influyó de su ambiente familiar fue el contacto con diferentes religiones, sentando así las bases de su futura tolerancia. Sus padres no estaban consagrados estrecha y unilateralmente al credo de Visnú; adoraban también a Siva, y siempre que iban a los diferentes templos, llevaban a sus hijos consigo. Su padre mantenía relaciones especialmente cordiales con los monjes jainistas y conversaba a

menudo con ellos sobre cuestiones divinas y humanas. Los monjes, por su parte, eran tan adictos a la casa de los Gandhi que aceptaban de ellos alimentos, contraviniendo la severa regla que les prohibía admitir comida de aquellos que no pertenecían a su fe. Este contacto intenso con el ideario jainista, en el que Mohandas se veía inmerso aunque sólo fuera como oyente, aumentó su importancia a medida que el muchacho fue creciendo.

Ninguna otra comunidad religiosa hindú ha desarrollado tan decidida y coherentemente una praxis vital tan opuesta a la violencia y al acto mismo de matar en cualquiera de sus formas (incluso del más ínfimo ser viviente) como el jainismo. Esta doctrina, lo mismo que el budismo, con el que está emparentada, procede del tronco común del brahmanismo, y fue a partir del siglo —VI con Mahavira, cuando comenzó a cobrar importancia. A diferencia del sistema del Gautama Buda, mucho más difundido, el jainismo se mantuvo dentro de unos límites estrechos y nunca pretendió ejercer labores de proselitismo fuera de la India. A cambio, aquilató sus principios y pese al reducido número de sus adeptos, adquirió una importancia notable en su entorno. Los monjes jainistas son habituales en las calles de la India, y muy especialmente en las del Gujarat. Jamás emplean ningún medio de transporte; siempre van andando a todas partes, pero únicamente lo hacen de día, para no pisar inadvertidamente animales en la oscuridad; con un cepillo que siempre llevan consigo apartan a los insectos de su camino, y una tela de gasa cubre su boca para no poner en peligro al respirar a ningún ser viviente. Estas figuras, vestidas enteramente de blanco, son los apóstoles de la no violencia a ultranza. El intenso contacto con ellos sembró en el espíritu del pequeño Mohandas la semilla del ideal del *ahimsa*, que en la teoría y en la praxis vital de Gandhi habría de adquirir una posición preeminente.

Su hogar estaba abierto, además, a otras religiones: los parsis visitaban igualmente al apreciado ministro, que también contaba con musulmanes entre su círculo de amigos. En aquella época, la pertenencia a un determinado credo religioso se exteriorizaba mucho más que en la actualidad con detalles como la vestimenta o la forma de llevar el pelo o la barba. Aunque no fuera más que por este aspecto externo cambiante, identificativo al mismo tiempo, el fenómeno no podía dejar de impresionar a un espíritu infantil; pero es que además el joven Gandhi era testigo de las conversaciones, que versaban predominantemente sobre cuestiones religiosas, muy gratas al carácter de su padre, sobre todo desde que quedó inmovilizado en su lecho de enfermo. Gra-

cias a este cúmulo de circunstancias, el muchacho, desde fechas muy tempranas, sintió nacer y desarrollarse en él la tolerancia frente a otras creencias, con una sola excepción, según el testimonio del propio Gandhi: el cristianismo, pues los misioneros se habían granjeado su rechazo con su agresivo afán proselitista; además estaban desacreditados socialmente por sus hábitos alimenticios (ingestión de carne y vino). Por otro lado, Mohandas no podía por menos que oír en las calles que los conversos tenían que abjurar de sus dioses tradicionales e ingerir comidas y bebidas tajantemente prohibidas. Sólo más tarde, cuando conozca y estudie a fondo las obras del cristianismo y entre en contacto con otros representantes de este credo, se atenuará esta aversión del Mahatma. No hay que deducir, sin embargo, de estas múltiples y ricas experiencias con diferentes confesiones religiosas que Mohandas tuviera por entonces unas creencias arraigadas y vivas. En lo más íntimo de su ser estaba insatisfecho y lleno de dudas, y sentía de cerca la llamada del ateísmo, y así lo confiesa en una mirada retrospectiva:

«Una idea echó profundas raíces en todo mi ser: el convencimiento de que la ética era el fundamento de las cosas, y la verdad, la esencia de toda moralidad. La verdad se convirtió en mi única meta, agigantándose de día en día su importancia y enriqueciéndose el concepto que de ella tenía. Una estancia por motivos de estudios en Gujarat abrió nuevos senderos en mi mente y en mi corazón, y su lema —paga bien por mal— se convirtió en mi principio básico, influyéndome de tal manera que me sirvió de guía en múltiples experiencias. He aquí estas, para mí, maravillosas líneas:

Ofrece un gran convite por un cuenco de agua...
Inclínate hasta el suelo por un saludo amable.
Paga un simple céntimo con oro.
No ahorres tu vida por quien salva la tuya.
Presta atención a las palabras y a los hechos de los sabios
porque ellos devuelven decuplicado
el más mínimo favor.
Y recuerda que el que es sincero y consecuente reconoce
a todos los hombres como uno
y paga el mal con bien sin perder la alegría.»



Representación de Vardhamana Mahavira, llamado Jina («el victorioso»), fundador del jainismo, en un bronce del siglo XVI.

2. Estudios en Londres

Gandhi vivió en Londres de 1888 a 1891. Para un estudiante de Katiavar no era en modo alguno habitual y constituía una temeridad dar este salto a Europa, pero Mohandas superaría con la tenacidad propia de su casta todos los obstáculos. Como su padre había fallecido, al llegar el momento de la elección profesional, su familia pidió consejo a los amigos. Gandhi se inclinaba por la medicina, pero se le dio a entender claramente que un visnuita como él no podía ejercer profesión alguna relacionada con la disección. Debía seguir las huellas de su padre, que había alcanzado los más elevados cargos públicos, y en consecuencia estudiar Derecho; y la forma más rápida y eficaz de conseguirlo era ir a Inglaterra.

«Después de cuanto he oído, dudo que cualquiera de nosotros pueda vivir en Inglaterra sin sentir dañada su religiosidad. Cuando estoy rodeado de esos orondos abogados, no veo diferencia alguna entre su modo de vida y el de los europeos: transgreden sin ningún escrúpulo los preceptos sobre alimentación, no apartan los cigarros de su boca y visten impertérritos al modo inglés; hechos todos ellos en franca pugna con nuestras tradiciones. Pero no seré yo quien se interponga en tu camino. En realidad lo único que tiene importancia es el consentimiento de tu madre, y si ella lo permite, a mí sólo me queda desearte un feliz viaje...»

Así se expresaba su tío, máxima autoridad masculina de la familia. Pero Pulitbai distaba mucho de encarar la situación con esa serenidad: la perspectiva de confiar a su hijo, primero al mar y luego a una impenetrable y peligrosa lejanía, la desazonaba profundamente, hasta el punto de abrigar las peores ideas imaginables sobre la situación moral en las Islas Británicas. Se imaginaba a su hijo sucumbiendo a cuantas tentaciones le salían al paso en ese lodazal de pecado.

Entonces entró en escena Becharji Swami, a quien la viuda Pulitbai había pedido consejo en anteriores ocasiones. Este personaje, al igual que los Gandhi, pertenecía por su cuna a la casta inferior de los Modh Bania, y con el correr de los años se había convertido en monje jainista. Como por su origen y por su adscripción religiosa disfrutaba de un doble motivo de confianza, pronto encontró una salida a la situación que acalló las protestas de Pulitbai: tomó juramento solemne a Gandhi de que en Inglaterra se abstendría de vino, carne y mujeres. Cuando Gandhi hubo realizado este voto, la madre dio al fin su consentimiento, y el joven estudiante partió para Bombay, sin sospechar siquiera que las dificultades no habían hecho más que empezar.

Su hermano mayor, que cuidaba de él como un padre, le acompañó en el viaje. En la populosa ciudad portuaria, puerta al mundo de la India, en la que los vapores arribaban y zarpaban hacia la metrópoli continuamente, supieron que por ser la época de los monzones el mar estaba especialmente agitado. Este motivo retrasó la partida hasta finales de año. Tras volver su hermano a Rajkot, a Gandhi el tiempo se le hizo eterno, ansioso como estaba por dejar atrás las costas de la India. Durante este compás de espera, los miembros de la casta de los Modh Bania comenzaron a inquietarse porque hasta esa fecha ninguno de ellos había salido al extranjero. Este malestar desembocó en la convocatoria del consejo general de la casta, y Gandhi, sin titubear, compareció ante sus irritados compañeros. El Sheth, jefe del consejo, le reconvino diciendo que la religión prohibía los viajes al extranjero porque una vez fuera tendría que renegar de ella y acostumbrarse a la dieta europea. Mohandas se defendió recordando sus tres votos solemnes, pero el Sheth hizo caso omiso y le prohibió emprender el viaje. Gandhi le respondió que la casta no debería inmiscuirse en una custión puramente personal.

«Mi respuesta enfureció al Sheth, que me recriminó a grandes voces. Como yo permanecía sentado sin inmutarme lo más mínimo, el Sheth ordenó perentoriamente: "Desde hoy este joven queda excluido de la casta. Si alguien le ayuda o le acompaña al puerto será multado con una rupia y cuatro annas." La orden no me impresionó en absoluto, y me despedí del Sheth. Lo único que me inquietaba era la influencia que pudiera ejercer sobre mi hermano, pero éste afortunadamente permaneció firme y me escribió diciéndome que, pese a cuanto había pasado, tenía su consentimiento para realizar el viaje. Todos estos sucesos aumentaron mi ansiedad por embarcar, porque ¿qué ocurriría si las presiones sobre mi hermano se intensificaban?»

Los temores de Gandhi resultaron acertados: su cuñado, que tenía el dinero para el viaje, se negó a entregárselo aducien-

Los primeros meses de la estancia de Gandhi en Londres no fueron precisamente fáciles. Su escaso conocimiento del idioma, la promesa hecha a su madre de no comer carne y su empeño en convertirse en un gentleman le acarrearían serios problemas. En la imagen, una vista de Londres, con la Bolsa y el Banco de Inglaterra, en el año 1900.



do el mandato de la casta, y Gandhi se vio obligado a pedirlo prestado a un amigo. Por primera vez se vistió a la usanza europea, pero no todo fue de su agrado: no le gustaba la corbata (aunque más tarde cambiaría de opinión) y, como la mayoría de los hindúes de su época, consideraba inmoral la chaqueta corta. Tuvo por compañero de travesía a Tryambakrai Mazumdar, un abogado de Junagadh, y al fin, el 4 de septiembre de 1888, zarpó el barco.

El coraje del que Gandhi había hecho gala ante sus compañeros de casta le abandonó en el barco. Una vez en él, inmerso en una sociedad puramente inglesa que le era completamente ajena, no se atrevía a moverse. Casi al punto tomó conciencia de su deficiente inglés: apenas entendía cuando alguien le hablaba, y nada digamos cuando trataba de contestar. La antigua timidez

se apoderó de Gandhi y el miedo al ridículo selló sus labios, de modo que acabó confinándose en el camarote que compartía con el abogado de Junagadh. Tuvo también graves dificultades para encontrar en la carta platos vegetarianos, porque ni a preguntar se atrevía, y cuantas exhortaciones le hacía su compañero resultaban inútiles. Como suele suceder en situaciones semejantes, el joven Gandhi cometió otras torpezas, y así, cuando el barco atracó en Southampton, se puso para desembarcar un traje blanco de franela con el que parecía literalmente una mosca en leche. El viejo Gandhi describe con un fino sentido del humor todos los pormenores de su primera excursión por el ancho mundo.

En las semanas iniciales de estancia en Inglaterra la alimentación le deparó serias dificultades. No es difícil imaginar qué queda de una comida inglesa cuando se prescinde de la carne. Un

hombre joven, de sano apetito, nunca se saciaría con las insípidas verduras cocidas y el esponjoso pan blanco. En estas circunstancias, Gandhi pasó hambre, pero se mantuvo fiel a las promesas que tan ceremoniosamente había prestado a su madre. Ignoraba —e incluso actualmente pocos hindúes lo saben— que en Europa había un movimiento vegetariano pujante y muy difundido. Por eso, cuando Gandhi descubrió el primer restaurante vegetariano en Londres, vio el cielo abierto: en adelante podría comer hasta saciarse. Hizo amigos en los círculos del vegetarianismo y comenzó a devorar literatura sobre el tema.

La obra de Salt, *Plea for Vegetarianism*, le deslumbró, convenciéndole de forma ya definitiva de que la alimentación vegetariana era la única verdaderamente apropiada para el hombre. Hasta entonces había evitado la ingestión de carne recordando a su madre y las promesas que le había hecho, aunque en el fondo de su corazón añoraba el instante en que, libre de tales trabas, podría consumirla abiertamente. Pero ahora ya no; ahora ya se había convertido por libre elección y convencimiento personal en vegetariano.

Había solucionado el problema de su alimentación de modo muy satisfactorio, pero las dificultades de adaptación no terminaban ahí. Durante un corto periodo, Gandhi intentó, según sus propias palabras, «jugar a ser un *gentleman* inglés»: como tenía por inadecuado el corte de la ropa adquirida en Bombay, mandó hacer nuevos trajes, derrochó dinero en un sombrero de copa y encargó en Bond Street un traje de etiqueta. Aprendió a hacerse el nudo de la corbata, y le pidió a su hermano que le enviara una cadena de reloj de oro. Todos los días se ponía durante diez minutos frente a un gran espejo y examinaba atenta y cuidadosamente su aspecto y su indumentaria. Para adquirir el mismo refinamiento en su comportamiento tomó clases de baile, de francés y de dicción.

«Pero la ejecución de los movimientos rítmicos era algo absolutamente superior a mis fuerzas y a mi capacidad. No podía o no sabía seguir el piano y perdía el compás. ¿Qué hacer? El ermitaño se procura un gato contra las ratas, luego una vaca para alimentar con su leche al gato, un hombre para cuidar la vaca, etc. Mis ambiciosos proyectos crecían igual que la familia del ermitaño. Pensé que si aprendía a tocar el violín mi oído acabaría acostumbrándose a la música occidental. Así lo hice. Compré un violín por tres libras y gasté un poco más en los honorarios del profesor. Me busqué también otro que me instruyera en el arte de la dicción y le pagué una guinea por adelantado. Me

recomendó como texto *Standard Elocutionist* de Bell, y lo compré. Comencé con los discursos de Pitt, pero Mr. Bell tocó a rebato en mi oído y desperté. No disponía de toda una vida para dilapidarla en Inglaterra, me dije a mí mismo. ¿En qué iba a ayudarme aprender dicción? ¿Iba acaso a convertirme en un *gentleman* por el mero hecho de saber bailar? Ya aprendería a tocar el violín en la India. Yo era un estudiante, y por tanto tenía que dedicarme a estudiar para conseguir ingresar en el Inns of Court. Si además mi carácter hacía de mí un *gentleman*, tanto mejor para mí. En caso contrario, debía renunciar a ese honor.»

Gandhi recordará más tarde que estas extravagancias duraron tres meses, pero su esfuerzo por llevar ropas correctas y atildadas perviviría durante años. Esencialmente, la decisión de moderarse nació de la inclinación natural al ahorro por parte del estudiante de la casta Bania que a diario consignaba sus gastos hasta el último penique, incluso la calderilla empleada en el autobús o en la compra del periódico. Gandhi conservó durante toda su vida esta costumbre fiscalizadora, aprovechándola para administrar los gigantescos fondos de que dispondría más tarde. Paulatinamente fue disminuyendo el dinero que dedicaba a su propio mantenimiento. En vez de continuar viviendo de pensión con una familia, alquiló dos habitaciones, que un poco más tarde reduciría a una sola. El mismo se preparaba sus comidas, experimentando diferentes formas de vegetarianismo. Pero su actividad principal se concentraba en sus estudios, a los que se entregaba con el mayor tesón. Había distribuido rigurosamente su tiempo, porque para conseguir la matrícula tenía que aprobar, entre otros exámenes, uno de latín, lengua que desconocía y que tuvo que aprender a marchas forzadas. Pero de nuevo sus experiencias en el ámbito religioso resultaron mucho más importantes que sus experiencias con la alimentación y que su autoeducación empeñada en moderar sus gastos para lograr el mayor ahorro. Es realmente una ironía del destino que el libro de la sabiduría hindú que fundamentaría toda su vida interior no lo conociera en su patria, sino precisamente en Londres.

«Al final de mi segundo año de estancia en Inglaterra conocí a dos hermanos teósofos, solteros ambos, que me hablaron del *Gita*. Conocían la traducción de sir Edwin Arnold, *The Song Celestial*, y me invitaron a leer de forma conjunta el original. Me sentí avergonzado porque yo no había leído el poema sagrado ni en sánscrito ni en gujarati, y tuve que decírselo; pero por otro lado me alegró hacerlo con ellos. Aunque mis conocimientos de sánscrito eran más bien escasos, creía poder decir dónde la traduc-

ción traicionaba el sentido original. Comenzamos a leerlo. Un pasaje del segundo capítulo me impresionó profundamente, y sus frases resuenan aún en mis oídos. Dice así:

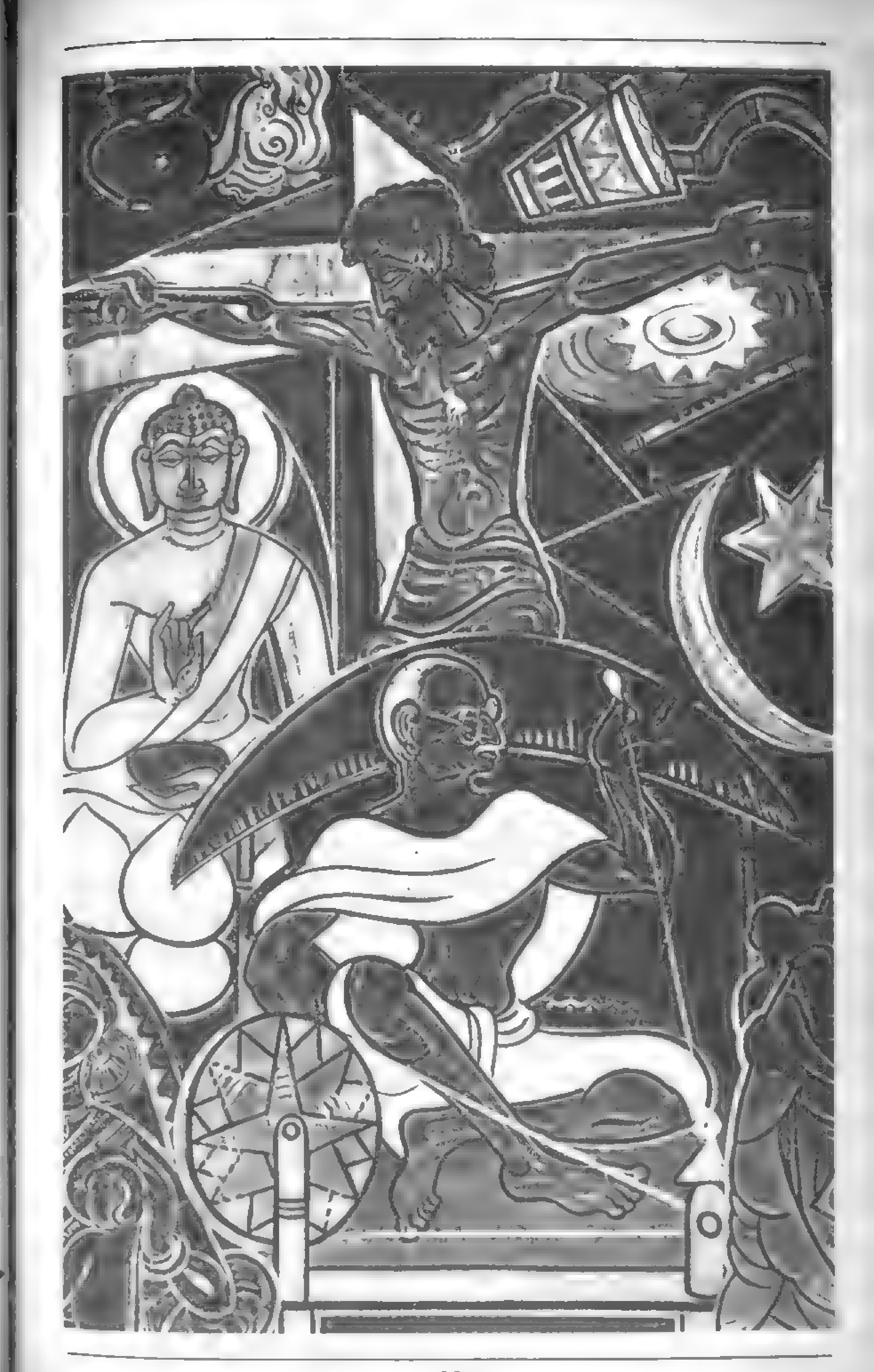
«"Cuando una persona tiene su mente excesivamente dirigida hacia los objetos de los sentidos, es encadenado por ellos; de este lazo nace el deseo, y el deseo desemboca en la pasión. La pasión origina el error, el olvido de verdades conocidas, éste la destrucción de la inteligencia y, en consecuencia, la muerte del hombre."

«Desde el primer momento esta obra me pareció de un valor incalculable, impresión que ha ido acrecentándose con el correr de los años. En la actualidad lo considero el libro por excelencia para conocer la verdad.»

Gandhi leyó, pues, el *Bahgavadgita* por primera vez a los veinte años, y asoma en él un cierto sentimiento de vergüenza por haberlo conocido tan tardíamente y en el extranjero. Este libro es para el hindú lo que el *Antiguo Testamento* para los judíos, el *Nuevo* para los cristianos o el *Corán* para los musulmanes. Más tarde, Gandhi lo traduciría del sánscrito al gujarati, su lengua materna, glosándolo con sus propios comentarios. Con el paso del tiempo llegaría a saberlo de memoria siguiendo un método invariable y riguroso: dedicaba a su aseo cotidiano 35 minutos cada mañana: 15 de ellos para lavarse los dientes y los 20 restantes para el baño, y mientras realizaba la primera ocupación aprendía de memoria algunas estrofas del *Gita* que previamente había escrito y colocado frente a él en la pared. En Sudáfrica se aplicó con especial ahínco a esta tarea; en las amargas y dolorosas experiencias de marginación a causa del color de su piel, el libro le prestó el apoyo espiritual que necesitaba e imprimió un giro vital e ideológico que le convertiría en organizador de la oposición civil hindú al gobierno sudafricano. El *Bahgavadgita* influyó de forma decisiva en la fijación de su carácter, en la configuración de sus métodos de lucha y en su propia vida.

El *Bahgavadgita* es un poema de 700 estrofas divididas en 18 cantos. Forma parte del monumental poema épico *Mahabharata*, siete veces más extenso, con sus cien mil versos, que la *Ilíada* y la *Odisea* juntas. Los personajes de la epopeya son guerreros y gentes de la época heroica hindú, y la acción se desarrolla durante las grandes invasiones del país por los indoeuropeos. No

Anil Sengupta intentó plasmar en esta pintura, extraída de su Vida de Gandhi, *los componentes del pensamiento del Mahatma: la sabiduría de los Vedas, la piedad de Buda, el sacrificio de Cristo y la fraternidad del Islam.*



puede trazarse, dentro del poema, una frontera estricta entre historia y mitología. A la acción principal se superponen narraciones secundarias, fábulas y disertaciones teológico-filosóficas, como el *Bahgavadgita*. Este fragmento es obra de un refundidor de los siglos -VI a -V y, en cuanto a su forma, es un diálogo entre dos personajes: Krisna, encarnación antropomórfica de un dios supremo, y Arjuna, el héroe principal de la estirpe Pandu, en lucha con los kuruitas, sus primos.

Las estrofas iniciales del *Gita* describen cómo Krisna, conduciendo un carro, y Arjuna, portando su arco, observan en el campo de batalla el ejército enemigo, compuesto por familiares suyos, un instante antes de que se inicie una lucha fratricida:

Entonces Arjuna vio padres y abuelos, maestros, tíos, hermanos, hijos, nietos y compañeros.

Y suegros y amigos en los dos ejércitos enfrentados. Cuando Arjuna se dio cuenta de que todos estaban emparentados,

Se apoderó de él una gran compasión y observó con tristeza: Krisna, cuando veo a los míos preparados para la lucha

Tiemblan mis labios, se reseca mi boca, mi cuerpo se estremece y se erizan mis cabellos.

El arco Gandiva escapa de mis manos, y mi piel arde, como sometida al fuego. No puedo sostenerme en pie, y se me nubla la vista.

Me embargan funestos presagios, oh Keshava [Krisna], *y no encuentro consuelo alguno en matar a mis propios parientes en combate.*

Tras haber dirigido estas palabras a Hrishikesha [Krisna] *y habiéndole dicho a Govinda* [Krisna]: *'No quiero luchar', Gudakesha (Arjuna), el poderoso, guardó silencio.*

Por fin Krisna le habló así al amilanado Arjuna:

Te lamentas por lo que no hay que lamentarse, y a pesar de todo dices verdad. El sabio no se entristece por los vivos ni por los muertos.

No es cierto que existiera un tiempo en el que ni tú ni yo ni los reyes no existiéramos, y sin embargo vendrá un momento en que ya no estaremos.

Así como el alma, una vez en el cuerpo, pasa por la infancia, la juventud y la vejez, del mismo modo también transmigra de un cuerpo a otro. Al hombre verdaderamente sabio no debe turbarle esta doctrina.

Se equivoca tanto el que cree que mata como el que piensa que es muerto. El alma ni mata ni muere.

El alma no nace ni muere; no comienza a existir un día para ser aniquilada más tarde.

El alma no muere con el cuerpo.

Como el hombre cambia de vestidos, así el alma se desprende de los cuerpos viejos y toma otros nuevos.

Ni la hiende la espada, ni la quema el fuego, ni la moja el agua, ni la orean los vientos.

La muerte, pues, sólo acaece al que ha nacido, pero el que muere nacerá de nuevo. No debes afligirte por lo que es inevitable.

Si reflexionas sobre tu propia obligación, no debes vacilar, pues nada hay más importante para un guerrero que un combate noble.

Apréstate, pues, para el combate después de que la alegría y la pena, la victoria y la derrota, el fracaso y el éxito te resulten igualmente indiferentes. Sólo así no incurrirás en culpa.[2]

Esta respuesta inequívoca del dios («¡Lucha, cumple con la tarea que se te ha encomendado!») desgarró el corazón de Gandhi, que había tomado el *ahimsa* como lema. Por tanto, para tranquilizar su conciencia, debía darle al *Gita* un significado completamente simbólico.

Los dos hermanos que habían impulsado a Gandhi a leer el *Bahgavadgita* le prestaron también la obra de sir Edwind Arnold, el traductor del *Gita*, titulada *The Light of Asia*. Gandhi confiesa que el interés que en él despertó este libro se mantendría vivo durante mucho tiempo. Sus amigos le presentaron también a Madame Blavatsky y a Annie Besant, que por entonces acababan de fundar la Sociedad Teosófica, y aunque Gandhi declinó incorporarse a ella, aprovechó la ocasión para ampliar sus conocimientos sobre hinduismo con cuantos libros caían en sus manos.

En este periodo revisó también su posición frente al cristianismo, lastrada desde su encuentro con los misioneros en Rajkot. Compró una *Biblia* y la leyó atentamente. El *Antiguo Testamento*, salvo el *Génesis*, le pareció aburrido y soporífero; en cambio, el *Nuevo* le fascinó inmediatamente, en especial unas frases del Sermón de la Montaña que guardaría siempre en su memoria: «Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; a quien te hiere en una mejilla, preséntale también la otra, y a quien te quitare la capa, ofrécele la túnica.» Las enseñanzas del Sermón de la Montaña y del *Gita* confluyeron para convertirse en la base de sus concepciones religiosas y de sus metas espirituales.

En su apasionamiento por el fenómeno religioso, también Mahoma fue objeto de su curiosidad: la obra de Carlyle *On Heroes, Hero Worship and the Heroic in History* le aproximó a la vida y personalidad del fundador del islamismo, y quedó maravillado por la valentía y ascetismo de Mahoma. La lectura de textos religiosos era para el joven estudiante una imperiosa necesidad y siempre sabía hacer un hueco para dedicarse a ella sin menoscabo de sus estudios. Su meta era conocer en profundidad las grandes corrientes religiosas del mundo. En el fondo, le parecía que todas estaban emparentadas. Así fue cobrando vigor durante sus años de estudios en Londres esa tolerancia frente a otras creencias que, nacida en los años tempranos de su vida, caracteriza su futura actuación en la India, país en el que han encontrado acomodo todas las religiones del mundo. «Si para estudiar arte hay que viajar a Italia, para profundizar en la religión habría que ir a la India»: esta observación de Friedrich Schlegel sigue teniendo la misma actualidad que entonces. Sólo desde este trasfondo pueden entenderse los admirables logros de Gandhi. Aunque comprensible, no deja de resultar curioso que Gandhi se empapara del fenómeno religioso en el extranjero, y más concretamente en Londres.

Como consecuencia de tales estudios, vivencias y encuentros personales enraizó en Gandhi una profunda animadversión contra el ateísmo. Quedaban ya muy lejos las dudas sobre la existencia de Dios que tanto habían torturado su espíritu adolescente, y su rechazo del ateísmo se hizo extensivo a los credos políticos basados en aquél. La argumentación materialista de los ateos militantes le hacía sonreír, y valoraba tanto la obra de Annie Besant *How I Became a Theosophist* precisamente porque describía la evolución de una importante personalidad de su época del ateísmo al teísmo. Con razón hablará Gandhi en el futuro de la excepcional importancia de sus tres años de estudios en Londres.

En 1890 tuvo lugar la Exposición Internacional de París. Gandhi había oído y leído tantas cosas sobre la ciudad del Sena que no pudo resistir la tentación de conocerla e hizo una rápida escapada. La torre Eiffel, erigida con motivo de la Exposición, era el centro de atracción, objeto de alabanzas entusiastas y de las críticas más feroces, encabezadas éstas por Tolstoi, que la



La torre Eiffel, acabada en marzo de 1887, fue la protagonista indiscutible de la Exposición Internacional de París del año 1890. ▶

consideraba como un monumento a la estupidez humana. Gandhi compartía esta opinión, lo cual no le impidió visitarla en dos o tres ocasiones e incluso almorzar en su primera plataforma, eso sí, a precios astronómicos. Le cautivaron las viejas iglesias de París, especialmente Notre-Dame, por sus dimensiones y por la paz que desprendían, e intuyó que su factura sólo podía ser obra de espíritus creyentes y amantes de Dios. Le parecían remansos de paz aislados del ruido y tráfago de la gran ciudad. Este fue el único viaje que Gandhi hizo al continente porque enfrascado como estaba en sus estudios se responsabilizaba del dinero enviado por su hermano. Pero además, como la mayoría de los hindúes de su tiempo, compartía con los ingleses su conciencia de insularidad que hizo que sus ojos no se abrieran a la originalidad y variedad de Europa. El 10 de junio de 1891 Gandhi consiguió su título de abogado, y el 12 de junio, tras haberse inscrito el día anterior en el registro de la High Court, embarcó en el *S.S. Assam* rumbo a su patria.

Al llegar a Bombay el mar estaba tan agitado que el barco no pudo entrar en el puerto y los pasajeros tuvieron que ser conducidos a tierra en una barcaza. Gandhi, pese a estar técnicamente cualificado, en modo alguno se sentía maduro para el ejercicio de su profesión: sus dificultades con la palabra pesaban en su ánimo, porque no era capaz de pronunciar correctamente unas cuantas frases seguidas. Aún no había conseguido desembarazarse de esta traba sufrida durante años y que se le había presentado inopinada y penosamente en diferentes ocasiones. Además le rondaba la idea de que una cosa era conocer los códigos y otra muy distinta ejercer el Derecho, y desde luego no andaba muy descaminado.

La primera noticia que tuvo apenas pisar tierra firme fue la del fallecimiento de su madre, acaecido durante su estancia en Inglaterra, y que no le había sido comunicado para evitarle pesadumbres. Pese al tiempo transcurrido, el choque no fue menor: al amargo dolor por la persona a la que más afecto había profesado se unía el derrumbamiento de una parte considerable de sus sueños de futuro, porque en los momentos de soledad y desesperación le complacía pensar en su madre y en un futuro prometedor en su compañía. ¡Con qué ansiedad había recreado a menudo el instante de comunicar a su madre, henchido de orgullo, que había guardado fielmente las tres promesas! Al fin había regresado, pero enseguida se hizo evidente que él mismo había cambiado y adoptado nuevos usos que puso en práctica en su hogar para adaptarlo a las costumbres inglesas: desayunos a



Rowohlt

Tras tres años de estudios en Londres y después de superar numerosas dificultades, Gandhi alcanzó la titulación de abogado el 10 de junio de 1891. Dos días después embarcaba hacia su patria, con ilusiones, pero convencido de que no era lo mismo conocer la teoría que dedicarse plenamente a la práctica del Derecho

base de copos de avena, cacao y pan blanco, atuendo totalmente europeo para todos los miembros de la familia... Pero en realidad las modificaciones afectaban sólo al aspecto externo. Casi inmediatamente después de arribar a Bombay, Gandhi contactó con Raychandbai, poeta y pensador jainista que habría de ejercer una profunda influencia sobre él.

«Sólo más tarde fui consciente de que lo que realmente me había fascinado era su conocimiento de las escrituras, su carácter impecable y su desenfrenada pasión por la autorrealización. Los siguientes versos de Muktanand, grabados a fuego en su corazón, afloraban con frecuencia a sus labios:

Sólo me sentiré completo cuando vea a Dios
en todos y cada uno de mis quehaceres cotidianos:
El es verdaderamente el hilo del que pende la vida de
Muktanand.

»Raychandbai, experto en perlas y diamantes, tenía un volumen de negocios de cientos de miles de rupias. Resolvía cualquier problema comercial, por intrincado que fuera. Pero la preocupación esencial de su vida era el deseo de ver a Dios cara a cara.»

Gandhi, que contaba por entonces veintidós años, no pretendía imitar a los santones extáticos y meditabundos, sino a individuos que potenciaran su elevada espiritualidad en la entrega a las tareas de la vida cotidiana. Las siguientes observaciones de la pluma de Gandhi dejan patente el influjo que este joven místico —no tenía más de veinticinco años— ejerció sobre él: «Yo creo en la teoría hindú del guru y en su papel preponderante para la consecución de la espiritualidad. En mi opinión, la máxima que afirma que es imposible llegar a la verdad sin un guru esconde una gran verdad. Pero, pese al afecto que le profesaba, yo, en lo más íntimo de mi ser, me resistía a otorgar este título a Raychandbai. Ese espacio permaneció vacío en mi corazón, pero mi búsqueda aún continúa.

»Con todo, he de reconocer que, aunque le apliqué este calificativo, Raychandbai fue en numerosas ocasiones mi mentor y colaborador. Tres contemporáneos han calado hondo en mi vida: Raychandbai, por la intimidad que mantuvimos; Tolstoi, por su libro *El reino de Dios está en vosotros*, y Ruskin, por su obra *Unto this Last*.»

A consecuencia de la pugna por autorizar o no el viaje de Gandhi al extranjero, la casta se había escindido en dos bandos:


Rowohlt

Gandhi veía así la personalidad de su amigo el pensador jainista Raychandbai: «El hombre que, tan pronto como terminaba de hablar de importantes operaciones comerciales, tomaba la pluma para escribir sobre los secretos más íntimos del espíritu, no podía ser, ciertamente, un comerciante, sino un buscador de la Verdad. Y así lo vi yo, absorto en la búsqueda de Dios, en medio de una atmósfera de negocios, no una, ni dos, sino múltiples veces. Jamás le vi perder su estado de perfecto equilibrio.» En la imagen, Raychandbai.

uno seguía considerándolo excluido de la casta; el otro, no. Antes de regresar a Rajkot, su hermano mayor le había obligado a sumergirse en el río sagrado a su paso por Nasik para purificarse, y además había ofrecido a la casta una especie de convite de desagravio. Gandhi no comulgaba con ninguna de las dos actuaciones, pero obedeció a su hermano mayor como cabeza de familia. Por lo demás, admitió el estado de cosas y para no darle al consejo de la casta ningún pretexto para intervenir observaba escrupulosamente los preceptos prescritos a un expulsado, como, por ejemplo, no tomar absolutamente nada, ni siquiera un vaso de agua, en los hogares de los miembros de la casta, aunque se tratara de parientes próximos. Evitó, pues, cuidadosamente cualquier agitación o discordia.

Su hermano había cifrado grandes esperanzas en la capacidad de Gandhi para el ejercicio de su profesión, pero sus ilusiones se derrumbaron como un castillo de naipes: al no conocer Gandhi el Derecho hindú, los clientes brillaban por su ausencia. Marchó a Bombay con la sana intención de ponerse al día oyendo los juicios de la High Court, pero en el primer caso que se le encargó, falló estrepitosamente: incapaz de pronunciar una sola frase en defensa de su cliente, tuvo que ceder el caso a un colega en la misma sala de la audiencia durante la vista. Gandhi nunca más volvería a intentarlo para evitarse humillaciones similares. Sin embargo, descubrió que poseía una capacidad poco común para redactar por escrito todo tipo de memorandos, solicitudes y dictámenes referentes a cuestiones legales. Su hermano, que tenía bufete en Rajkot, le enseñó cuanto sabía al respecto. Así que cuando la firma Daba Abdulla & Co. pidió un consultor jurídico para su delegación en Africa del Sur, Gandhi se presentó sin dudarlo un momento.

Como introducción a lo que había de sucederle en Africa del Sur, es significativo un incidente conflictivo que Gandhi tuvo con el Political Agent inglés en funciones de Katiavar. Gandhi conocía personalmente a dicho funcionario de su estancia en Inglaterra, y su hermano, que estaba al tanto de este extremo y abrigaba la secreta esperanza de sacar provecho de dicha relación, impulsó a Gandhi a solicitarle una audiencia para solucionar asuntos relacionados con su profesión. Pero el inglés, apenas se dio cuenta de que se trataba de buscar una recomendación, remitió a Gandhi al trámite oficial. Este no quiso darse por satisfecho e insistió en ser oído, por lo que el *sahib* inglés mandó a sus ayudantes que le indicasen la puerta de salida, o dicho sin eufemismos, que lo echasen a la calle. Ante esta conducta, Gandhi se

encolerizó, exigiendo una disculpa por escrito; al no obtenerla, quiso entablar una demanda judicial. Pero Pherozeshah Mehta, prestigioso abogado hindú que se encontraba casualmente en Rajkot para intervenir en un proceso, le aconsejó romper la demanda y tragarse la afrenta. Gandhi aceptó el consejo, después de jurarse a sí mismo que jamás volvería a exponerse a una situación tan equívoca, y ciertamente jamás lo hizo. Sin embargo, no tardando mucho, tendría que soportar en Africa del Sur humillaciones mucho mayores.

3. Gandhi en Africa del Sur

A fines de mayo llegó Gandhi a su destino, Durban, el puerto de Natal. En el puerto lo esperaba Sheth Abdulla, delegado en aquel país de la firma Dada Abdulla & Co., que acompañó al recién llegado a la sede social en la que se había habilitado una habitación para él. La misión de Gandhi era cooperar en un gran proceso en el que estaban en juego cuarenta mil libras; un año sería suficiente para solucionarlo, y luego podría regresar a la India. Su mente despierta captó muy pronto la situación de los hindúes en Africa del Sur: estaban divididos en grupos diferentes, comerciantes musulmanes, hindúes y parsis. A los comerciantes se los consideraba árabes, y a los parsis, persas. Pero la clase más numerosa la integraban trabajadores que hablaban tamil, telugu u otras formas dialectales del norte de la India. En su gran mayoría habían emigrado a Natal con un contrato de cinco años y tenían el apelativo de *girmitiyas*, calificativo que había surgido por corrupción de la palabra inglesa *agreement*. Los otros tres grupos únicamente mantenían con este cuarto relaciones comerciales, nunca sociales. Los ingleses los denominaban sencillamente *culis*, y dado que la mayoría de la colonia hindú la formaban estos trabajadores, el término se hizo extensivo a todos los hindúes. Por esta razón, Gandhi se convirtió muy pronto en un abogado *culi*. Otro calificativo despectivo o peyorativo que los ingleses les aplicaban era *sami*. Este apelativo, derivado de la palabra hindú *swami* (maestro), permitía a los hindúes cultos utilizar un efecto de boomerang y responder al orgullo inglés que tal tratamiento era demasiado honroso para ellos, que en absoluto se sentían maestros del *sahib* blanco.

Las sombrías experiencias que el abogado recién llegado había de sufrir no se hicieron esperar. A los siete u ocho días de estancia, Gandhi hubo de viajar a Pretoria, ciudad en la que se tramitaba el proceso de su empresa. Gandhi viajaba en primera clase, ataviado, según su costumbre, como un *gentleman* inglés. Hacia las nueve de la noche el tren se detuvo en Maritzburg, la

capital de Natal, y un pasajero blanco que había subido en su estación, escandalizado por tener como compañero de viaje a un hombre "de color", llamó a los empleados del ferrocarril, los cuales solicitaron de Gandhi que se trasladase al vagón de equipajes. De nada sirvió que Gandhi adujese que, puesto que había pagado billete de primera clase, tenía perfecto derecho a ocupar tal asiento.

«Vino un policía, me agarró de la mano y me echó del vagón. Inmediatamente arrojó también mi equipaje. Yo me negué en redondo a acomodarme en el vagón de equipajes y el tren partió sin mí. Me encaminé a la sala de espera y me senté, llevando únicamente mi maletín; el resto de mis maletas quedaron donde habían caído y posteriormente un factor las recogió. Era invierno, y esta estación en las regiones altas de Africa del Sur es extremadamente rigurosa. Como Maritzburg está situada a gran altura sobre el nivel del mar, el frío era muy penetrante. Mi abrigo estaba con el resto de mis bagajes, pero yo no me atrevía a reclamarlo por miedo a ser insultado de nuevo. Y allí estaba yo, desabrigado y tiritando.»

Aquí comenzó un largo calvario de humillaciones para Gandhi. El viaje posterior, entre Charlestown y Johannesburgo, al carecer de vía férrea, tuvo que recorrerlo en un coche de caballos. Al *culi* no le fue permitido el asiento que le correspondía en el interior del carruaje y tuvo que conformarse con sentarse en el pescante junto al conductor. Avanzando el trayecto, llegó incluso a exigírsele que ocupara la tabla inferior en la que el cochero ponía los pies. Entonces, perdida ya la paciencia, Gandhi se negó y fue insultado y apaleado. Gracias a algunos pasajeros que presenciaron la escena y se pusieron de su parte, se evitó que las cosas pasaran a mayores.

Los prejuicios raciales que Gandhi hubo de sufrir en su propia carne desde su primer día de estancia en Africa del Sur se plasmaron pronto en decretos legales claramente discriminatorios para los hindúes, y que afectaban incluso a su vida privada. En el Estado Libre de Orange, unos pocos años antes de la llegada de Gandhi, una ley especial había derogado todos los derechos de los hindúes, y sólo podían trabajar como camareros en los hoteles o ejercer otros oficios considerados serviles. Los comerciantes fueron expulsados y sus bienes incautados sin indemnización alguna. Todas sus solicitudes y protestas fueron inútiles. En Transvaal, un decreto promulgado en 1885 y enmendado en 1886 imponía a todo hindú que entraba en el país un depósito de tres libras. Les estaba además vedada la adquisición

de tierras, salvo en determinadas regiones, pero incluso en ellas tenían un acceso limitado al derecho de propiedad. Carecían de derecho al voto. Como todas las personas no blancas, los hindúes no tenían acceso a los parques públicos y no podían salir de sus domicilios después de las nueve de la noche sin un pase especial. Las autoridades no seguían a rajatabla estas normas contra los hindúes, pero las excepciones dependían siempre de la buena o mala disposición de la policía en general, y a veces incluso del mal humor de alguno de sus miembros.

En esta época, Gandhi clarificó su actitud frente al cristianismo a raíz de sus contactos con los muchos cristianos que simpatizaban con él. Leyó libros que le prestaron y discutió con ellos. A los cristianos les hubiera gustado convertirlo a su fe, pero Gandhi no se planteó ninguna duda al respecto.

«Mis dificultades calaban más hondo. No podía creer que Jesús fuese el único hijo de Dios hecho hombre, y que sólo creyendo en él se alcanzase la vida eterna. Si Dios podía tener hijos, todos lo éramos, y si Jesús era igual a Dios o Dios mismo, todos nos convertíamos en Dios y nos confundíamos con él. Mi inteligencia no estaba preparada para creer literalmente que Jesús hubiera expiado con su sangrienta muerte los pecados del mundo. En sentido metafórico podía encerrar algo de verdad. Pero la concepción cristiana de que sólo el hombre poseía un alma, y no los demás seres vivientes para los que la muerte suponía el aniquilamiento absoluto, contradecía mis propias creencias. Yo podía admitir a Jesús como mártir, como simbolización del sacrificio y como maestro divino, pero de ninguna manera como la persona más perfecta que haya existido nunca. En cuanto a la vida piadosa de los cristianos, nada veía en ella diferente a la de las personas de otras religiones... Desde un punto de vista estrictamente filosófico, nada había de extraordinario en los principios del cristianismo; y desde el punto de vista del ascetismo, me parecía que los hindúes lo habían superado con creces. Me resultaba imposible conceptuar el cristianismo como una religión perfecta o como la más excelsa de todas las religiones.»

El contacto con sus amigos cristianos intensificó su búsqueda religiosa. Leyó por primera vez el *Corán* traducido por Sale. Mantuvo correspondencia con Edward Maitland sobre nuevas interpretaciones de la fe cristiana. Simultáneamente continuaba el intercambio epistolar con Raychandbai, su querido amigo de Bombay, que le enviaba continuamente libros sobre hinduismo. Leyó también *El reino de Dios está en vosotros* de Tolstoi. La independencia de pensamiento, la moralidad y el amor a la verdad que rezumaba esta obra hicieron palidecer toda la literatura cristiana leída por él con anterioridad.

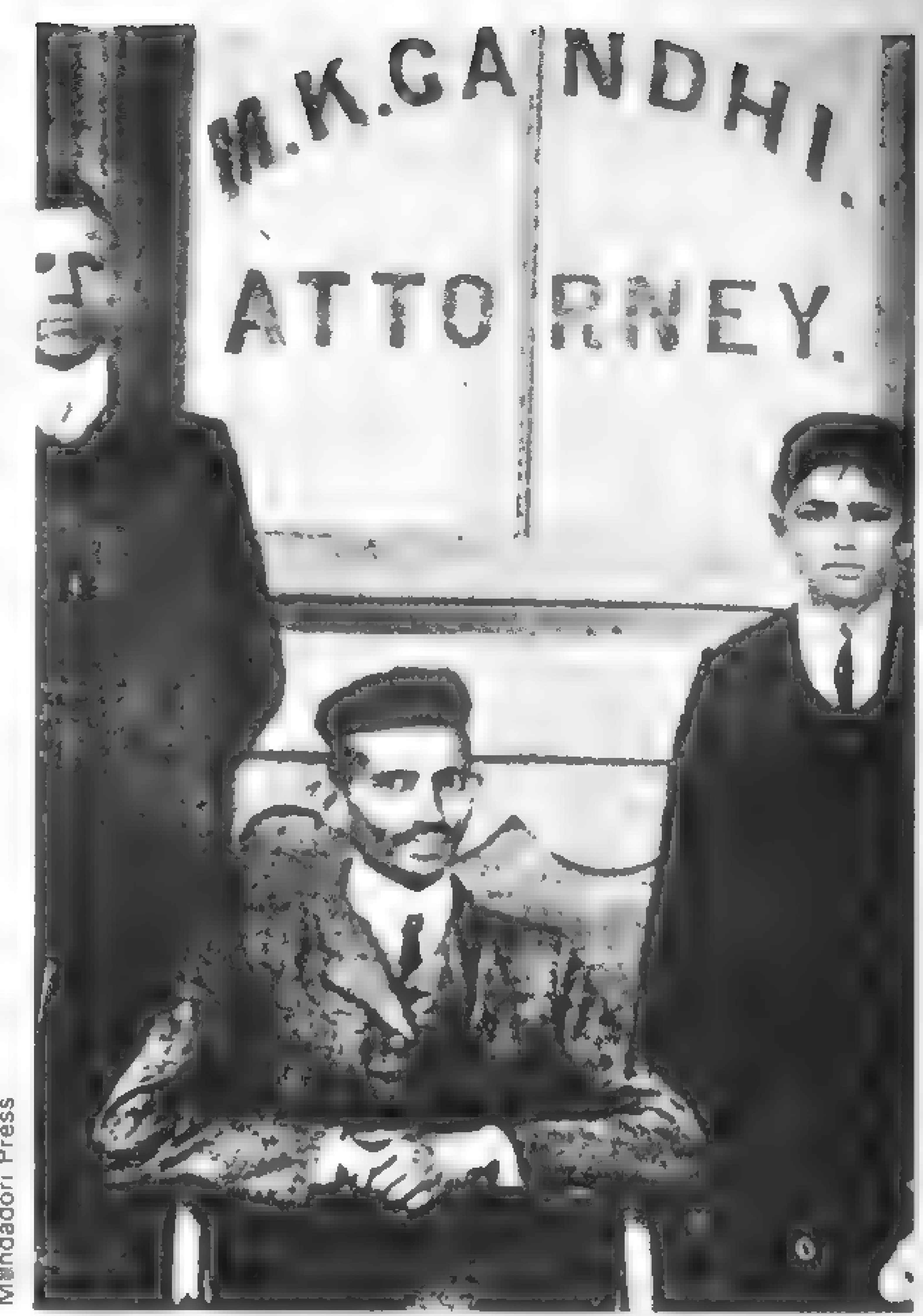
Mientras tanto, Gandhi había finalizado la labor que se le había encomendado con un acuerdo satisfactorio para ambas partes; había logrado incluso que el deudor pagase la deuda a largo plazo, evitando así su bancarrota, que según la ley no escrita de los comerciantes de Porbandar residentes en Africa del Sur hubiera significado la muerte del deudor. Gandhi irradiaba alegría: «Ambos nos sentíamos satisfechos con el resultado, y ambos ganamos prestigio social. Mi alegría era ilimitada. Por fin había practicado el Derecho; había aprendido a activar el lado bueno de la naturaleza humana y a influir en los corazones de las personas. Comprendí que la auténtica función de un abogado consistía en conciliar posiciones encontradas. Esta enseñanza se me quedó grabada de modo tan indeleble que gran parte de los veinte años que dediqué a la abogacía la empleé en lograr una avenencia entre las partes en multitud de casos. Con ello no perdí ni una sola vez dinero, y desde luego no arriesgué mi tranquilidad espiritual.»

4. Gandhi organiza la resistencia

Era el momento de regresar a casa, pero el destino había previsto un rumbo diferente. El mismo día en que Sheth Abdulla organizaba una fiesta de despedida en su honor antes de su partida de Durban, Gandhi había leído en el periódico un informe sobre el «derecho hindú al sufragio», enterándose de que había un proyecto de ley para retirar a los hindúes el derecho a elegir diputados en la Natal Legislative Assembly. Gandhi requirió información de los reunidos, pero nadie sabía nada del asunto. La mayoría aducía su calidad de comerciante y su desconocimiento de la problemática legal porque nadie entre sus filas se ocupaba del tema. La despedida se convirtió en una reunión de trabajo, y, por unanimidad, se pidió a Gandhi que aplazara su marcha un mes para defender allí el derecho al voto de sus compatriotas hindúes. Gandhi aceptó la propuesta, canceló su pasaje y se quedó. Con el paso del tiempo el mes se convertiría en veinticinco años. Los periódicos silenciaron el problema cuando los hindúes se hicieron notar y quisieron frenar el proyecto de ley. Fracasaron, pero la lucha por sus derechos había insuflado a la comunidad hindú nueva vida, y bajo la dirección de Gandhi siguieron luchando para derogar la ley ya sancionada por el Parlamento. Este afán exigía una permanencia más dilatada, por lo que Gandhi decidió establecerse en Natal, inscribiéndose en el Colegio de Abogados de la High Court. La Law Society intentó oponerse a la admisión del abogado de color, pero los tribunales sentenciaron que legalmente no había diferencia alguna entre abogados blancos y no blancos. Gandhi observa al respecto que a la Justicia se la representa deliberadamente ciega porque no tiene que juzgar a las personas por su aspecto externo, sino por su valía interior. La lucha por su admisión como abogado convirtió de repente a Gandhi en un personaje muy popular en todo el país.

Gandhi se ganaba el sustento practicando la abogacía, pero concedía mayor valor a sus actividades públicas. Para sentar las bases de una defensa duradera de los intereses hindúes, creó el

Gandhi, establecido como abogado, posa con algunos colaboradores en su bufete de Johannesburgo. Sin embargo, el ejercicio de la profesión fue algo secundario para Gandhi, quien se dedicó fundamentalmente a los asuntos de orden público relacionados con la comunidad india.



Mondadori Press

Natal Indian Congress, y trabajando para esta nueva organización recorrió con sus colaboradores el país entero, visitando incluso los rincones más apartados y recónditos. Al Congress sólo podían pertenecer las personas que desembolsaran anualmente tres libras. La razón del pago residía en las necesidades de la organización para asegurar su libertad de acción. Quedaron, pues, fuera de ella la gran mayoría, constituida por los trabajadores contratados, cuyos derechos precisamente tenía que defender el Congress, porque su estatus jurídico-social no se diferenciaba mucho de la esclavitud: mientras el contrato permanecía en vigor (cinco años), eran prácticamente una propiedad más del señor; si se escapaban, tenían que comparecer ante un tribunal y soportar incluso penas de cárcel. Uno de ellos, llamado Balasundaram, se presentó un día a Gandhi con la boca ensangrentada y dos dientes partidos como consecuencia de una paliza que su amo le había propinado. Gandhi se encargó del caso y encontró

otro patrón para Balasundaram; denunció al antiguo sin exigir que se le castigara por su acción. Tras este suceso aumentó la afluencia de trabajadores contratados que acudían en busca de ayuda y consejo al bufete de Gandhi: por fin habían hallado a alguien que les defendía.

Alrededor de 1860 los europeos habían comenzado a traer al país trabajadores hindúes para ampliar las plantaciones de caña de azúcar y montar una industria azucarera. Un convenio entre Natal y el Gobierno de la India fijó las condiciones: contrato por cinco años y libertad de los hindúes para establecerse en Natal y adquirir tierras. El cálculo de los terratenientes europeos de Natal no sólo salió bien, sino que los resultados colmaron todas sus esperanzas. Los hindúes cultivaron productos horto-frutícolas, introdujeron variedades nuevas, como el mango, y abarataron los precios. Más tarde se iniciaron en el comercio, atrayendo a comerciantes de su propio país; pero su habilidad en los negocios acabó exasperando a los empresarios blancos.

«Es aquí donde hay que buscar las raíces del odio a los hindúes, aunque a su florecimiento contribuyeron otros factores: nuestras diferentes formas de vida, nuestra sencillez, nuestra satisfacción con beneficios reducidos, nuestra indiferencia por los preceptos higiénicos y sanitarios, nuestra incapacidad para mantener agradable y limpio nuestro entorno, y nuestra preocupación cuando se trata de mantener nuestra casa en condiciones aceptables... Todo esto, unido a la diferencia de religión, contribuyó a avivar la llama del odio.»

Esta enemistad se plasmó en dos proyectos de ley: uno sobre el reconocimiento del derecho al voto, y otro sobre la imposición de tributos a los trabajadores contratados hindúes; en caso de que éstos se negasen a satisfacerlos, serían deportados a su país, o bien se les extendería un nuevo contrato gravado con tres libras anuales. El Natal Indian Congress organizó una intensa campaña contra estos propósitos. El Gobierno de la India, aunque deploraba la propuesta, accedió al impuesto de tres libras *per cápita*. Gandhi y sus amigos, profundamente decepcionados, nada pudieron hacer para modificar la resolución. Durante veinte años, este impuesto fue exigido a todo hombre mayor de dieciséis años y a cualquier mujer de más de trece años. Pero con una renta familiar de catorce chelines mensuales, ¿cómo iba a pagar una familia de cuatro miembros doce libras al año sólo de impuestos?

A los tres años de estancia en Sudáfrica, Gandhi se convenció de que su regreso se retrasaría más de lo previsto, por lo que

se decidió a traer a su familia de la India. A mediados de 1896 viajó a Calcuta en el vapor *Pongola*. Después de desembarcar tomó el primer tren a Bombay. Tenía el firme propósito de dar a conocer en su patria la deplorable situación de sus compatriotas residentes en Africa del Sur. En Natal había redactado dos informes: *An Appeal to every Briton in South Africa* y *The Indian Franchise. An Appeal*. Una vez en Rajkot, Gandhi editó diez mil ejemplares del folleto —conocido como "folleto verde" por el color de sus cubiertas—, que despertó un inmenso clamor popular en toda la India, propició manifestaciones y encontró amplio eco en la prensa diaria. A principios de diciembre, Gandhi regresó a Durban con su mujer, sus dos hijos (Harilal, el mayor, de ocho años y Manibal, de cuatro), y su sobrino, hijo único de su hermana viuda.

La actividad pública que había desplegado en su país había tenido gran resonancia en Africa del Sur, magnificada y tergiversada por los titulares de los periódicos; de modo que cuando su barco y un segundo que le seguía arribaron a Durban, fueron puestos en cuarentena, supuestamente a causa de la peste reinante en la India. Pasaban los días y la bandera amarilla seguía ondeando en el mástil de los barcos, mientras entre la población blanca crecía la agitación y la indignación por el retorno de Gandhi, al que acusaban de llenar el país de hindúes. Se exigió el regreso de ambos barcos a cualquier precio, incluso pagando los gastos del retorno. Sin embargo, Gandhi y los armadores resistieron las presiones y no se dejaron intimidar. Por fin obtuvieron permiso de desembarco. Gandhi envió a su familia en un carruaje a casa de unos amigos, mientras él hacía el recorrido a pie. En cuanto le reconocieron, una multitud de personas vociferantes y hostiles se lanzó contra él armada de piedras, ladrillos y huevos, y comenzó a darle empujones y a pegarle. Gandhi aguantó la lluvia de golpes y, cuando estaba a punto de perder el conocimiento, se agarró a la verja de una casa, pero los golpes no cesaban. En ese momento acertó a pasar por allí Mrs. Alexander, esposa del jefe de policía de la ciudad, y, paraguas en mano, se colocó entre la enfurecida multitud y su víctima. Su intervención salvó la vida a Gandhi. Inmediatamente, unos policías le llevaron al domicilio de sus amigos hindúes donde su familia se había refugiado; pero ni siquiera allí se encontraba a salvo, porque una muchedumbre vociferante cercaba la casa exigiendo su entrega. Como la situación amenazaba con desbordarse en cualquier momento, el inspector de policía que había acudido en su auxilio le aconsejó que huyera. Gandhi y dos inspectores se vistieron de

policías y escaparon por una casa contigua mientras el gentío cantaba: «¡Colgad al viejo Gandhi del manzano podrido!»

Tras la huida, el inspector autorizó a dos manifestantes la entrada en la casa, y al comprobar su fuga, las gentes, riéndose unos, furiosos los otros, se disolvieron. Gandhi permaneció tres días en la comisaría de policía, hasta que los ánimos se calmaron, en parte gracias a una comedida reacción de la prensa. Cuando en Londres se conocieron estos hechos, Joseph Chamberlain, entonces subsecretario de Estado para las colonias, ordenó al Gobierno de Natal perseguir judicialmente a los culpables. Gandhi se negó en redondo a dar nombres; ni siquiera exigió que se castigara a sus agresores, porque consideraba que no eran ellos los culpables, sino la sociedad. Esta actitud conciliadora por parte de Gandhi contribuyó a serenar los ánimos, y Gandhi reanudó su trabajo como abogado y su actividad pública en favor de la colonia hindú.

Dos años más tarde estalló la guerra de los bóers y Gandhi se comprometió con los ingleses, pese a que su corazón estaba de parte de los bóers, a organizar un cuerpo de ambulancias atendido por voluntarios hindúes. En un principio el gobierno de Natal declinó este ofrecimiento de Gandhi, pero ante los progresos bélicos de los bóers y la escasez de enfermeros acabó aceptando. Se presentaron mil cien voluntarios, ochocientos de ellos trabajadores contratados. Estos acontecimientos impresionaron a la opinión pública sudafricana e inglesa. En principio, el cuerpo indio de ambulancias tenía que desarrollar su cometido en retaguardia; pero tras la sangrienta derrota inglesa de Spion Kop (enero de 1900), el general Buller pidió a los hindúes que rescatasen a los heridos del campo de batalla. Esta acción constituyó la prueba de fuego de la unidad india y, al terminar la guerra, Gandhi y varios de sus compañeros fueron condecorados con la medalla al mérito militar.

Gandhi esperaba que este servicio a la causa inglesa allanaría el camino de la igualdad de derechos entre hindúes y blancos en Africa del Sur, pero se equivocaba completamente. Algunos de sus amigos, cuando se dieron cuenta de que la tensión en vez de disminuir aumentaba y de que era absolutamente impensable un compromiso político por parte de los blancos como reconocimiento a los servicios prestados por la colonia hindú, se encolerizaron y llegaron a reprochar a Gandhi su militancia en favor de la causa inglesa, pero él siguió manteniendo que su actuación había sido correcta y ratificó este convencimiento obrando de la misma forma apenas se presentó la ocasión: al estallar en 1906



Campamento de los bóers durante la guerra anglo-bóer, 1900.

la sublevación zulú, Gandhi se apresuró a acudir a la frontera con un grupo de veinticuatro camilleros. Por entonces todavía consideraba al Imperio Británico como una institución providencial, inspirada por Dios, y consecuentemente se puso a su disposición con total entrega y lealtad.

La actitud de Gandhi se manifestaba en su atuendo y en su modo de vida (quedaba aún muy lejos el tiempo del Mahatma, con su paño anudado a las caderas, la rueca, y las frugales costumbres): vestía trajes europeos, camisas almidonadas, blancos cuellos duros y corbatas de colores. En Durban habitaba una moderna villa en el distrito más elegante de la ciudad y tenía unos ingresos profesionales de cinco mil a seis mil libras anuales. Creía

entonces que debía asimilarse a los blancos para lograr con sus actividades públicas la igualdad de derechos de la población hindú, y consecuentemente ofrecía la imagen acabada de un hindú occidentalizado. Pero algo estaba fermentando en su interior, y esta inquietud interna abocaba a una ideología y actuación singularmente reformistas.

Cuando en 1897 nació Ramdas, su tercer hijo, él mismo se ocupó de cuidarlo. Tres años más tarde, su esposa estaba a punto de dar a luz al cuarto, Devadas, y al no llegar a tiempo la comadrona y el médico, él mismo, sin una pizca de nerviosismo (Gandhi lo anota con un punto de orgullo), asistió al parto siguiendo las instrucciones del popular *Consejos a una madre*. A la paciente Kasturbai debió de resultarle, a menudo, bastante molesto en el hogar: se entrometía en las labores culinarias y en el cuidado de los hijos y traía inopinadamente huéspedes a casa. El hogar carecía de agua corriente, de ahí que cada dormitorio dispusiese de un orinal, que Gandhi y Kasturbai se ocupaban de limpiar porque él se negaba a emplear a un "intocable" para realizar los trabajos sucios como se acostumbraba en la India. Pero cuando su esposa tenía que hacer el mismo trabajo para uno de los empleados de la oficina de Gandhi que había pertenecido a la casta de los intocables y se había convertido en cristiano para huir del oprobio en la sociedad hindú, se negaba al principio, aunque terminaba por limpiar el orinal de su huésped, en medio de un gran enojo. Esta resistencia exasperaba a su marido, que pensaba que incluso semejante trabajo servil —que Gandhi se había impuesto a sí mismo y a su familia por principios pedagógicos— debía hacerse con alegría y por convencimiento personal. Por esta causa hubo numerosas peleas —incluso lágrimas— entre el matrimonio. Gandhi distaba aún mucho de la madurez y serenidad de un Mahatma y a menudo se dejaba llevar por la pasión. El mismo relata cómo en la ocasión arriba mencionada llegó tan lejos que quería echar a su mujer de casa, siguiendo la norma admitida por la sociedad hindú; cuando esto sucede, la esposa se marcha a casa de sus padres a esperar allí la reconciliación. Gandhi la arrastró hasta la puerta, la abrió e intentó echarla a la calle. Kasturbai le dijo que si lo hacía no tenía dónde ir, puesto que sus padres y parientes estaban en la India, y que toda la ciudad conocería su fracaso matrimonial. Este razonamiento convenció por fin a Gandhi.

En 1901 Gandhi regresa a la India con el propósito de instalarse definitivamente en su patria. A fines de este mismo año participó como ponente en la asamblea del Indian National Con-



Rowohlt

Kasturbai, la esposa de Gandhi, fue una mujer de gran paciencia que a lo largo de su vida comprendió y se plegó generosamente a las ideas de su marido. Sin embargo, en alguna ocasión se rebeló contra ellas llevada de su fuerte carácter y de sus opiniones contrarias.

gress de Calcuta. En ella conoció a personalidades de relieve que tenían como objetivo común la independencia de la India. Gandhi introdujo una resolución referente a la situación de sus compatriotas en Africa del Sur, aprobada por aclamación, pero, bastante descontento por la forma en que se desarrollaba la asamblea, puso sobre la mesa de discusión la situación de la India. A él, personalmente, le desagradaba la mendicidad por las calles de las grandes ciudades y la suciedad e impuntualidad de los trenes (Gandhi viajaba en tercera clase para conocer mejor al pueblo), y condenaba con especial dureza los sangrientos sacrificios de cabras en el templo de la diosa Kali en Calcuta.

Los experimentos de Gandhi con la dieta continúan durante todos estos años con resultados cambiantes. El vegetarianismo, cada día más radical, ha trascendido ya los límites higiénicos: al marchar a Londres, su vegetarianismo se basaba en estímulos externos (la fidelidad a la solemne promesa hecha a su madre), pero en esta época lo ha interiorizado ya, convirtiéndose en elemento integrante de su concepción del mundo y de sus creencias. Esto se demostró patentemente con motivo de la grave enfermedad de su hijo Manilal. El médico, un parsi, le había prescrito una dieta a base de caldo de gallina y huevos. Pero su padre no hizo ningún tipo de concesiones, ni siquiera por su hijo que corría peligro de muerte, y lo alimentó con zumos de frutas, rogando al médico que le atendía: «Creo que son estas ocasiones las que ponen a prueba la fe de un hombre. Tenga o no razón al respecto, una de mis convicciones morales más arraigadas es que el hombre debe de abstenerse de la carne, huevos y alimentos semejantes. Debe haber un límite incluso para mantener la vida, y ni siquiera para salvarnos de la muerte debemos de transgredir nuestras convicciones. La religión, tal como yo la entiendo, no me autoriza ni a mí ni a los míos a comer carne o huevos en casos como el presente, y por tanto, como usted dice, debo asumir el riesgo que esto implica. No obstante, le voy a pedir un favor: me está vedado seguir el tratamiento propuesto por usted, y voy a probar una hidroterapia que por casualidad conozco; pero no sé tomar el pulso a mi hijo, ni auscultar su pecho y pulmones. Si usted fuera tan amable de reconocerle de cuando en cuando e informarme de su estado, le estaría eternamente agradecido.»

Gandhi aborrecía las píldoras y creía que los médicos las prescribían muchas veces sin necesidad. Era adicto a la hidroterapia de Kuhn y a curas a base de arcilla, métodos terapéuticos que recomendaba y practicaba con frecuencia. Sin embargo, más

tarde, cuando en la cárcel sufrió un ataque de apendicitis aguda, no tuvo otra opción que el quirófano.

Por más que Gandhi quería establecerse definitivamente en Bombay, su estancia en la patria no duró mucho. En Africa del Sur negros nubarrones se cernían de nuevo sobre la colonia hindú; se avecinaban nuevas leyes xenófobas contra los asiáticos, así que cuando sus amigos de Africa del Sur le pidieron que regresara, no pudo negarse. Apenas llegó se inscribió como abogado en el Tribunal Supremo de Transvaal y reanudó la práctica de la abogacía y el activismo político en favor de sus compatriotas. Es precisamente en esta época cuando maduran y se consolidan sus creencias religiosas, su ideología política y sus concepciones alimenticias, educativas y vitales. Además, Ruskin, Thoureau y Tolstoi, tres reformistas sociales de Occidente, van a cruzarse en su camino, ejerciendo una visible y poderosa influencia sobre su persona.

5. El encuentro con los reformistas sociales de Occidente

En 1903 Gandhi viajó de Johannesburgo a Durban. Su colaborador Henry S. L. Polak le acompañó en el trayecto hasta la estación, y una vez en ella le regaló la obra de John Ruskin *Unto this Last* para que se distrajera durante el camino. Ruskin, nacido en Londres en 1819, había muerto en 1900. De 1870 a 1884 había enseñado Historia del Arte en la Universidad de Oxford; gran admirador de los prerrafaelistas, consideraba el arte medieval como la expresión de una época profundamente religiosa. Pero, de la noche a la mañana, y para sorpresa de todos sus amigos y conocidos, se dedicó afanosamente a la sociología, convirtiéndose en paladín de una economía fundamentada en la ética. Consideraba que el trabajo debía ser valorado por lo que tiene de obligación moral y no como mercancía; hacía especial hincapié en los valores creativos del trabajo artesanal y reclamaba universidades populares para los trabajadores, ciudades-jardín, y cosas similares que hoy son realidad.

Sus opiniones sobre la sociedad en que le había tocado vivir quedan patentes en las siguientes frases de su obra *Sesame and Lilies*: «¿Cuánto gastamos en cultura, en libros, nosotros y el Estado, en comparación con el dinero que dedicamos a los caballos? O por poner otro ejemplo: ¿No son mayores los anaqueles de nuestras bodegas que los de nuestras bibliotecas?»[3] Ruskin era un heterodoxo, despreciaba los tabúes, y así pudo decir Gandhi de su obra *Unto this Last. Four Essays on the First Principles of Politic Economy*, editado en 1860-1862, que había sido escrita con sangre y lágrimas. En este libro, Ruskin escribe: «La riqueza es una fuerza similar a la electricidad porque ambas actúan mediante la desigualdad... El poder de una guinea en el bolsillo de un hombre depende de la falta de la misma guinea en el bolsillo de su vecino; si uno no la necesitase, carecería de valor para el otro. Pero si el necesitado es pobre y está largo tiempo

Gandhi durante su estancia en Johannesburgo. ▶


Rowohlt



El autor inglés John Ruskin, cuyas obras descubrió Gandhi en 1903.

IBA

sin trabajo, la guinea incrementa su valor para el que la posee. Es decir, al perseguir lo que se denomina riqueza, lo que en realidad se busca es el poder sobre los hombres. El rico debería recordar siempre que lo que él tiene de más se lo está quitando a otro. Debería, por tanto, evitar ostentaciones de lujo hasta que el más pobre tuviera lo suficiente.»

Esta denuncia de Ruskin significaba para Gandhi: el que come demasiado roba a otro la comida, porque tiene que pasar hambre a causa de la desmesura del que come demasiado. A Gandhi le sorprendió sobremanera el alto concepto que Ruskin tenía del trabajo manual y que afirmase explícitamente que la vida de un labrador o de un artesano no sólo merecía la pena

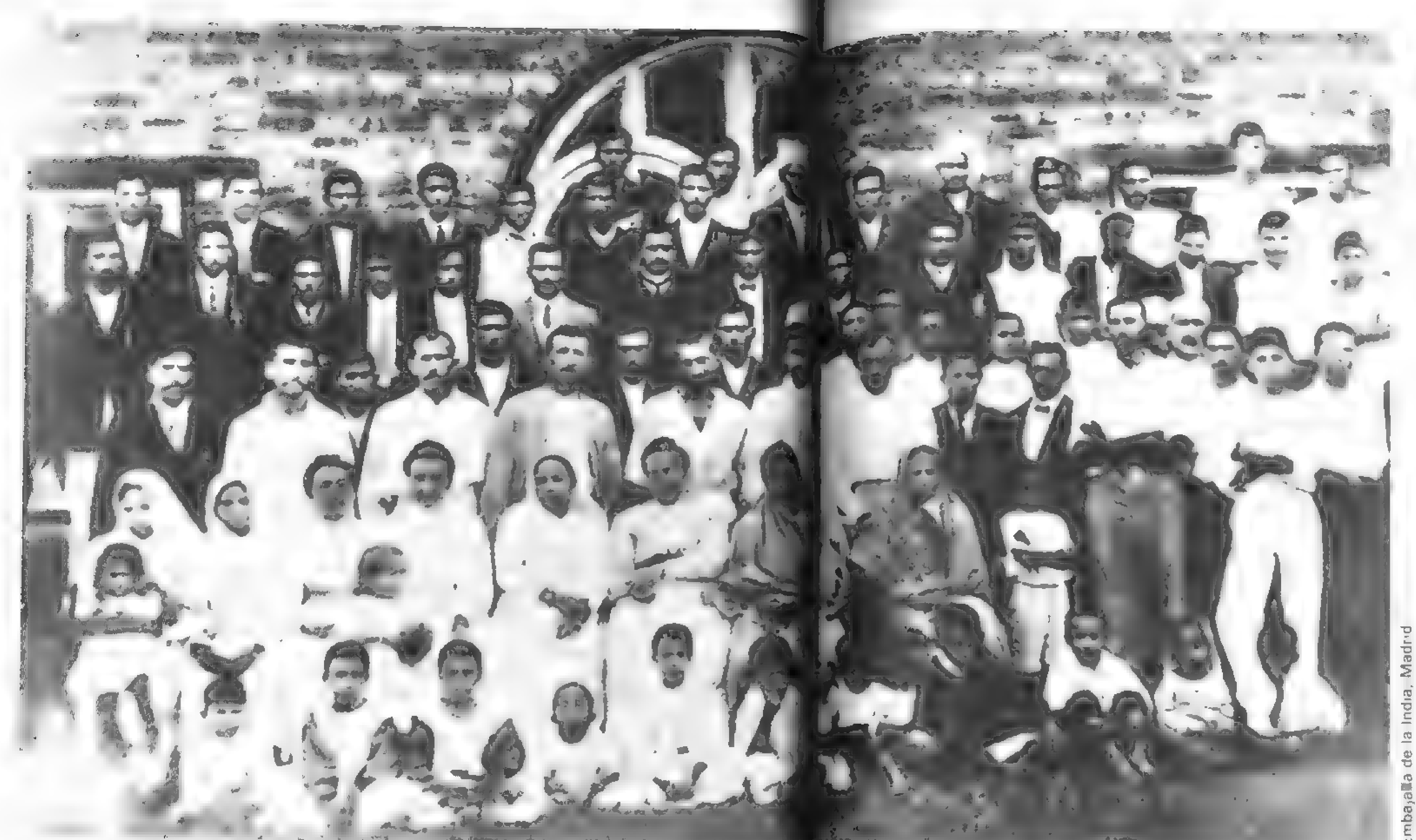
ser vivida, sino que incluso era apetecible. A partir de entonces, Gandhi valoró también el cotidiano trabajo manual, tanto que llegó a convertirlo en una obligación para sí mismo y para sus colaboradores.

Pero retrocedamos de nuevo a la estación de Johannesburgo para encontrar a un Gandhi —que hasta ese momento no conocía ni el nombre de Ruskin— tan ensimismado en la obra, que leyó toda la noche sin interrupción hasta acabarla. Más tarde afirmaría Gandhi que este libro había iniciado una nueva etapa en su vida, aunque tenía un defecto: Ruskin, que propugnaba una revolución espiritual, era incapaz de obrar en consecuencia y transformar su propia vida. Gandhi, sin embargo, no incurriría en esta contradicción: para armonizar su vida con las ideas contenidas en este libro, compró una parcela de tierra, la granja Phoenix, trasladándose a ella inmediatamente con su familia y colaboradores para poner en práctica las ideas de Ruskin.

¿Cómo explicar el influjo fulminante de esta obra sobre Gandhi? Evidente nente porque despertó en su intimidad pensamientos latentes sobre la simplicidad de la vida y sobre una hipotética comunidad basada en la igualdad entre sus miembros, y los fortaleció proporcionándole así el punto de partida y el impulso para llevarlos a cabo. En algunas ocasiones Gandhi llegó a comentar que procuraba olvidar de los libros todo cuanto le desagradaba, pero que inmediatamente ponía en práctica lo que le agradaba.

La granja Phoenix, que Gandhi había comprado por mil libras, estaba situada en las cercanías de Durban y abarcaba aproximadamente unas cien fanegas de tierra del más puro desierto que costó incesantes esfuerzos hacer cultivable para obtener de ella lo necesario para el sustento. Se dio a cada colono tres fanegas de tierra y una cabaña. Además de trabajar en las labores agrícolas, todos cooperaban en la edición del semanario *Indian Opinion*, fundado por Gandhi poco antes de adquirir la granja. Gandhi costeaba la edición, escribía artículos y echaba una mano en el trabajo de impresión. A este primer intento de Gandhi de crear, partiendo de comunidades reformistas, nuevos modelos sociales, seguirían otros en Africa del Sur y en la India.

Del 10 de octubre al 13 de diciembre de 1908 Gandhi conoció las cárceles de Africa del Sur, acusado de desobediencia civil. Allí tenía el tiempo y la tranquilidad necesarios para dedicarse a la lectura. Leyó, entre otros, *Civil Disobedience* de Henry David Thoreau, compatriota y amigo del filósofo americano Ralph Waldo Emerson. Thoreau, nacido en 1817 y muerto a causa de



Gandhi y su esposa Kasturbai con los miembros de la granja Phoenix, fundada en Natal en 1906. Esta comunidad se basaba en los principios de dignidad del trabajo manual e igualdad entre todos sus integrantes.

Embajada de la India, Madrid

una tuberculosis a los 45 años, fue durante toda su vida un enemigo acendrado de los esclavistas y odiaba la dependencia del individuo de cualquier institución, ya fuera la Iglesia, el Estado, la tradición o las costumbres. Con sus propias manos se construyó una pequeña casa a las orillas del lago Walden, en Concord (Massachusetts). El mismo confeccionaba todo cuanto precisaba y se alimentaba únicamente de lo que le ofrecía la Naturaleza. Durante dos años disfrutó de la libertad y la soledad, al cabo de los cuales regresó a Concord para comprobar hasta qué punto sería posible vivir la misma experiencia de libertad en el seno de la comunidad humana. Pero desde ese momento chocó con las autoridades, se negó a pagar impuestos y dio con sus huesos en la cárcel. Sólo estuvo veinticuatro horas, pero la experiencia le motivó lo suficiente como para inspirarle su ensayo sobre la desobediencia civil.

Algunos autores opinan que Gandhi tomó de Thoreau su idea del *satyagraha*, nombre que él daba a su método de desobediencia civil. Gandhi, sin embargo, rechaza esta imputación como no acorde con la realidad, porque el movimiento de resistencia contra el gobierno sudafricano comenzó mucho antes de leer el libro de Thoreau y, por tanto, sin conocer su ideario y su método de lucha. Por entonces él y sus colaboradores denominaban a su método de lucha política "resistencia pasiva", pero como el apelativo no correspondía al espíritu del movimiento, Gandhi acuñó el término *satyagraha* por deferencia a sus compatriotas que hablaban gujarati. Cuando posteriormente leyó la obra de Thoreau adoptó la nominación creada por éste para hacerse entender mejor por los lectores de habla inglesa. Pero incluso en este punto le pareció necesario introducir una puntualización, porque la denominación "desobediencia civil" no aclara-

ba por completo la envergadura de su lucha. Gandhi deseaba una palabra más activa y explícita, y así llamó a su método "resistencia civil". Es ilustrativo al respecto en todo este proceso cómo clarifica Gandhi su propio pensamiento en contraste con el occidental, cómo lo va limando y perfilando con mayor precisión y cómo siente una especial alegría espiritual al verlo ratificado por las ideas de algunos pensadores occidentales. Todo el aluvión ideológico, fruto de su propia tradición hindú, se desarrolló y entretejió inextricablemente con el producto de lecturas occidentales. Gandhi, sin lugar a dudas, suscribía palabra por palabra las siguientes explicaciones de la desobediencia civil salidas de la pluma de Thoreau:

«Sólo sé realmente una cosa: que si mil, cien, diez personas que podría llamar por su nombre, que si únicamente diez seres humanos dignos, que si un sólo hombre de bien del estado de Massachusetts se negase a tener esclavos, renunciase a cooperar e ingresase en la prisión del Estado, este simple hecho significaría el fin de la esclavitud en América. No importe la cantidad de pólvora que encienda la mecha. Lo bien hecho dura para siempre. Pero todo nuestro hacer se dedica a charlar sobre ello.»[4]

Para Gandhi esta última frase fue como arrojar aceite en su fuego interior. El, que tomaba tan en serio las palabras como los hechos, era un idealista práctico, un *karmayogi*, término que en la tradición hindú alude a la persona que busca su salvación por el camino del proceder desinteresado. Cuando Gandhi adoptaba un pensamiento como lema, le parecía una ignominia no obrar de acuerdo con él; la incoherencia entre pensamiento y acción le resultaba insoportable; su meta era armonizar teoría y praxis. Gandhi pensaba que este ideal se había encarnado en Tolstoi; lo admiraba porque ponía en práctica su pensamiento. Ruskin y Thoreau influyeron en Gandhi, pero Tolstoi era un dechado más perfecto.

Tolstoi era un hombre muy rico; había encontrado el éxito y la gloria, pero le faltaba la paz espiritual. A los 57 años, en 1885, abandonó su intensa y rutinaria vida social para concentrarse en la sencillez y frugalidad: andaba descalzo, con camisa y pantalones iguales a los de los campesinos humildes, con los que araba, rastrillaba y sembraba; dejó de fumar y de comer carne; no volvió a cazar. Recorrió el vasto país a pie y en bicicleta. Para escapar del lujo que le asfixiaba cedió todas sus posesiones a su mujer y a sus hijos, y se consagró a la educación de los campesinos. Su ideología reformista se encuentra diseminada en sus obras sobre vegetarianismo, sobre el matrimonio o sobre cues-


BBC Hulton Picture Library

Gandhi se inspiró en Henry David Thoreau para perfilar sus ideas sobre la desobediencia civil.

tiones teológicas. Numerosos hombres y mujeres acudían a visitarle desde todas las partes del mundo a Iasnaia Poliana para reavivar sus creencias. Atrajo también a Rainer María Rilke y a Tomas G. Masaryk, el que sería presidente de Checoslovaquia. Todas estas gentes tan diferentes acudían a él porque había logrado armonizar en su vida cotidiana palabra y hechos, fe y conducta, siguiendo una costumbre inquebrantable basada en el trabajo manual, la frugalidad, el desasimiento de bienes y riquezas y la cuidadosa evitación de cualquier tipo de muerte. Considera-

ba un pecado poseer grandes fincas, lanzaba grandes diatribas contra el servicio militar y defendía la objeción de conciencia. Rehusó el premio Nobel porque despreciaba el dinero. Fue excomulgado por la Iglesia Ortodoxa rusa. He aquí los títulos de algunos de sus escritos referidos a estos temas: *No matarás, Amaos los unos a los otros, Enseñanzas de Cristo a los niños, Pena de muerte y cristianismo, La tolerancia religiosa.* También podríamos mencionar sus *Narraciones populares* en las que ejemplifica continuamente su lema: no respondáis al mal con el mal; no os defendáis de la violencia con violencia, pagad el mal con bien.

Gandhi se inició en Tolstoi con su obra *El reino de Dios está en vosotros*, que le impresionó profundamente porque Tolstoi escribe en ella que la historia de la Iglesia era una historia de la crueldad y del horror, y que toda Iglesia con sus enseñanzas de redención y salvación, sobre todo la Ortodoxa con su culto a las imágenes, excluía la doctrina de Cristo. Desde tiempos inmemoriales las personas se saludan entre sí diciendo «la paz sea contigo», pero a la vez organizan ejércitos armados hasta los dientes para dirimir sus diferencias. Lo que atormenta a Tolstoi es lo mismo que motiva a Thoreau: el abismo entre teoría y praxis. Un cristiano —predicaba Tolstoi— no debería tener rencillas con su vecino, ni emplear ningún tipo de violencia; más bien al contrario, no debería ofrecer ninguna resistencia para sufrir y liberar con semejante actitud del mal y de toda violencia a sí mismo y al mundo. Aconsejaba también resistir pacíficamente a los malos gobernantes.

El primer contacto personal de Gandhi con Tolstoi fue una larga carta escrita en inglés el 1 de octubre de 1909, en la cual le informaba de su movimiento de "desobediencia civil" en Transvaal. El 24 de septiembre (7 de octubre según el calendario romano) Tolstoi anota en su diario que había recibido ese día una amena carta de un hindú de Transvaal, y el 28 de septiembre (11 de octubre) escribe a su amigo Vladimir Chertkov revelándole la conmoción que le había producido la misiva de Gandhi. Tolstoi, en su respuesta del 7 (20) de octubre, saluda a Gandhi como a un hermano que se debate en la misma lucha entre lo fácil y lo difícil, la humildad y el orgullo, el amor y la violencia. El 4 de abril de 1910, Gandhi adjunta a su segunda carta su librito *Hind Swaraj or Indian Home Rule*. Tolstoi lo lee, y a través de él conoce mejor a Gandhi, al que describe, en una carta a Chertkov, como un hombre que estaba muy cercano a sus propios postulados. El 15 de agosto de 1910, Gandhi, en su tercera carta, le comu-



El escritor ruso Lev N. Tolstoi fue uno de los autores contemporáneos que más influyeron en Gandhi.

nica la apertura de su granja, a la que ha puesto de nombre *Tolstoi*. Este, entusiasmado, le respondió a vuelta de correo. Chertkov tradujo esta carta del 7 (20) de septiembre de 1910, que resultó la más larga de todas, y la envió a un amigo de Inglaterra para que la hiciera llegar a Africa del Sur. Pero este hombre, enfermo por entonces, retrasó su envío hasta el 1 de noviembre, de forma que cuando Gandhi la recibió hacía unos días que Tols-

toi había fallecido (su muerte ocurrió el 20 de noviembre). Por esta circunstancia, el hecho de que el conde, a las puertas de la muerte, declare explícitamente que la resistencia pasiva contra el mal es simplemente emplear el amor, suprema y única norma de la vida humana, reviste un significado muy especial. Eran las palabras de un anciano que tenía un pie en la tumba a un hombre que se disponía a iniciar sus experiencias con la verdad. Era un testamento. Tolstoi no confiaba en un cambio a gran escala, pero Gandhi sí; Gandhi creía que podía transformarse a sí mismo y a otros. Y lo intentó teniendo como escenario y como campo de acción la India.

6. EL *satyagraha,* una vía para la autorrealización

Quizá el mismo Gandhi sintió que le habían transmitido una herencia. Las ideas de los reformistas sociales de Occidente habían calado hondo en su personalidad; ciertamente le habían afectado, pero, en realidad, sólo habían hecho vibrar en él cuerdas existentes, hasta entonces silenciosas. No cabe, pues, explicar el edificio ideológico de Gandhi como una mera adición de las influencias de Ruskin, Thoreau y Tolstoi. Incluso el andamiaje conceptual que Gandhi toma de estos autores queda iluminado por una luz diferente, por una ley religiosa central que domina todas las manifestaciones de su ser, ya se trate de prescripciones dietéticas, de sus rigurosos tabúes sexuales, de su praxis ascética o de sus métodos de lucha política. Gandhi ha llamado *satyagraha* a este motor íntimo de su pensamiento y acción globales. Literalmente, el término significa en sánscrito «atenerse a la verdad y a la justicia». *Satyam* deriva de *sat*, palabra que designa el Ser autosubsistente original del mundo. En los *Brahmana* se lee: «Hazme pasar del no-ser al ser, de la oscuridad a la luz, de la muerte a la inmortalidad.» En esta frase, los conceptos "no-ser", "oscuridad" y "muerte" reiteran un mismo significado dialécticamente opuesto a los sinónimos "ser", "luz" e "inmortalidad"; estos últimos parafrasean lo eterno, lo divino, lo existente increado. De *sat* viene *satyam*, que hay que traducir como *Verdad*, en la doble acepción de realidad divina y norma humana. Finalmente, *agraha* alude a aprehender, a preservar.

Gandhi mismo ha establecido en algunas ocasiones un paralelismo entre *satyagraha* y la *passive resistance* inglesa, para hacer comprensible a los lectores que hablan este idioma lo que quería decir con su método de la resistencia pasiva como medio político de lucha. Pero tal comparación, como observa el mismo Gandhi, es insuficiente. El núcleo del *satyagraha* puede representarse exterior y físicamente como resistencia pasiva. Pero su esencia trasciende esa apariencia, va mucho más allá: no es negatividad como la resistencia pasiva, sino lo más positivo que

cabe imaginar; el hombre despliega una fuerza invencible cuando se funde con el eterno *satyam*, con lo divino. Entonces es capaz de enfrentarse al mundo entero y asumir la resignación y el sufrimiento para convertirlos en triunfos mediante la fuerza espiritual del *satyagraha* que irradia y vence al enemigo con el *ahimsa*, sin necesidad de recurrir a las potencialidades de la persona física. En este sentido, *satyagraha* es la unión mística del *Kharmayogi*. Gandhi, pues, infunde religiosidad a la teoría y a la praxis de la no-violencia. En este punto, su pensamiento coincide con las palabras de Cristo en el Sermón de la Montaña (Evangelio de S. Mateo, capítulo 5, versículos 38-39): «Mas yo os digo: no resistáis al mal.» Estas palabras, conocidas desde sus años de estudiante en Londres, le habían salido de nuevo al paso en Africa del Sur leyendo a Tolstoi. Pero en Gandhi todo esto se fusiona con las raíces hindúes del *satyagraha* y del *ahimsa*.

Como ha quedado patente en la descripción de su ambiente familiar, desde su juventud se pueden rastrear todas las raíces hindúes. Un compatriota suyo especialmente importante en su vida sería más tarde Gopal Krishna Gokhale, al que Gandhi llamaba su "guru político". En junio de 1905 Gokhale había fundado la Sociedad de los Servidores de la India, que tenía como objetivo organizar una tropa escogida para el resurgimiento del país. Gandhi quedó fuertemente impresionado por sus principios. En su programa puede leerse:

«Muchas personas serias y reflexivas se han convencido ya de que ha llegado un momento en la construcción de la nación hindú en el que el siguiente paso adelante depende del trabajo abnegado de un grupo especialmente preparado que se consagre a esta tarea con espíritu verdaderamente misional. La Sociedad de los Servidores de la India ha sido fundada para subvenir a esta necesidad. Sus miembros aceptan sin embargo la unión con Inglaterra como predestinada por la inescrutable providencia divina para la salvación de la India. Desean un autogobierno para su país dentro del Imperio Británico y en general un nivel de vida más alto para sus compatriotas. Esta meta no se logrará sin un prolongado esfuerzo y un paciente sacrificio de años. La causa lo merece. Una parte primordial del trabajo consistirá en motivar culturalmente al pueblo y educar su carácter, y en este aspecto el progreso será necesariamente muy lento.

»Condición esencial para el logro de esta tarea gigantesca es que la mayor parte de nuestros compañeros se afanen con ahínco en esta causa, imbuidos de un fuerte espíritu religioso. Hay que espiritualizar la vida pública, y el patriotismo debe lle-



Rowohlt

Gandhi entre Gokhale (con gafas y chal) y Kallenbach, en Durban, 1912.

nar el corazón de nuestro pueblo hasta el punto de que todos los demás afectos resulten insignificantes a su lado; un patriotismo ardiente, dispuesto en cualquier momento a sacrificarse por la patria; un corazón valiente al que ni las dificultades ni los peligros desvíen de su camino; una fe profunda y ciega en la Providencia... De todo esto deberá equiparse el que se dedique a esta misión y deberá sentirse satisfecho y alegre dedicando todas sus fuerzas a servir a su propio país. La Sociedad de los Servidores de la India admitirá en su seno a los hombres que deseen consagrar su vida a la causa de su país con un espíritu religioso, e impulsará por todos los medios constitucionales a su alcance los intereses nacionales del pueblo hindú. Sus miembros orientarán todos sus esfuerzos fundamentalmente hacia los puntos siguientes: 1) Despertar por medio de la palabra y la acción

un profundo y apasionado patriotismo que cifre sus ideales en el servicio y en el sacrificio. 2) Educar políticamente al pueblo, dedicando especial atención a las necesidades del país, y en general apoyando a las instituciones. 3) Impulsar la convivencia sincera y la colaboración entre los diferentes grupos religiosos y sociales. 4) Apoyar todo tipo de iniciativas pedagógicas, en especial las encaminadas a la educación de la mujer, de las clases atrasadas y a la educación técnica y científica. 5) Fomentar la industrialización del país. 6) Prestar una especial atención a las clases oprimidas.»[5]

Había, pues, tanto en Oriente como en Occidente intentos por reformar la realidad social, y a través de ellos encontró Gandhi su propio camino, al que además contribuyeron experiencias personales, que en Gandhi siempre fueron los catalizadores desencadenantes.

En abril de 1906 los ingleses se dispusieron a sofocar la revolución zulú en Africa del Sur. Gandhi ofreció de nuevo sus servicios y organizó un cuerpo sanitario de camilleros. Este apoyo a una empresa de claros matices colonialistas deparó a Gandhi muchas censuras, pero él se justificaba diciendo que en aquel tiempo aún consideraba al Imperio Británico una institución providencial para lograr la prosperidad del mundo. Esta creencia fue perdiendo fuerza paulatinamente, pero no debe olvidarse que su punto de partida lo constituyeron precisamente sus observaciones personales durante esta «expedición de recaudación de impuestos». En efecto, durante las fatigosas marchas maduró en él una resolución cuyo lento desarrollo es visible durante décadas. Se trata de su aspiración a la continencia sexual, en sánscrito denominada *brahmacarya*. Gandhi la había puesto en práctica en 1900, pero a mediados de 1906 hizo una promesa que no infringiría hasta el fin de sus días:

«Los cónyuges que comprenden esto no se casarán únicamente para satisfacer su apetito sexual, sino para tener descendencia. En mi opinión, pensar que el acto sexual es una función autónoma, tan necesaria como dormir o comer, es el cúmulo de la ignorancia. El mundo depende del sexo para su perpetuación, y, dado que el mundo es el escenario de Dios y el reflejo de su gloria, el acto sexual debería ser autocontrolado para un crecimiento ordenado del mundo.

»Para ser justo con mi esposa, debo decir que ella nunca me incitó. Por esto me resultó extremadamente fácil cumplir con el voto de la *brahmacarya* siempre que me lo propuse: mi debilidad y mi inclinación a la sexualidad eran los únicos obstáculos.



Rowohlt

Gandhi fue jefe del cuerpo de camilleros hindú durante la revolución zulú de 1906.

»Un primer paso fundamental para salvaguardar el voto es el control del gusto, según comprobé en repetidas ocasiones. Seguí, por tanto, con mis experiencias dietéticas, enfocándolas no sólo desde el punto de vista del vegetarianismo, sino también desde el del *brahmacari*. Como consecuencia de tales experiencias descubrí que la alimentación de un *brahmacari* debía ser frugal, sencilla, sin especias y, en lo posible, natural, no cocinada. Al igual que la selección y la frugalidad de la dieta, el ayuno constituye un medio auxiliar necesario para la *brahmacarya*. Las pasiones son tan avasalladoras que sólo pueden ser mantenidas bajo estricto control cuando se les va ganando terreno a todas paulatinamente. Todos sabemos que si no las alimentamos carecen de poder, y creo que en este asunto el ayuno es muy provechoso si se emprende con el fin de dominar los sentidos.

»*Brahmacarya* significa control de los sentidos, tanto mental y verbal como en las acciones.»

Como puede inferirse de la cita, la cuestión de la continencia sexual ocupaba un puesto clve en el pensamiento de Gandhi. Su naturaleza debía de ser muy apasionada, y no le resultaría nada fácil vivir castamente. El hecho de que la noche en que murió su padre estuviese con su esposa, en vez de cumplir con su deber y permanecer hasta el fin al lado de su padre agonizante, pesó como losa de plomo sobre su conciencia durante toda su vida. Cuando finalmente pudo librarse de los lazos de la pasión tenía más de cuarenta años. Al igual que anteriormente había hecho con la dieta, la educación de sus hijos o con sus hábitos cotidianos, también puso a prueba su continencia para cerciorarse de su *brahmacarya*. Según Gandhi, la *brahmacarya*, a la que considera requisito imprescindible para el *satyagraha*, divide a la Humanidad en dos grandes grupos, según la posean o no: uno, muy desarrollado, el otro, el de la masa vulgar. Gandhi los retrata así:

«La diferencia es clara y nítida como la luz del sol. Ambos hacen uso de su capacidad visual, pero mientras el *brahmacari* la emplea para ver las maravillas de Dios, el otro lo hace para percibir la frivolidad de su entorno. Ambos utilizan sus oídos, pero uno escucha solamente las alabanzas de Dios, y el otro se recrea con cosas infamantes. Ambos se acuestan tarde con frecuencia, pero uno es porque se entrega durante horas a la oración mientras el otro las desperdicia en diversiones desenfrenadas. Ambos comen, pero uno sólo pretende mantener sano el templo de Dios, mientras el otro, harto, convierte el recipiente sagrado del cuerpo en una cloaca pestilente. Así, ambos viven



B B C Hulton Picture Library

Christian Smuts, general y político sudafricano, fue un decidido partidario de la reconciliación entre británicos y bóers, aunque preconizaba la lealtad al Imperio. Fue primer ministro de su país entre 1919-1924 y entre 1939-1948.

en polos opuestos, y el abismo entre ellos se abrirá aún más con el paso del tiempo.»

El año 1906 trajo dificultades adicionales para los hindúes residentes en Africa del Sur: una ley exigió la inscripción obligatoria en el registro de todos los asiáticos, para lo que tomaban a todos las huellas dactilares de los diez dedos. Esto chocó con la altivez de los hindúes y Gandhi llamó a la resistencia pasiva. A fin de hallar una denominación apropiada para el nuevo movimiento de resistencia, Gandhi ofreció un premio en el *Indian Opinion*. Lo ganó Maganlal Gandhi con el término *sadagraha*, transformado por el propio Gandhi en *satyagraha*. Su significado se puede traducir por *Fuerza nacida de la Verdad, el amor y la no-violencia*. El 29 de enero de 1908, Gandhi y 154 compañeros del movimiento de resistencia fueron detenidos y, una vez en prisión, Gandhi ordenó que todos deberían acatar el reglamento penitenciario. En lo referente a la inscripción, Gandhi llegó a un acuerdo con el general Smuts, por el cual se le despojó del ca-



Lord Curzon, virrey de la India desde 1898 hasta 1905.

rácter forzoso. Gandhi exhortó a los hindúes a presentarse voluntariamente para ser "huellados", y dio ejemplo yendo el primero. Cuando abandonaba la oficina del registro, fue derribado en plena calle por Mir Alam, un gigantesco nepalí, que expresaba así su furia por un compromiso sin contrapartida. Gandhi intercedió en favor de su agresor para obtener su absolución, pero éste fue condenado a tres meses de cárcel. Al ver Gandhi defraudadas sus esperanzas en el asunto del registro voluntario, convocó otra vez al *satyagraha*, y en el transcurso de una gran manifestación se quemaron los carnets. Gandhi fue detenido de nuevo y encarcelado durante dos meses, y al igual que Thoreau, alaba su prisión:

«La mayor suerte que puede caberle a una persona es ser encarcelada por preocuparse del bienestar de su propio país y

por su religión. Dentro de la cárcel se sufre menos que en la vida cotidiana; hay que seguir las órdenes de un solo guardián, mientras fuera hay demasiada gente que da órdenes. En la cárcel tampoco hay que preocuparse por ganarse el pan porque el gobierno se preocupa de este asunto, así como de la salud, sin tener que pagar nada a cambio. Dentro, además, hay trabajo suficiente y el cuerpo no permanece inactivo; no se está expuesto a vicios depravados, el alma es libre y dispone de tiempo abundante para rezar, porque aunque estén restringidos los movimientos, el alma es libre. Un camino verdadero para conseguir la más completa felicidad consiste en ir a la cárcel, y soportar en ella padecimientos y privaciones por el propio país y religión.»[6]

Gandhi viaja a Londres para obrar en pro de su causa africana entre las autoridades británicas y además influir en la opinión pública inglesa. En la ciudad conoce al ala radical del All Indian Congress y se muestra totalmente en contra de la política de atentados terroristas contra autoridades británicas llevada a cabo por el grupo en esos momentos. Gandhi encuentra también amigos en Londres, sobre todo lord Ampthill, y consigue despertar el interés de la opinión pública inglesa por la situación de los hindúes en Africa del Sur. Escribe una serie de artículos en su periódico *Indian Opinion* que después reunirá en un pequeño opúsculo titulado *Hind Swaraj or Indian Home Rule*. El mismo Gandhi se ocupó de redactar para un amigo un breve resumen de su contenido. Se trata de una concisa suma de sus principales metas, a las que seguiría aferrado más tarde:

«1. Oriente y Occidente no están separados por barreras infranqueables.

2. No existe lo que se llama civilización europea u occidental, sino una civilización puramente materialista.

3. Antes del advenimiento de la civilización moderna, los europeos tenían mucho en común con los orientales; en cualquier caso los europeos que no han sido afectados aún por dicha civilización son mucho más capaces de contactar con los hindúes que los vástagos de esa civilización moderna.

4. Quien gobierna la India no es el pueblo británico, sino la civilización por medio de sus ferrocarriles, sus teléfonos y el telégrafo, y todos los demás inventos de dicha civilización.

5. Bombay, Calcuta y las otras grandes ciudades indias son auténticos cánceres dentro de la nación.

6. Si mañana la India se sacudiera el yugo británico y surgiera un gobierno hindú basado en los mismos principios, la India no mejoraría ni un ápice, a no ser que pudiera detener el flu-

jo del dinero hacia Inglaterra, pero incluso en este caso, la India sería un país de cuarta o quinta fila, un simple imitador de Europa o América.

7. Los obstáculos que impiden el entendimiento entre Oriente y Occidente desaparecerían si Occidente tirase por la borda la civilización moderna en su totalidad. Podrían también encontrarse, al menos en apariencia, si Oriente adoptara la civilización, pero dicho encuentro sería solamente una tregua armada.

8. Es una insolencia que hoy cualquier persona o grupo de personas pretendan cambiar todo el mundo. Intentarlo con los artificiales y enloquecidos medios de los "movimientos" es imposible.

9. Un aumento del bienestar material —es preciso señalarlo una vez más— en modo alguno ocasiona un auténtico crecimiento moral.

10. La ciencia médica concentra la esencia de la magia negra. El curanderismo, aunque parezca increíble, trasciende y va más allá de lo que hoy se denomina "alta escuela médica".

11. Los hospitales son instrumentos del diablo que éste emplea para seguir dominando su reino, porque perpetúan el vicio, la miseria, la degradación y provocan verdadera exclavitud. Realmente debía de estar loco cuando pensaba en ser médico. Sería un gran pecado participar de alguna forma en las atrocidades que tienen lugar en los hospitales. Si no hubiera hospitales para curar las enfermedades venéreas o la tisis, estos males disminuirían.

12. La salvación de la India radica en el abandono de todo cuanto ha aprendido en los últimos cincuenta años: ferrocarril, telégrafo, hospitales, medicina..., todo debe desaparecer; y las llamadas clases obreras tienen que aprender a vivir de modo consciente y religioso la vida sencilla de un campesino, con la firme convicción de que esta vida conduce a la auténtica felicidad.

13. Los hindúes no deben vestirse con vestidos tejidos a máquina, ya provengan éstos de fábricas europeas o de nuestro propio país.

14. Inglaterra puede ayudar a la India a conseguir todo esto, exculpando de esta manera su colonialismo. Actualmente numerosas personas en Gran Bretaña parecen mantener esta opinión.

15. Las antiguas costumbres mostraban auténtica inteligencia de la maquinaria social limitando los bienes materiales de los individuos. El primitivo arado, existente quizás desde hace cinco mil años, sigue siendo usado aún. Por este camino hay que buscar la salvación. En estas circunstancias las personas serían más longevas y disfrutarían de una paz mucho mayor que la que tenía Europa antes del advenimiento de la actual industrialización. Creo que cualquier persona ilustrada —en concreto, cada inglés— puede comprender y seguir esta verdad en cuanto se lo proponga.»

El propio Gandhi cita sus palabras de *Hind Swaraj*, con las que aún está de acuerdo: «Cuando defiendo las ideas que expuse en *Hind Swaraj*, no hago otra cosa que esforzarme en seguir a Tolstoi, Ruskin, Thoreau, Emerson y otros escritores, y a los maestros de la filosofía hindú. Tolstoi fue mi maestro durante muchos años. *Hind Swaraj* enseña el evangelio del amor en lugar del odio; en lugar de la violencia pone el autosacrificio. Acentúa el poder de la fuerza espiritual frente a la violencia brutal.»[7]

Cuando, en mayo de 1910, el arquitecto alemán Dr. Hermann Kallenbach puso a disposición de Gandhi una finca de su propiedad, se le ofreció de nuevo la posibilidad de intentar sus experiencias de reforma social. Así, Gandhi continuó los intentos anteriormente iniciados en la granja Phoenix. Gandhi bautizó a la nueva comunidad con el nombre de "Granja Tolstoi", adecuando su programa a dicha denominación. Todos sus miembros aportaron obligatoriamente su trabajo para lograr la independencia económica, a la vez que se reducían al mínimo las exigencias de alimentación y de vestuario. Practicaban a rajatabla el riguroso principio de que todo cuanto uno no puede realizar con sus propias manos es superfluo, creando un régimen económico completamente autárquico. Al igual que el trabajo diario en los campos, también era obligatoria la participación en los actos religiosos que respondían a las creencias particulares de cada uno de los integrantes de la comunidad. La organización penitenciaria de Pretoria, que Gandhi había aprendido a valorar, le sirvió de modelo para reglamentar las actividades cotidianas. Su lema podría condensarse en tres palabras: *ora et labora*. Carecían de médico; la Medicina tradicional estaba rigurosamente prohibida; tan sólo se permitían la hidroterapia y los tratamientos a base de arcilla practicados por el propio Gandhi. Los niños no tenían maestro; por la mañana ayudaban en las faenas agrícolas y por la tarde asistían a unas clases impartidas por Gandhi en las que no se empleaban libros de texto. Los mismos hijos de Gandhi crecieron sin una asistencia metódica a la escuela porque su padre consideraba prioritaria la educación del carácter antes que la adquisición de conocimientos. Gandhi abandonó, pues, el ejercicio de su profesión y se instaló con su familia en la Granja Tolstoi. En 1912 renunció solemnemente a toda forma de propiedad privada.

Rowohlt

Kasturbai, Gandhi, Kallenbach y Miss Schlesin en Johannesburgo

Su retiro en Tolstoi-Ashram no duró mucho porque se vio obligado a volver a la vida pública con motivo de la promulgación de nuevas leyes discriminatorias para los hindúes: exigencia de un pase especial para cruzar la frontera del Transvaal, abolición de la validez del matrimonio según el rito hindú... Gandhi



Rowohlt

Gandhi con Miss Schlesin y Kallenbach en 1913, antes de su marcha al Transvaal.

convocó al *satygraha*, y 2.037 hombres, 127 mujeres y 57 niños respondieron a su llamada. El 6 de noviembre de 1913 partió con ese grupo para transgredir la prohibición de cruzar la frontera de Transvaal. En el camino fue detenido tres veces y puesto poco después en libertad. En general, las autoridades actuaron con mo-



Rowohlt

El gran poeta hindú Rabindranath Tagore con el Mahatma Gandhi.

deración y la marcha transcurrió sin incidentes dramáticos, aunque tampoco produjo resultados espectaculares. Esta fue la última gran acción pública de Gandhi en Africa del Sur.

Al estallar la I Guerra Mundial, Gandhi se comporta de nuevo como un leal ciudadano del Imperio Británico y forma un cuerpo sanitario, del que él mismo quedó excluido al ser declarado inútil para el servicio. Emprende entonces el regreso definitivo a su patria y llega a Bombay el 9 de enero de 1915, donde las masas jubilosas le tributan un caluroso recibimiento. Tagore le aplica el calificativo de *Mahatma* («Alma grande»).

Han terminado para Gandhi los años de estudio y actividades fuera de su patria. Aquel joven abogado tímido y torpe que no se atrevía a intervenir en juicios orales se ha convertido en un político ducho en la dirección de masas no sólo en lo tocante

Rowohlt

Gandhi, vestido a la usanza hindú, y su esposa Kasturbai, tras su retorno a la India en 1915. Después del «periodo de formación» en Sudáfrica, Gandhi pondría en práctica sus ideas en su propio país, luchando sin descanso para encontrar prácticas que hicieran posible cambiar la forma de vida de sus compatriotas y así poner en marcha una verdadera revolución de las costumbres

a estrategia (planificación de la desobediencia civil), sino también como orador en asambleas y dirigente intrépido de las manifestaciones. Se ha fogueado en el trato con las autoridades británicas, amistosas unas veces, hostiles otras, y conoce sus cárceles. Pero sobre todo, a lo largo de estas décadas ha construido y decantado su ideología más que en el plano teórico en el práctico, experimentando consigo mismo y con las personas de su entorno igual que un químico con la retorta. Todas sus posturas políticas emanan de una actitud fundamentalmente religiosa; sabe que su salvación reside en la divinidad. Con la paciencia inquebrantable de un maestro de escuela y armado de una radical desconsideración frente a sí mismo, intenta limar y mejorar su carácter, y puesto que ni siquiera es indulgente consigo mismo, exige la misma inflexibilidad a sus familiares y colaboradores. Con grandiosa subjetividad, este hombre, al que las musas sonrieron, reduce lo vital a su estado más puro y prístino. Imbuido del espíritu ahorrativo de los banias, va suprimiendo pieza a pieza todo cuanto no es absolutamente necesario. Esta ascética de la sobriedad, tildada de masoquismo por algunos críticos occidentales, produce, a él y a los suyos, una profunda e íntima satisfacción. De su infinita capacidad para el sacrificio emana una fuerza inaudita que ejerce sobre los demás para mejorarlos. Gandhi diluye su propia persona en el servicio a la comunidad, se convierte en un líder carismático como pocos lo han sido en los tiempos modernos. El *pandit* Jawaharlal Nehru atestigua que sólo se conocía a Gandhi cuando se mantenía una relación personal con él. Sus escritos o palabras no desvelan el fondo de su personalidad. Uno podía escandalizarse de sus opiniones o tenerlas por falsas, pero no sustraerse a la tremenda fuerza que irradiaba su persona. Se cierra aquí el capítulo, decisivo en la biografía de Gandhi, de sus largos años de aprendizaje y ausencia de la patria. En él se pone de manifiesto cómo un individuo medianamente dotado se ha formado a sí mismo mediante una rigurosa e inflexible autoeducación tendente al autoperfeccionamiento, hasta devenir en una personalidad de primera magnitud. Los próximos capítulos tratan de sus actividades en la India.

Segunda parte

EL MAHATMA

«El es el único, el iluminado, la fuente de todo, el Mahatma.
Siempre vivo en el corazón de su pueblo
por el gran amor que nace de la sima de su espíritu:
Aquel que le conoce se hace eterno.»

Rabindranath Tagore, 1922.


Rowohlt

7. La rueca

Gandhi era un *karmayogi*, un hombre que buscaba siempre la autorrealización actuando de modo absolutamente desinteresado. No perseguía atesorar conocimientos intelectuales abstractos, sino experimentar con la verdad y materializarla en reformas sociales. A la Granja Phoenix, su primer intento, sólo le dedicó, muy a su pesar, escaso tiempo. Pero con el Tolstoi-Ashram, su segunda tentativa, se identificó totalmente y su recuerdo le asaltaba con frecuencia. Por ello, apenas se vio en la India, buscó un lugar para construir una comunidad social similar, desde el cual su actividad irradiara por toda su patria. Se instaló en Ahmedabad, la capital de Gujarat, en la antigua sede de una tejeduría manual, hoy centro floreciente de la industria textil; y a orillas del Sabarmati, río de vasto lecho arenoso cubierto por las aguas sólo en caso de inundaciones, fundó el 20 de mayo de 1915 el Satyagraha-Ashram, que además de centro de aprendizaje para sus colaboradores, debía ser el modelo para el futuro orden social de la India. Gandhi creía a pie juntillas que este modelo de pequeñas comunidades semejantes a conventos sería extrapolable a un país de cientos de millones de habitantes. Si todos y cada uno de los habitantes de la India, pensaba Gandhi, vivieran como los *ashramitas*, los problemas políticos y económicos se resolverían por sí solos. El Sabarmati-Ashram se componía, aproximadamente, de veinticinco miembros, divididos en tres grupos: guías, aprendices y estudiantes. Su vida campesina era una alternativa a la gran ciudad, y en ella había dos labores absolutamente obligatorias: la agricultura, para proveerse de alimentos, y el tejido a mano, que proporcionaba el vestido. En un principio, Gandhi tuvo que sortear grandes dificultades para conseguir hilo hecho a mano para sus telares. Los labradores habían dejado de utilizar sus ruecas, por lo que Gandhi y sus colaboradores volvieron a poner en funcionamiento esos antiguos instrumentos en

◄ *Gandhi en una intervención pública.*

desuso, mejorándolos técnicamente. Hilar se convirtió en un ejercicio cotidiano, y más aún, en el símbolo del autoabastecimiento y de la independencia económica al margen de la potencia colonial inglesa. Gandhi se había propuesto la meta de estimular a la población rural a que emprendiera otras actividades productivas durante la época estival en la que el calor imposibilita las labores agrícolas. En el Ashram se admitían niños desde los cuatro años. Su etapa formativa duraba diez años e incluía las siguientes materias básicas: agricultura, hilado a mano, lenguas como el sánscrito, el hindi y la dravídica, literatura y —lo último pero no lo menos importante— religión. En el Ashram no había días festivos ni vacaciones. Sus miembros sólo disponían de dos tardes a la semana para dedicarse a sus actividades privadas. Los estudiantes disfrutaban anualmente de un viaje de tres meses por la India, que se realizaba a pie. Las comidas, basadas en las experiencias dietéticas de Gandhi, se distinguían por su sencillez y no incluían la carne, el té ni el café. La vestimenta era también austera y se la confeccionaban ellos mismos a partir de telas tejidas a mano. Desde aquí planificaría Gandhi durante las siguientes décadas todas sus actividades políticas y pedagógicas.

Gandhi escribe a propósito del Ashram: «El *swadeshi* [independencia económica] nada tiene que ver con la xenofobia. Desear mal al prójimo jamás será una obligación. El *khadi* [tela tejida a mano] se convirtió en el símbolo del *swadeshi*: la India, al abandonar esa actividad, ha olvidado que es una obligación nacional, incurriendo por ello en un gran pecado. En 1908 me di cuenta por primera vez de la gran importancia del *khadi* y de la rueca. Por entonces no tenía ni siquiera una vaga idea de cómo era una rueca; tampoco sabía en qué se diferenciaba ésta del telar. Apenas conocía la situación de los diversos pueblos de la India, pero me daba perfecta cuenta de que la causa de su empobrecimiento radicaba en el abandono de la rueca. Por ello tomé la firme decisión de revitalizar su uso cuando regresara definitivamente a la India. Volví en 1915, y puse inmediatamente en práctica estas ideas: el *swadeshi* fue una de las reglas básicas desde la fundación del Ashram. Pero ninguno de nosotros sabía utilizar un telar, por ello nos dimos por satisfechos con la utilización de la rueca. Había algunos que tenían predilección por las telas vaporosas, pero en el mercado era imposible conseguir un hilo-*swadeshi* lo suficientemente fino para el sari de las mujeres, por lo que durante un corto periodo fueron tejidos con hilo importado. Pronto estuvimos en situación de conseguirlo en el interior. No fue en absoluto tarea fácil introducir la rueca en el Ashram, por-



El Satyagraha-Ashram en Ahmedabad.

que ninguno de nosotros tenía la más remota idea de tejer. Algunos amigos nos proporcionaron un telar y un maestro tejedor, y mi hijo Maganlal decidió aprender su oficio. Mientras estos experimentos tenían lugar en el Ashram, yo promocionaba por los alrededores el *swadeshi*. Pero, en definitiva, mientras no supiéramos las técnicas de hilar a mano, era como representar *Hamlet* sin el príncipe de Dinamarca. Al final descubrí la rueca y la introduje en el Ashram. Pero con ella nuestras dificultades, lejos de disminuir, aumentaron porque problemas latentes hasta entonces salieron inopinadamente a la luz. En mis viajes por el país noté que las gentes despreciaban la rueca en cuanto la veían. Sabía que hilar no era una actividad muy rentable, y pronto me di cuenta de que su rendimiento era mucho más escaso de lo que yo pensaba. Surgió además un problema adicional: el hilo era irregular, y desde luego no lo bastante fino. Muchos de los miembros del Ashram sólo lograban un hilo basto y quebradizo; y no todos los tipos de algodón eran aptos para esta labor manual. No servía tampoco cualquier instrumento. En definitiva, para reactivar la hilatura manual necesitaba desarrollar un ambicioso



Gandhi y su esposa en una recepción en Ahmedabad, 1915

programa. Además de grandes sumas de dinero, precisaría cientos de trabajadores dispuestos a aprender las nuevas técnicas y a conformarse con un salario bajo, a cambio de revitalizar la vida de sus pueblos. Pero aún había más: las especiales condiciones de vida en el campo fomentaban la ociosidad, la estrechez de miras y la desesperanza, y mientras todo esto no cambiase, la hilatura tradicional fracasaría. Para tener éxito en la reintroducción del torno de hilar necesitábamos un ejército de hombres y mujeres abnegados, muy pacientes y armados de una gran fe. Al



El Mahatma en Karachi, en 1916. Sus doctrinas religiosas y sociales empezaban a tener gran resonancia en la India.

principio únicamente yo tenía fe, y ella era mi único capital; pero en lo más profundo de mi corazón pensaba que si tenía fe, todo lo demás vendría por añadidura (la fe ilumina el intelecto y empuja al individuo a la laboriosidad). Todo este proyecto pasaba necesariamente por el Ashram, creado precisamente con esta finalidad. Sólo llegaríamos a poseer todos los secretos del hilado a mano si le dedicábamos la parte más importante de nuestra actividad. De ahí que esta actividad fuese finalmente reconocida como *mahayajna* y se convirtiera en obligatoria y esencial.»[8]


Rowohlt

Gandhi hilando a mano.

Fue un regalo del destino que Gandhi fundara este Ashram, dedicándose de lleno a potenciarlo, y que no tuviera necesidad, por tanto, de encuadrarse en otra organización de las existentes por entonces, porque todo hubiera sido diferente. Su gran admiración por Gokhale le indujo a ponerse en contacto con la Sociedad de Servidores de la India, cuyos postulados le merecían confianza, y solicitó su admisión. Fue inútil: su solicitud encontraba una gran oposición entre los miembros de dicha sociedad. Gokhale le aconsejó entonces que viajara y observara a su alrededor, absteniéndose de hacer cualquier manifestación pública durante un año. Gandhi retiró su solicitud de ingreso en la sociedad y siguió el consejo de observar un año de silencio.

Al finalizar este periodo, los comentarios se avivaron. Su primer gran discurso público (4 de febrero de 1916), con motivo de



La rueca era para Gandhi un símbolo de autogobierno y progreso racional.

la inauguración de la Universidad india de Benarés, constituyó un gran escándalo, porque Gandhi criticó duramente a los príncipes que habían acudido en gran número, gritándoles que se deshicieran de sus joyas y las pusieran a disposición de los campesinos pobres. Además señaló que la salvación de la India dependía de los campesinos y no de los terratenientes e intelectuales. Annie Besant, presidenta del acto, indignada, le retiró el uso de la palabra, hecho que rubricó la argumentación de Gandhi. La concepción económica de Gandhi derivaba también de la religión, y no de las doctrinas en boga por entonces, las cuales Gandhi ni siquiera se había preocupado de estudiar. Así debe entenderse su abominación de las máquinas y el ideal de la autarquía en el seno de pequeñas comunidades (*swadeshi*). Las siguientes frases, extraídas de dos discursos, resumen las líneas fundamen-

tales de su teoría económica. El 14 de febrero de 1916 explícitaba en Madrás su concepto del *swadeshi*:

«*Swadeshi* es la fuerza interior que nos impele a restringir nuestra economía, a utilizar únicamente elementos de nuestro entorno inmediato y a adecuarnos a él, eliminando todo lo que se sale fuera de sus límites. Tomemos como ejemplo la religión: para satisfacer esta definición debo limitarme a la religión de mis antepasados, es decir, a mi entorno religioso inmediato. Si me parece equivocado, mi obligación es adecuarlo, depurándolo de todas sus faltas. En el ámbito de la política, deberíamos aprovechar las instituciones vernáculas y adecuarlas, podándolas de elementos perjudiciales. En el terreno estrictamente económico, el término quiere decir que sólo empleo lo producido por mi inmediato vecino y contribuyo al logro de esta empresa procurando trabajar bien y a pleno rendimiento. Gran parte de la extrema pobreza de nuestro pueblo hay que achacarla al abandono del *swadeshi* en la vida económica y en la industria. Si no se hubiesen importado productos foráneos, la India sería hoy un país en el que fluiría leche y miel... Yo no concibo el *swadeshi* como un motivo de boicot por venganza. Quiero que todos comprendan que se basa en un principio religioso que debería cumplirse fielmente. Según esta definición, el *swadeshi* es un precepto religioso al que hay que someterse, menospreciando las incomodidades físicas que pueda originar para algunos. Un practicante del *swadeshi* lo aprende prescindiendo de numerosas cosas consideradas en la actualidad como necesarias. El *swadeshi* es la única doctrina acorde con la humildad y el amor.»[9]

El 22 de diciembre resumía su programa económico para la Economics Society de Allahabad: «No se puede servir a Dios y al dinero: he aquí una verdad económica de indudable valor. Tenemos que elegir uno de los miembros de este dilema. Los pueblos europeos gimen aplastados por un dios monstruoso, el materialismo. Su crecimiento moral se ha estancado, y miden su progreso en libras, chelines y peniques. La meta de todos es alcanzar el nivel de vida americano; América es envidiada por muchas otras naciones. Yo mismo he oído decir a numerosos hindúes: queremos alcanzar el nivel de vida americano, pero sin utilizar sus métodos. Un intento semejante, en mi opinión, está condenado al fracaso. La sabiduría es incompatible con la moderación y la furia. ¡Que nuestros guías nos enseñen a alcanzar nuestras

El Mahatma Gandhi predicaba con el ejemplo su concepto del swadeshi. ▶

Rowohlt

metas morales! Se nos ha repetido que hubo un tiempo en que nuestro país fue la cuna de los dioses. Actualmente ni siquiera cabe imaginarse que los dioses puedan sobrevivir en un país oscurecido por el humo y el ruido de las fábricas, y por cuyas calles transitan máquinas chirriantes cargadas hasta los topes con personas que, en su mayoría, no saben lo que quieren, frecuentemente distraídas, y cuya tranquilidad no la potencia el ir apretujados como sardinas en lata y rodeados de personas extrañas a las que arrojarían a la calle si de ellas dependiera. Cito estos hechos porque para mí son símbolos del progreso material, aunque en absoluto contribuyan a nuestra felicidad. El progreso técnico trae la decadencia moral. Cuando la India alcance sus metas morales, no tendrá ya ningún enemigo y, en consecuencia, tampoco necesitará ejército alguno. Dejadnos buscar primero el reino de Dios y su justicia, y tened la seguridad de que el resto se nos dará por añadidura. He aquí la verdadera ciencia económica.»[10]

Los críticos de Gandhi se reían de su tenaz obstinación por aferrarse al hilado a mano. Gandhi sabía que la rueca era un instrumento de escasa rentabilidad, pero era barata, exigía poca destreza y proporcionaría a millones de familias, subempleadas durante una parte del año, al menos un mínimo de salario. Además en la rueca veía un medio para liberar a los hindúes de la dependencia de la industria textil inglesa. En su opinión, la India podría prescindir de la mayoría de las importaciones. Como las personas necesitaban telas para vestirse, el *carka* (rueca) se convirtió para él en el símbolo del autogobierno (*swaraj*), y Gandhi insistió en incluirlo en la bandera india como símbolo nacional. Subrayó la importancia capital de su campaña a favor de la rueca cambiando su atuendo personal, de forma que desde septiembre de 1921 no volvió a vestir otra prenda que el paño en torno a las caderas por el que nos es tan familiar. Gandhi expresó siempre abiertamente a través de la ropa su actitud espiritual. Adoptando esta vestimenta se alineó con los más pobres, con aquellos que ni siquiera podían permitirse el lujo de comprarse suficiente *khadi* para un atavío completo y debían conformarse con una simple tela en torno a las caderas.

8. La India, banco de pruebas del *satyagraha*

Gandhi sufrió una merma en su salud durante estos años. Los achaques, unidos al agotamiento, le obligaron a guardar cama. Su estado no acababa de mejorar. Los médicos aconsejaban con insistencia una dieta a base de leche, pero un voto de Gandhi, contraído para protestar contra el mal trato a las vacas en la India, impedía dicho tratamiento. El enfermo, además, temía que la leche amenazara su continencia sexual. Finalmente la fiel Kasturbai halló una solución de compromiso: argumentando que el voto se refería exclusivamente a la leche de vaca, convenció a Gandhi para que bebiese leche de cabra. Su mejoría no se hizo esperar, y su organismo comenzó a fortalecerse a ojos vista. Gandhi continuó tomando durante toda su vida leche de cabra.

Bajo la dirección de Gandhi comenzó para la India un periodo de lucha y transformación. En sus palabras y escritos, el Mahatma no ahorraba censuras al imperialismo británico, al que definía como un sistema satánico. Su antigua opinión de que este sistema favorecía la prosperidad mundial se había deslizado al polo opuesto. Aun considerando la no-colaboración como un movimiento fundamentado en la religión y la moral, no ocultaba que tendía a derribar al gobierno.

Cuando en el año 1918 Inglaterra, sacando fuerzas de flaqueza, hizo un último esfuerzo para aplastar a las potencias centrales, Gandhi volvió a ponerse del lado del señor colonial y se identificó con sus metas bélicas. Si con ello había esperado ganar a los ingleses para la causa de la independencia, sufrió una amarga decepción. Terminó la guerra, pero las leyes de excepción promulgadas durante las operaciones militares siguieron vigentes en la India por medio del decreto llamado *Rowlatt Bill*. Una ola de detenciones atravesó el país. Bal Gangadhar Tilak, por entonces el más prestigioso dirigente nacionalista hindú, fue encarcelado. También Annie Besant, que había hecho de la libertad de la India su propia causa. El 6 de abril de 1919 Gandhi



Annie Besant, gran luchadora por la libertad de la India.

convocó a la nación a una huelga general. Este había de ser un día de oración y ayuno que marcaría el inicio de un movimiento generalizado de desobediencia civil. La huelga general satisfizo plenamente a Gandhi; pero éste no había contado con la inclinación a la violencia, presente siempre de forma larvada tanto en la India como en el resto del mundo. En una época Gandhi llegó a pensar que Oriente se basaba en el *ahimsa*, y Occidente en la violencia. Pero semejante simplificación no se tenía en pie a la vista de la historia de Asia y de los acontecimientos contemporáneos de la India presenciados por Gandhi. En las grandes ciudades la huelga se desarrolló acompañada de pillaje, corte de las líneas telegráficas, bloqueo de trenes y agresiones *de facto* a los ingleses. Como penitencia por estos sucesos, Gandhi ayunó tres días y, al seguir recibiendo noticias de actos violentos desde otras

ciudades más pequeñas, suspendió súbitamente la acción *satyagraha* el 18 de abril de 1919. Esta medida constituyó un gran error estratégico.

El suceso más trágico fue el baño de sangre acaecido en el Jallianwalla Bagh de Amritsar el 13 de abril de 1919. El año anterior ya había habido muertos en la ciudad de los *sikhs* —que guarda el templo dorado, santuario principal de esta comunidad religiosa conocida por las barbas y turbantes de sus adeptos— cuando dos dirigentes del Congreso fueron expulsados de la ciudad, y el populacho, desenfrenado, mató a tres ingleses. Inmediatamente después, el general de brigada Reginald E. H. Dyer, un viejo zorro del ejército británico, nacido además en la India, ocupó militarmente la ciudad. Al llegar los críticos días de abril de 1919, dictó el día 12 una orden prohibiendo las manifestaciones y asambleas en todos los distritos de la ciudad; pero, al parecer, esta orden no fue divulgada en todos ellos. Al día siguiente, el 13 de abril, el general se enteró de que la población proyectaba celebrar a las cuatro de la tarde una gran manifestación. Se puso en camino y encontró de diez a veinte mil personas congregadas en el Jallianwalla Bagh, una plaza rectangular flanqueada por edificios y murallas, que tenía unos accesos escasos y tan estrechos que los dos tanques del general no pudieron acceder a ella. Apostó veinticinco gurkas y otros tantos baluchis y, sin previo aviso, ordenó abrir fuego sobre la multitud. En diez minutos los soldados dispararon 1.650 tiros, de los que 1.516 hicieron blanco, 379 de ellos mortales. En la investigación abierta a resultas de este cruento suceso, el general declaró que al ver su orden desatendida se limitó a cumplir con lo que él creía su obligación. El informe de la investigación constató lacónicamente: fue, por desgracia, un erróneo concepto del deber.

De todos estos acontecimientos Gandhi sacó la conclusión de que se imponía, ante todo, educar e informar al pueblo de las metas de su movimiento *satyagraha*. Aquí radica la causa de que se convirtiera en colaborador regular de los semanarios *Young India*, publicado en inglés, y *Navajivan*, en gujarati, Desde esta plataforma Gandhi saltó a otros periódicos, aumentando paulatinamente su popularidad en toda la nación. En 1920 Gandhi cree llegado el momento de pasar a la acción e inicia un movimiento general de no-colaboración contra las autoridades inglesas. Para dar a conocer su programa elige la fecha del 1 de agosto, aniversario de la muerte de Bal Gangadhar Tilak, orador vibrante y heroico luchador por la libertad de Maharashtra. Este *brahman* de Poona había logrado inflamar los sentimientos nacionalistas

de sus compatriotas, y reavivó el recuerdo de Shivaji, convirtiéndolo en un héroe nacional. Tras su repentina muerte, Gandhi, con sus postulados de pedagogía popular, pasó a ocupar el primer lugar en la conciencia de su pueblo. Su programa de acción preveía la devolución de todos los títulos y homenajes, y el boicot a las escuelas, *colleges*, tribunales y autoridades. El mismo devolvió la medalla Kaisar-i-Hind, conseguida por sus acciones humanitarias, y las condecoraciones ganadas por su servicio sanitario en Africa del Sur.

Al mismo tiempo, Gandhi se mostró como abogado y protector de los musulmanes, haciendo suyo el problema del califato, que por entonces generaba intensa preocupación entre ellos. El Tratado de Paz de Sèvres (1920) certificaba la derrota del Imperio Turco y su escisión en un gran número de pequeños estados: el resto de Turquía se transformó en una república; el sultán fue destituido, desapareciendo con él la dignidad espiritual del califato. Aunque dicha dignidad carecía de poder efectivo, los musulmanes de Asia la sentían como un lazo de unión y protestaron por la destitución de su jefe religioso. Gandhi asumió este movimiento pro-califato, buscando realizar una de las grandes metas de su vida: la reconciliación fraterna entre hindúes y musulmanes.

En febrero de 1921 Gandhi decidió iniciar un movimiento masivo de desobediencia civil en el distrito de Bardoli (Gujarat). La población tenía que llevar a cabo una huelga de impuestos. Gandhi esperaba poder controlar la acción en un territorio que contaba con 87.000 habitantes; pero un incidente acaecido por entonces conmovió profundamente a Gandhi, mostrándole de nuevo la inmadurez del pueblo para entender su movimiento de no-violencia: en Chauri Chaura (Utta Pradesh) sus habitantes asaltaron un puesto de policía y prendieron fuego al ayuntamiento con 22 policías en su interior. Gandhi interrumpió su campaña y se impuso un ayuno expiatorio de cinco días de duración. El 13 de marzo de 1922 fue detenido en el Sabarmati-Ashram de Ahmedabad y juzgado por inducción a la rebelión. La acusación se basaba en sus artículos publicados en *Young India*. Gandhi se reconoció culpable y solicitó para sí mismo la pena máxima; lo que la ley contemplaba como delito era para Gandhi la más alta de sus obligaciones. El juez C. N. Broomfield se inclinó ante la



Gandhi durante un satyagraha. ◄

Gandhi con algunos participantes en las sesiones que el Congreso celebró en Ahmedabab en 1921. ►

Gandhi con su mujer, poco antes de ser encarcelado en 1922 a causa de su campaña de desobediencia civil contra el gobierno colonial. Los numerosos disturbios que se produjeron durante esta campaña le llevaron a interrumpirla y a reforzar su dedicación a las tareas de pedagogía popular encaminadas a sensibilizar al pueblo hindú sobre el verdadero camino de la no-violencia



Gandhi encarcelado en 1922, acusado de inducción a la rebelión. Condenado a seis años de prisión, fue, sin embargo, liberado en 1924

supremacía moral del acusado, pero no pudo hacer otra cosa que condenarle a seis años de cárcel. Esta fue la única ocasión en que las autoridades británicas se atrevieron a llevar a Gandhi ante un tribunal. En el futuro evitarían esta confrontación porque conducía a reconocer al condenado como vencedor moral.

A los dos años de estar en la cárcel de Yeravda (Poona), Gandhi tuvo que someterse a una operación de apendicitis. Poco después, en febrero de 1924, sería puesto en libertad por motivos de salud. La situación política evolucionaba en aquellos días a ritmo vertiginoso. El movimiento pro-califato se desmoronó. C. R. Das y Motilal Nehru, el padre de Jawaharlal, formaron un partido que propugnaba la independencia para oponerse al poder legislativo del gobierno y que cosechó un importante éxito electoral. Gandhi no estaba de acuerdo con esta estrategia política porque un creciente número de hindúes entraban a formar parte del aparato administrativo, sosteniendo así el colonialismo británico,



El Mahatma con Indira Gandhi, hija de Nehru, en 1924. Indira llegaría a ser posteriormente primera ministra de la India.

y porque consideraba "satánico" todo el sistema. El se consagró a difundir la rueca por los pueblos. Como presidente del Congreso habló en Belgaum (1924) únicamente sobre el hilado y sobre el boicot a los productos textiles extranjeros. Fundó la *All India Spinners Association* y desapareció por los pueblos durante los cuatro años siguientes dedicándose a la pedagogía popular y a la creación de centros-khadi.

9. La marcha de la sal

Pero el Mahatma regresó otra vez a la escena política en noviembre de 1927 para entrevistarse con el virrey inglés, lord Irwin, que le comunicó la creación de una comisión presidida por sir John Simon para reformar la Constitución. Sin embargo, el Congreso boicoteó con éxito esta iniciativa porque ninguno de sus miembros era hindú.

Durante el periodo 1928-1929, la India hervía de inquietudes. En diciembre, en acción cobarde según palabras de Gandhi, había sido asesinado Saunders, jefe de policía en funciones de Lahore. Su asesino, Bharat Singh, convertido casi en héroe nacional, no fue detenido, y el 8 de abril de 1929 arrojó dos bombas en medio de la Asamblea de parlamentarios de Nueva Delhi y a continuación comenzó a disparar su pistola, afortunadamente sin herir a nadie.

En Bengala, región en la que la situación estaba siempre al rojo vivo y cuna de los más salvajes enemigos de la dominación inglesa y del poder del Congreso, actuaba Subhas Chandra Bose, militante de una libertad a ultranza contenida en el lema «Dadme vuestra sangre y yo os daré la libertad». La situación se acercaba a su punto crítico. El ala joven del Congreso, dominada por Bose y Jawaharlal Nehru, exigía la independencia, aunque para ello hubiera que ir a la guerra. Le preguntaron a Gandhi si aprobaba esta postura, y él, sin dudarlo, respondió negativamente; en cualquier crisis nacional, sus soluciones pasaban necesariamente por el *satyagraha*. Finalmente el Congreso presentó al gobierno inglés un ultimátum para que antes del 31 de diciembre de 1929 se concediese a la India el "estatus de dominio". A principios de este año lord Irwin había intentado frenar el terrorismo y las huelgas con detenciones masivas.

Al acceder en Londres al poder el Partido Laborista y ser elegido como primer ministro James Ramsey MacDonald, conocido por su simpatía hacia la India, el virrey regresó a Inglaterra y negoció durante varios meses con el nuevo gobierno. El 31 de



James Ramsey MacDonald fue el presidente del primer gobierno laborista de Gran Bretaña en 1924. Más tarde sería de nuevo primer ministro entre 1929-1930 y 1931-1935.



Gandhi, en actitud de yogi, durante un mitin en 1929.

Embajada de la India. Madrid

octubre de 1929 volvió a la India con el mensaje de que, dado el progreso constitucional del país, se le concedía el estatus de dominio. Se convocó una Mesa Redonda de todas las partes implicadas (Round Table Conference) en la que Gandhi y los dirigentes más antiguos del Congreso se mostraban dispuestos a participar. Pero al boicotearla los *tories* y los liberales, que eran mayoritarios, instigados por lord Reading, lord Irwin se vio en la necesidad de explicar que ya no garantizaba la Round Table Conference. Con esta novedad comenzó en diciembre de 1929 la histórica sesión anual del Congreso, que adoptó una postura inflexible ante la ruptura de las negociaciones: bajo la presidencia de Jawaharlal Nehru, el Congreso reclamó unánimemente la independencia y segregación de la India del Imperio Británico, convocando a la desobediencia civil, a no pagar los impuestos y a la dimisión de cualquier cargo que los hindúes disfrutaran en la Administración. Gandhi sabía que se esperaba de él la dirección del

satyagraha y se retiró al Sabarmati-Asrham para meditar. Hubo un compás de espera de seis semanas, durante las cuales todo el interés mundial se concentró en la reducida cabaña de Gandhi. Este vacilaba porque la tensión era tan grande que temía que, al igual que en ocasiones anteriores, la situación desembocara en disturbios violentos. Gandhi quería afrontar la situación con menores riesgos.

Finalmente se consideró preparado. En una carta dirigida al virrey le proponía negociaciones y le anunciaba las medidas que tomaría en caso de no llegar al diálogo. En dicha carta acusaba al poder inglés de haberse convertido en una maldición por haber llevado a la miseria a millones de hindúes mediante una explotación sistemática. La Administración llegó incluso al extremo de aumentar la tasa impositiva sobre la sal, que afectaba especialmente a los más necesitados, quienes tenían que gastar el salario de tres días para cubrir sus necesidades anuales de sal, toda



Mujeres transportando cestos de sal desde las minas, en la región de Mithapur. El monopolio de la sal era una de las medidas más duras del colonialismo británico, ya que afectaba principalmente a los más pobres.

Philip Geudreau

vez que la demanda fisiológica de sus organismos era mayor que la de los ricos por estar expuestos, a causa de las faenas agrícolas, a un sol abrasador.

«Las injusticias arriba citadas se imponen para mantener a una Administración extranjera que, como puede comprobarse, es la más cara de la Tierra. Por ejemplo, su propio sueldo sobrepasa las 21.000 rupias mensuales, sin contar otras percepciones indirectas... Compare usted sus 700 rupias diarias con el salario medio hindú cifrado en menos de dos annas: es decir, su sueldo es cinco mil veces mayor que el de cualquier hindú. Le ruego que reflexione sobre esta cuestión. He elegido adrede su caso personal para inculcarle una verdad penosa. Le estimo demasia-



Gandhi Smarak Sangrehalaya, Ahmedabad. Cortesía de *El correo de la Unesco*

do como para pretender herir sus sentimientos. Sé que usted no necesita su sueldo, y probablemente lo dedica íntegro a fines humanitarios. Pero un sistema que favorece tales prebendas merece ser destruido. Su caso puede extenderse a toda la Administración. Le suplico humildemente que ponga todos los medios a su alcance para que desaparezca este cáncer y así se allane el camino para celebrar una conferencia entre iguales. Pero si usted es incapaz de desarraigar este mal y mi carta le resulta indiferente, sepa que el día 11 de este mes yo y los colaboradores de mi Asrham iniciaremos una marcha para transgredir las disposiciones prescritas en la ley de la sal... Sé que usted intentará abortar este plan haciéndome detener, pero confío que en este

La marcha de la sal fue la primera gran batalla ganada por Gandhi en su lucha por la independencia de su país. La respuesta popular fue masiva.

caso haya decenas de miles de hindúes que sigan mi ejemplo a pie juntillas.»[11]

Gandhi no esperaba respuesta a su carta, y el ansiado 11 de marzo llegó. La tensión había alcanzado su punto crítico, y no sólo en la India: corresponsales de toda la prensa mundial se habían instalado en Ahmedabad, bloqueando las líneas telegráficas y el correo. Millares de hindúes se habían congregado en los alrededores del Sabarmati-Ashram. El 12 de marzo comenzó como un día más con las plegarias matinales. A continuación

I want world sympathy in this battle of Right against Might.

Dandi M K Gandhi

5th. 4. '30

Rowohlt

Nota autógrafa de Gandhi, escrita junto al mar durante la marcha de la sal: «Quiero que el mundo apoye esta justa batalla contra el poder.»

Gandhi, acompañado de 78 miembros de su Ashram, se puso en marcha hacia el sur, en dirección al mar. No tuvo que indagar mucho la policía para conocer sus nombres porque habían sido publicados con anterioridad en el periódico *Young India*. Cami-naron durante 24 días, a razón de unos 30 km diarios (a veces 40) en dos etapas. La marcha fue un juego de niños para el siempre ágil Gandhi, pero no tanto para sus compañeros. El Mahatma sonreía y alentaba a los más jóvenes y delicados. Hallaron los pue-blos de su largo camino festivamente adornados por sus habitan-es y las sendas empapadas de agua por los campesinos para que o les molestara el polvo. Todos los días se detenían dos o tres eces y Gandhi hablaba a los reunidos. Los habitantes de un pue-lo solían acompañar a los peregrinos hasta el siguiente, de modo



Rowohlt

Gandhi con Sarojini Naidu y algunos otros seguidores, durante la marcha de la sal, 1930.

que siempre fueron flanqueados por una multitud, y su número creció como bola de nieve, hasta el punto de que al llegar a Dandi los 78 que habían comenzado en Ahmedabad se habían convertido en varios miles. El plan de Gandhi había tenido éxito. La tensión crecía de día en día, mientras los periódicos ofrecían crónicas diarias desde el "escenario de guerra". Subhas Chandra Bose comparó esta marcha con el regreso de Napoleón a París tras su huida de la isla de Elba.

El 5 de abril, la comitiva alcanzaba la costa en Dandi. Tras rezar durante toda la noche, el Mahatma se sumergió al amanecer en el mar y al salir cogió con su propia mano un puñado de sal. Su acción constituía un flagrante delito porque la ley sólo permitía obtener la sal en las tiendas monopolizadas por el gobier-

no. Sarojini Naidu, poetisa a la que la posteridad ha calificado de «Juana de Arco en la lucha por la libertad», saludó a Gandhi como libertador. Ya estaba encendida la mecha, y había sido Gandhi quien lo había hecho. El, que desde hacía años prescindía de la sal, había robado un puñado, que por lo demás alcanzó un remate de 1.600 rupias en una subasta realizada con fines benéficos. Miles y miles de campesinos siguieron su ejemplo y se proveyeron de sal en las salinas. Como consecuencia de esta infracción, el virrey encarceló a setenta mil personas. Las juventudes del Congreso vendían sal libre de impuestos en las ciudades, y del tejado de la sede de este partido en Bombay colgaban recipientes llenos de sal hasta que la policía los retiró. Numerosos dirigentes del Congreso, entre ellos Jawaharlal Nehru, fueron detenidos. Gandhi ingresó en prisión el 4 de mayo. «Ahora, por fin, puedo dormir a gusto», escribió a Madeline Slade, hija de un almirante británico, que con el nombre de Mirabehn le seguía como el más fiel de sus discípulos.

El *satyagraha* continuó en las salinas de Darshana, en Surat, unos 250 km al norte de Bombay. Sarojini Naidu guió a 2.500 voluntarios a estas salinas para ocuparlas. Pero el lugar estaba defendido por fosos y alambres de espino. Webb Miller, corresponsal de la agencia de prensa United Press, informaba a propósito de esta acción: «En completo silencio, las gentes de Gandhi iniciaron la marcha; aproximadamente a cien yardas de la cerca se detuvieron. Un grupo se separó de la multitud, cruzó las zanjas y se acercó a la alambrada... De repente un destacamento de soldados y numerosos policías hindúes se abatieron sobre los manifestantes de las primeras filas y empezaron a golpearlos indiscriminadamente con sus *lathis* guarnecidos de acero. Ni uno sólo de los manifestantes hizo ademán de defenderse de la lluvia de golpes, y empezaron a caer fulminados al suelo. Desde donde yo me encontraba oía nítidamente el resonar de las porras al caer sobre los cráneos indefensos. Los de atrás esperaban pacientemente, gemían y apretaban los dientes como si los golpes cayeran sobre ellos. Entretanto los hombres se desplomaban como trapos, inconscientes o retorciéndose de dolor por las fracturas de cráneo o de los huesos del hombro... No había lucha alguna, ni refriega cuerpo a cuerpo: los manifestantes caminaban simplemente hacia adelante hasta que eran derribados.[12]

La situación duró horas, muchas horas, días enteros. En este *atyagraha* la gran perdedora, paradójicamente, fue Inglaterra, orque en él se mostró de manera fehaciente que su poder no ra insuperable y que no estaba lejano el día en que había de pa-



Camera Press

Llegada de Gandhi a Folkestone para participar en la segunda Round Table Conference sobre la independencia de la India.



Inauguración de la primera sesión plenaria de la Round Table Conference sobre la independencia de la India. Las sesiones se celebraron en el St. James's Palace de Londres

sar a las manos de gentes como aquellas que aguantaban los golpes sin oponer resistencia, convirtiendo así en victoria su derrota.

Al *premier* británico se le echó encima la opinión mundial, que exigía la liberación de Gandhi. El virrey lord Irwin tuvo que enfrentarse a un movimiento revolucionario y no violento que paralizaba su administración, disminuía las cifras tributarias y obligaba a la policía a realizar denodados esfuerzos para mantener la calma y el orden. Una Round Table Conference, a la que el virrey había enviado delegados hindúes, resultó un completo fracaso por la falta de representatividad. En la sesión de clausura, MacDonald expresó su esperanza de que el Partido del Congreso enviase sus representantes a la próxima Round Table Conference. Esto era un sarcasmo: ¿cómo iban a acudir si estaban todos en la cárcel? Lord Irwin, sin embargo, se dio por aludido y puso en libertad a Gandhi y a los principales dirigentes del Congreso. Gandhi, dándose cuenta también de que era el momento propicio, solicitó una entrevista con el virrey, que le fue inmediatamente concedida.

El 17 de febrero de 1931 se desarrolló una escena de trascendencia mundial que duró tres horas y cuarenta minutos. Gandhi no acudió a la entrevista en plan suplicante, sino como digno representante de un pueblo que acababa de vencer con métodos no violentos a los británicos. No adoptó la actitud orgullosa del vencedor, tampoco la de un subordinado ni la de súbdito, sino la de un igual. Winston Churchill, enterado de lo que ocurría, se encolerizó, sobre todo porque no escapaba a su perspicacia que en este encuentro los representantes de la nación inglesa y de la India daban por sentado la independencia y autogobierno de la India. En este contexto hay que situar sus palabras sobre el «nauseabundo e ignominioso espectáculo de este antiguo abogado de Inner-Temple, en la actualidad un revoltoso fakir, subiendo medio desnudo las escaleras del palacio del virrey para negociar con él de igual a igual, con los representantes de su rey y emperador.»[13]

A esta primera conferencia siguieron otras muchas. Finalmente el 5 de marzo se firmó el Irwin-Gandhi Agreement, también llamado Tratado de Delhi. En él se acordaban entre otras medidas la suspensión del movimiento de desobediencia civil, la liberación de los presos, el permiso para la adquisición de sal en la costa, y la participación del Partido del Congreso en la próxi-

Dos imágenes de Gandhi en Londres, en 1931. ▶



Rowohlt



Rowohlt



Gandhi entra en St. James's Palace, donde se celebra la Round Table Conference.



Rowohlt

Un momento de la Round Table Conference.

Gandhi con Romain Rolland, uno de los primeros biógrafos del Mahatma.

Rowohlt

ma Mesa Redonda (Round Table Conference). Ni una sola vez aparecían las palabras "dominio" o "independencia". A la vista de tan pobres resultados, cabe compararlo al parto de los montes. De hecho, generó críticas acres entre los hindúes y auténtica satisfacción entre los ingleses. Pero quizá el significado más importante de estas arduas negociaciones resida en que abrieron y desbrozaron el camino de la India hacia su independencia.

El 12 de septiembre de 1931 Gandhi llegaba a Londres para representar a su país en la segunda Round Table Conference. Recorrió las calles por las que un día había paseado vestido a la usanza europea, y su actual atuendo, un simple paño en torno a las caderas, despertó asombro y simpatía en la población. Se reunió con los intelectuales ingleses y con personas de otras clases sociales y en todos ellos intentó fomentar la comprensión hacia la India. Ya iniciada la conferencia, comprobó que no se trataba allí tanto de la cuestión del traspaso de poderes como de los con-



Rowohlt

Gandhi con Vallabhbhai Patel.

flictos o desavenencias entre las distintas comunidades religiosas y sus posibles soluciones dentro de un Estado común. Gandhi culpaba a los ingleses de haber abierto tales grietas en la sociedad hindú, y pensaba que cuando se marchasen los antagonismos se reducirían y se unirían todos bajo una misma bandera. La historia demostraría de forma concluyente cuán equivocado estaba Gandhi. Con una paciencia a toda prueba, Gandhi intentó superar los recelos y la división entre clases y confesiones. Durante toda una semana intentó llegar a un acuerdo con los musulmanes y otras minorías. Sus esfuerzos resultaron vanos: el número de sus adversarios en la mesa de negociaciones aumentó y se vio en la necesidad de recordar a los asistentes a la conferencia que el 85 por ciento de la población de la India apoyaba al Congreso. Si el plan de dotar de derechos especiales a las minorías se llevaba a efecto, se desmembraría la nación india. Gandhi, durante su viaje, pasó por Francia, Suiza e Italia y



Rowohlt

La cárcel de Yeravda, en Poona.

visitó a Romain Rolland. Pese a que regresaba a su patria con las manos vacías, una inmensa muchedumbre congregada en Bombay le dispensó, el 28 de diciembre de 1931, una calurosa bienvenida. Gandhi escribe: «No recuerdo ni un solo momento durante mis tres meses de estancia en Inglaterra y Europa en que me haya invadido la sensación de que Oriente y Occidente sean irreconciliables. Al contrario, cada día estoy más convencido de que la naturaleza humana es la misma en todas partes, sin importar la tierra que se pisa o el cielo que se contempla, y de que cuando uno se acerca a los hombres con confianza y afecto, recibe estos sentimientos centuplicados.»[14]

Esta confianza de Gandhi en la bondad humana ¿no denotaba un incorregible optimismo? Ocho días depués de su llegada, el mismo gobierno que le había honrado y agasajado en Londres durante la celebración de la Mesa Redonda le encarcelaba de nuevo junto con Vallabhbhai Patel. Antes que ellos, lo habían sido



Gandhi acompañado de su hijo Devadas.

Jawarharlal Nehru y Ghafar Khan, el dirigente del Congreso en la North West Frontier Province.

Su detención, planeada desde hacía tiempo, no le cogió de sorpresa. Fue detenido en la madrugada del 4 de enero de 1932 por orden del jefe de policía de Bombay: a las tres de la mañana, mientras Gandhi dormía profundamente, dos coches de la policía se detuvieron a la puerta de Mani Bhavan. Gandhi dormía en el balcón del piso más alto bajo un toldo. Cuando Devadas le despertó para comunicarle la noticia, su padre sonrió. Era precisamente lunes, su día de silencio. Hubo quienes le aconsejaron que lo rompiera a la vista de las excepcionales circunstancias. Gandhi se negó, y con naturalidad se dejó conducir a la prisión de Yeravda. La máxima de Thoreau de que bajo un gobierno injusto cualquier buen ciudadano debería estar en la cárcel concidía con su propia opinión. Avisaron, pues, a Gandhi, quien comunicó al comisario de policía que acudiría sin pérdida de tiempo. Mirabehn (Madeline Slade) preparó sus cosas: una rueca, una colchoneta, dos bolsas de mano, una cesta de frutas, un par de sandalias y una botella de leche. Tras celebrar la plegaria matinal en el balcón, Gandhi escribió una serie de mensajes de despedida (entre ellos, uno para Sardar Vallabhbhai Patel, sin saber que le encontraría en la cárcel), impartió instrucciones a sus colaboradores, salió de su casa apoyado en el brazo de su hijo Devadas y subió tranquilamente al coche policial que había de conducirle a la cárcel de Yeravda, en Poona.

Su reclusión duró hasta el 8 de mayo de 1933. Pero el 4 de agosto del mismo año fue nuevamente detenido y condenado a un año de cárcel. Como protesta porque no se le permitía continuar desde la cárcel su actividad en favor de los intocables, comenzó el 16 de agosto un ayuno. Su estado de salud se deterioró de tal forma, que el 23 del mismo mes fue puesto en libertad. El resto del año, Gandhi lo consagraría a la obra Harijan.

10. Harijans: los hijos de Dios

Las castas son tan viejas como el hinduismo. Este sistema social rígido y de compartimentos estancos es una característica esencial de esta religión, tan tolerante en el plano religioso. Las primitivas castas principales responden a las de otros pueblos indoeuropeos, y son cuatro: sacerdotes (*brahmanes*), guerreros (*ksatriya*), labradores y comerciantes (*vaisya*) y sirvientes y jornaleros (*sudra*), y se remontan a tiempos inmemoriales. Con el correr del tiempo se dividieron en una infinidad de castas inferiores. Además se formó un grupo sin casta, bien sea por haber sido sus miembros expulsados de otra, bien porque a causa de su actividad "impura" no se les permitía pertenecer a la comunidad hindú. Los pertenecientes a este último grupo no eran admitidos en los templos, no podían llevar a sus hijos a colegios en los que hubiera niños de otras castas, ni siquiera podían utilizar las fuentes públicas. Incluso su sombra volvía impuros a los miembros de castas superiores. Estaba severamente prohibido comer en su compañía o aceptar de ellos alimentos. Estos *outcast* o parias eran, en el más literal de los sentidos, "intocables". Gandhi encontró esta situación social tan aberrante y vergonzosa como los sacrificios sangrientos o la idolatría; le impresionaba sobre todo la falta de humanidad que demostraba. Gandhi, que pretendía una reforma vital mediante una pedagogía popular para conseguir curar a la sociedad hindú de enfermedades y llagas infamantes, convirtió la abolición de la intocabilidad en la meta principal de sus esfuerzos. El justificaba la división en castas: los hombres no son iguales, porque sus oficios y circunstancias vitales difieren, pero todos —pensaba—, sean sacerdotes, intelectuales o barrenderos, merecen el mismo respeto, ya que el barrendero es tan necesario socialmente como el médico o el abogado. Todos tienen el mismo valor. Un *brahman*, por el hecho de serlo, no es mejor que los miembros de otras castas. Gandhi luchó mucho para suprimir la intocabilidad.



Gandhi denunció incansablemente las miserables condiciones de vida a que estaban sometidos los llamados «intocables» en la India, considerando este tipo de segregación como más dramática que la ejercida por los blancos sobre los hombres y mujeres de otras razas. En la época de Gandhi, aproximadamente el treinta por ciento de la población hindú pertenecía a esa clase social carente de todo derecho, incluido cualquier tipo de contacto con miembros de las castas



Rowohlt

«En mi opinión, la igualdad absoluta entre las clases es inalcanzable. Creo en la pedagogía de la igualdad, siguiendo a Krisna, el dios del Gita».



Rowohlt

La lucha por la supresión de la intocabilidad fue uno de los objetivos políticos en los que Gandhi puso mayor empeño. ▶

«En mi opinión, la igualdad absoluta entre las clases es inalcanzable. Creo en la pedagogía de la igualdad, siguiendo a Krisna, el dios del *Gita*.» Este libro nos enseña que los miembros de las cuatro castas habrán de ser juzgados por el mismo rasero. No prescribe el mismo *Dharma* (Ley de Vida) para el *brahman* que para el *bhangi* (barrendero), pero recalca que este último tiene derecho a gozar del mismo respeto que aquél con toda su elevada sabiduría. En consecuencia, debemos procurar que los "intocables" no tengan la sensación de que los despreciamos o los consideramos inferiores. Es vergonzoso que los alimentemos con las sobras de nuestra mesa. ¿Cómo podría yo soportar un trato diferente para hombres que adoran al mismo Dios (sean *brah-*

manes o *bhangis*) y que mantienen su cuerpo y alma puros y limpios? Incurriría en pecado si yo le diera a un *bhangi* comida procedente de los desperdicios de la cocina, o me negase a prestarle ayuda si la necesitase.

»Intentaré clarificar mi punto de vista. El hinduismo, en las condiciones actuales, no puede apoyar o sostener la intocabilidad, aunque la admita en un sentido restringido y bajo circunstancias determinadas. Mi madre, por ejemplo, se convirtió en una ocasión por su contacto con cosas impuras en "intocable", intocabilidad que perdió purificándose con un baño. Como visnuita (adorador de Visnú) me niego a creer que alguien pueda ser considerado intocable por su origen. La intocabilidad, según la reli-



Rowohlt

En sus memorias, Gandhi relata algunas de sus experiencias como «[illegible] de tercera» en los ferrocarriles de su país, lamentándose de que, por razones de salud, no pudiera seguir manteniendo esta costumbre que le [illegible] contacto directo con la población más humilde de la India. Sobre estas líneas, Gandhi viajando en un vagón de tercera

El ashram de Sevagram ◀

La habitación de Gandhi ▶



Rowohlt



Rowohlt

gión, es por naturaleza transitoria, fácil de eliminar, y se refiere al hecho, no a su autor. Pero no es sólo esto. Yo adoro a mi madre porque veló por nuestra salud siendo niños, adoración que aumenta en forma proporcional a sus desvelos, y por esta misma razón creo que los *bhangis* tienen derecho al máximo respeto por el servicio sanitario que prestan a la sociedad.»[15]

En marzo la lucha contra los británicos entró en una nueva fase. La proximidad de las elecciones obligaba a los intocables a presentar una lista propia. Gandhi envió desde la cárcel un mensaje al virrey informándole de un ayuno hasta la muerte si se mantenía esta segregación de los intocables del resto del pueblo hindú. Cuando en agosto se hizo público el proyecto MacDonald, que ignoraba la protesta de Gandhi, éste anunció que retomaría el ayuno el 20 de septiembre. Se sucedieron en la India días dramáticos, repletos de tensiones, mientras se entablaban negociaciones con B. R. Ambedkar, el representante de los intocables, que exigía concesiones de las castas, y el propio Gandhi que seguía ayunando en la prisión. Por fin se halló una solución satisfactoria también para MacDonald. Gandhi interrumpió su ayuno al sexto día. A partir de este momento se identificó con los intocables, a los que llamaba *harijans*, hijos de Dios. En febrero de 1933 fundó el semanario *Harijan*, medio de expresión de su pensamiento hasta el fin de sus días y que adquirió tal auge que en 1941 era publicado simultáneamente en diez lenguas de la India. Tras un descanso para restablecer su quebrantada salud, recorrió durante diez meses el país haciendo campaña en favor de los *harijans*. Recaudó para ellos 800.000 rupias.

En 1934 Gandhi abandonó el Congreso profundamente decepcionado. No sólo dimitió de su puesto directivo, sino también como militante de base, porque había llegado al convencimiento de que sus miembros sólo empleaban su querido *satyagraha* —que para él implicaba toda una concepción del mundo— como un medio político.

Libre de cargas, Gandhi pudo entonces dedicarse por completo a su obra de pedagogía popular. Visitó los pueblos. En ellos residía el alma de la India, no en las hipertróficas aglomeraciones de las grandes urbes. Para potenciar su trabajo fundó la All India Village Industries Association, y trasladó su residencia de Sabarmati Ashram (Ahmedabad) a Sevagram, un pueblo de la India central cercano a Wardha. En este año, el *khadi* se obtenía y vendía en cinco mil pueblos.

El año 1937 significó un gran éxito electoral para el Partido del Congreso. Gandhi observó sarcásticamente al respecto: «Ahora los carceleros permiten que los presos elijan personalmente a sus guardianes.» Aconsejó, sin embargo, a los políticos del Congreso aceptar cargos, y redactó un programa regulando la actividad de los ministerios que el Congreso había obtenido en nueve de las once provincias. Insistió Gandhi en la prohibición del alcohol, en la educación escolar primaria (*basic education*), y en la liberación de las deudas de los pequeños campesinos. Esperaba que las medidas políticas y administrativas se centrasen en solucionar la miseria del pueblo.

11. A las puertas de la independencia

En 1939 estalló la II Guerra Mundial. Lo lógico era suponer que Gran Bretaña, que presumía en el conflicto de defensora de la democracia, reconocería a la India como nación libre e independiente. Pero la decisión del virrey de incluir a la India en los



Rowohlt



Camera Press

Vinoba Bhave fue uno de los principales colaboradores de Gandhi y, en cierto modo, el principal heredero de su mensaje. Según sus propias palabras, su objetivo era «unir los valores nacionales y sociales bajo la primacía de la espiritualidad», tarea a la que dedicó toda su vida de asceta y predicador. Murió el 15 de noviembre de 1982, a los 87 años

◀ *Gandhi dirigiéndose al palacio del virrey en Simla, septiembre de 1940.*

preparativos bélicos sin consultar previamente con los líderes ni con los Parlamentos provocó la dimisión en masa de todos los ministros pertenecientes al Congreso.

Los sucesos bélicos arrastraron también a la India a la vorágine. Gandhi se oponía a que su país pusiera en pie de guerra un ejército para defenderse de agresiones exteriores y del descontento interior, ya que era radicalmente contrario a toda guerra. Sin embargo, la mayoría de la dirección del Congreso no coincidía con esta postura, por lo que le exoneró de toda responsabilidad en la discusión de las líneas políticas generales de actuación y en las medidas concretas a tomar. En julio, la ejecutiva del Congreso ofreció al virrey su apoyo en la guerra a condición de que le fuera reconocida a la India la libertad total y se

formase inmediatamente un gobierno nacional provisional a nivel federal. Al ser rechazada esta oferta, el Congreso se puso de nuevo en contacto con Gandhi para decidir la estrategia a seguir. Gandhi comenzó en octubre otra campaña de desobediencia civil contra la guerra; cientos de *satyagrahis* fueron encarcelados, con Vinoba Bhave a la cabeza. Pero en diciembre de 1941 el gobierno liberó a los detenidos. En vista del "paseo militar" japonés, que había llegado hasta Burma, urgía imperiosamente la normalización de la situación interna de la India. En marzo de 1942 el gabinete británico envió a esta misión a sir Stafford Cripps, y de hecho no podía existir mejor mediador que este delgado y ascético vegetariano del Partido Laborista. Winston Churchill no estaba dispuesto a tolerar una repetición del 17 de febrero de 1931; no se resolvía a allanar al pueblo indio el camino hacia el poder. No se llegó a ningún acuerdo y le tocó el turno a Gandhi. En su cabeza comenzaron a delinearse los planes de una acción contundente que sólo podría desembocar en el abandono de la India por los ingleses.

El 8 de agosto de 1942, el comité del Congreso, reunido en Bombay bajo la presidencia de Maulana Azad, aprobó la *Quit India Resolution*:

«El fin del dominio inglés en este país es una decisión imperiosa y de vital importancia, de la que dependen el futuro de la guerra y la consecución de la libertad y de la democracia... El peligro actual exige, por consiguiente, la independencia de la India y el fin del colonialismo británico... El All India Congress Committee reitera enérgicamente la exigencia de la retirada del ejército británico de nuestro país... El Comité decide, en consecuencia, reclamar el derecho inalienable de la India a la libertad y a la independencia, y convoca al pueblo a emprender una lucha masiva con métodos no violentos en la cual la nación tiene que emplear la gran capacidad de no-violencia adquirida pacíficamente a lo largo de los últimos veintidós años. Semejante tarea debe ser dirigida ineludiblemente por Gandhi, por lo que el Comité le pide que acepte la dirección nacional de todas las gestiones a realizar.. Todo indio amante de la libertad y dispuesto a luchar por ella tiene que ser su propio dirigente para no desmayar en el duro camino que conduce indefectiblemente a la liberación e independencia de la India.»[16]

Gandhi con el delegado del gobierno británico, Stafford Cripps, en Delhi, marzo de 1942. ▶



Rowohlt



Rowohlt

El propio Gandhi anota en su Autobiografía estas palabras de su esposa Kasturbai: «Me he afanado por ti día y noche... Por ti he pasado todas las penalidades e inquietudes, por ti he derramado amargas lágrimas; y al esclavizarme por ti, también me he esclavizado por la comunidad.» Junto a estas líneas, Kasturbai

Kasturbai lavando los pies a Gandhi. ▶

El gobierno respondió sin vacilaciones deteniendo a Gandhi y a otros dirigentes del Congreso el 9 de agosto. Esto provocó una inmediata sublevación de las masas, reprimida con inusitada dureza. En un escrito fechado en enero de 1943, Gandhi reprochaba al virrey lord Linlithgow la brutalidad de su gobierno y ayunó veintiún días como protesta. Un año más tarde, el 6 de mayo de 1944, fue puesto en libertad por motivos de salud. Se había quedado solo: durante su reclusión en el palacio del Aga Kahn en Poona habían muerto Mahdev Desai, su fiel secretario, y su esposa Kasturbai (22 de febrero de 1944).

Lógicamente durante todos estos años Gandhi tampoco había permanecido indiferente frente a los acontecimientos europeos. Ya el 26 de noviembre de 1938 había recomendado a los judíos en su artículo publicado en *Harijan* que siguieran su ejemplo y pusieran en práctica los métodos de la resistencia pacífica. El filósofo judío Martin Buber, intensamente perturbado, le contestó desde Jerusalén el 24 de febrero de 1939 en estos términos:

«Los judíos son perseguidos, expoliados, torturados, asesinados. Y usted, Mahatma Gandhi, dice que su situación en el país en el que les ocurre esto responde exactamente a la situación de los hindúes en Africa del Sur en la época en que usted comenzó



Rowohlt

allí su famosa campaña de la "fuerza de la Verdad" o del "ímpetu espiritual" (*satyagraha*): allí ocupaban los hindúes la misma posición social, y también allí la persecución tuvo un tinte religioso. También allí había una gran desigualdad de derechos entre blancos y gentes de color, incluidos los asiáticos, y los hindúes estaban relegados a un *ghetto*; las restantes injusticias son casi semejantes a las que sufren hoy los judíos en Alemania. He leído una y otra vez las frases de su artículo y no he logrado entenderlas. He releído sus discursos y escritos del periodo sudafricano, pese a conocerlos con anterioridad en sus líneas fundamentales, y me he imaginado los padecimientos que usted describe poniendo en juego toda mi atención y fantasía; he hecho lo mismo con los informes de sus amigos y alumnos sobre esa época, pero en nada me han ayudado a comprender lo que dice de nosotros. En la primera conferencia suya de la que tengo noticia, de 1896, usted mencionó, entre los gritos de ¡fuera!, ¡fuera! de los asistentes, dos acontecimientos especiales como testimonio: que un grupo de europeos incendió una tienda de un pueblo perteneciente a un hindú, y que otros europeos arrojaron cohetes encendidos en el interior de otra tienda de la ciudad. Si comparo todo esto con los miles y miles de comercios judíos destrozados



Gandhi en la playa de Bombay. Sus seguidores se admiraban de la agilidad y resistencia física que el Mahatma mostraba en sus [illegible] a través de la India

y quemados, quizá responda usted que sólo se trata de una diferencia cuantitativa y que, en el fondo, las acciones son casi del mismo tipo. ¿Qué sabe usted, Mahatma, de la quema de sinagogas y de los rollos de la *Tora*? ¿No sabe usted que el fuego ha reducido a cenizas sagrados y antiquísimos bienes de la comunidad? Yo no he sabido que los bóers o los ingleses hayan causado daños a un santuario hindú en Africa del Sur. Pero aún encuentro otro ejemplo citado en su informe: la detención de tres maestros hindúes por no respetar la prohibición de no vagar por las calles después de las nueve de la noche, y más tarde puestos

en libertad. Estos son todos los ejemplos que usted aduce. Pero ¿conoce usted, Mahatma, un campo de concentración? ¿Sabe lo que sucede en él, las torturas y métodos de exterminio lento que allí se practican?

»Cabe combatir la irracionalidad de ciertos seres humanos con una actitud efectiva de no violencia porque siempre queda un hálito de esperanza de que, paulatinamente, entren en razón; pero uno no puede enfrentarse mansamente a una diabólica apisonadora que lo barre todo a su paso. Hay ciertas situaciones en las que del *satyagraha* de la fuerza espiritual no emana un *sat-*



Hitler, el personaje más opuesto a cuanto significaba el mensaje de Gandhi, no prestó atención alguna a las cartas que éste le envió «en nombre de la Humanidad» para que detuviese la guerra.

Gandhi junto a Ali Jinnah, líder de los indios musulmanes. ▶

yagraha de la potencia de la verdad. La palabra "mártir" significa testigo, pero si no existen hombres ¿quién va a dar testimonio?»[17]

Poco después de comenzar la guerra, Gandhi escribió a Hitler, con fecha 9 de septiembre de 1939, pidiéndole que firmara la paz. Dice en su carta:

«Mis amigos me han impulsado a escribirle en nombre de la Humanidad. Hasta ahora me había resistido porque mi intuición me decía que mi carta sería una impertinencia. Pero en ese momento creo que debo dejar a un lado mis sentimientos y plantearle una cuestión fundamental. Es evidente que actualmente es usted el único ser humano en la Tierra que puede evitar una guerra que convertiría a la Humanidad en un montón de basuras. Si éste es el precio, ¿compensa el pago? ¿No escuchará usted la invitación a la paz de un hombre que, con relativo éxito, ha rechazado el recurso de la violencia tras una cuidadosa reflexión?

»En fin, espero que me perdone si juzga incorrecto mi proceder al escribirle.»[18]

En las navidades de 1941, a medida que la guerra fue adquiriendo proporciones cada vez más terribles, volvió a escribir a



Embajada de la India, Madrid

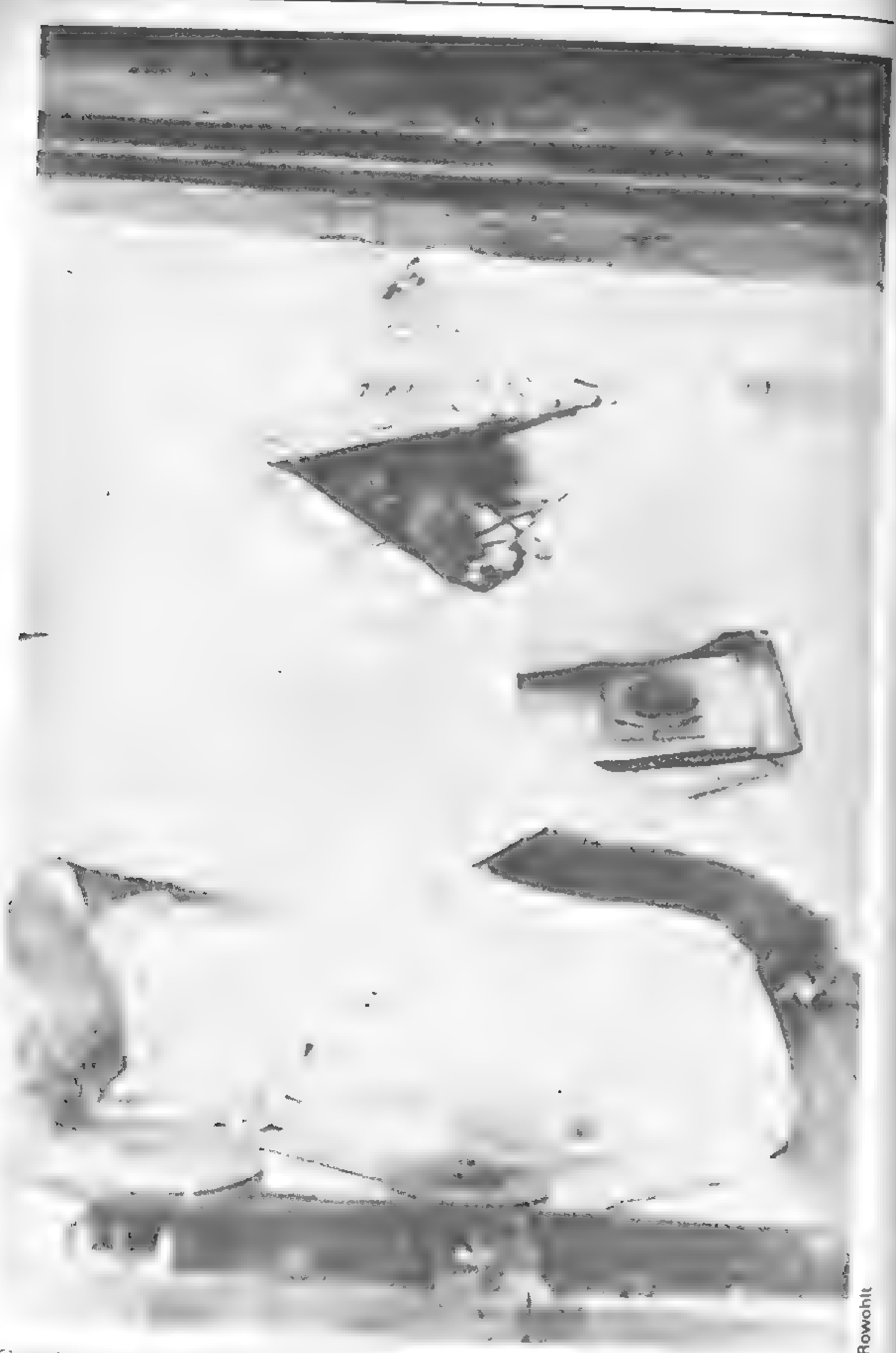
Hitler. La carta fue retenida por las autoridades británicas. Sus llamadas a la paz las dirige también a las otras potencias beligerantes, a las que reprochaba que combatían a Hitler con sus propios métodos corregidos y aumentados. Su victoria no demostraría que tenían razón, sino únicamente que habían sido más poderosas.

Al finalizar la guerra, el Partido Laborista se hizo cargo del gobierno inglés bajo la dirección de Clement Attlee. Una comisión del gabinete, integrada por lord Pethik Lawrence, sir Stafford Cripps y A. V. Alexander, primer lord del Almirantazgo, viajó a Delhi el 23 de marzo de 1946 para iniciar las negociaciones sobre la independencia de la India. Mohammad Ali Jinnah expuso su teoría de los dos pueblos y exigió la separación de la India y Pakistán. Gandhi se declaró decididamente opuesto a semejante fraccionamiento. La comisión del gabinete se encontraba ante una difícil decisión. El 16 de mayo propuso la retirada de la

Doble página siguiente: Gandhi con Jawaharlal Nehru. Nehru, pese a mantener diferencias políticas y religiosas con el Mahatma, le consideró siempre como el guía espiritual de su pueblo y «la verdadera encarnación de la India». ▶



Rowohlt



Rowohlt

Gandhi en casa de Suman Morarji, en Bombay

Administración inglesa de la India y la formación de un Estado Federal con las siguientes recomendaciones:

1. Una India unida con un gobierno federal responsable de la política exterior, de la defensa y de los transportes.

2. Un Parlamento Federal que precise de una mayoría conjunta de hindúes y musulmanes para decidir cualquier medida de carácter religioso.

3. Parlamentos provinciales con grandes poderes, compuestos por mayoría de hindúes en las hindúes y de musulmanes en las musulmanas. La Asamblea Constituyente, con sede en Delhi, se dividiría en tres fracciones:

A. Provincias hindúes de la India Central.

B. Provincias musulmanas de la India Occidental, provincia de North West Frontier, Sind y Punjab.

C. Bengala y Assam.

En este punto Gandhi se volvió desconfiado, argumentando que de esta forma se facilitaba la independencia de Pakistán. A pesar de todo, requirió al Congreso para que aceptase la propuesta de la comisión. También Jinnah estuvo de acuerdo; pero subrepticiamente seguían desconfiando y sospechando de las intenciones de los ingleses. A comienzos de julio, Nehru manifestó en una conferencia de prensa en Bombay que el Congreso no tomaría parte en esa división tripartita, e inmediatamente la liga musulmana retiró también su aprobación y pasó a la acción directa. Lord Wavell, el virrey, intentó salvar la situación creando un gobierno provisional. Al rehusar Jinnah su participación, el 2 de septiembre de 1946 se constituyó un gobierno con Jawaharlal Nehru como presidente. Gandhi percibió la profunda significación de ese día. En una carta a Nehru y a los miembros de su gabinete, expresó la esperanza de que en adelante recordarían la marcha a Dandi y por tanto levantarían el impuesto de la sal; además, tenían que abolir la intocabilidad, atenerse al *khadi* y unir a hindúes y musulmanes.

12. Una «tragedia espiritual»

El Islam nunca pudo conquistar a la India ni política ni espiritualmente, como hizo con otros países. La sociedad hindú, sólidamente ensamblada, resistió su invasión [illegible] igual que un organismo vivo con los cuerpos extraños infiltrados. [illegible] las comunidades musulmanas sino que las convirtió en castas más o menos grandes dotadas de circulación sanguínea propia. En literatura y arte hubo influencias mutuas, pero en el ámbito social siguieron en pie rígidas fronteras. La invasión musulmana del siglo XII aportó una corriente de aire fresco a la desfallecida cultura hindú, que cobró un nuevo auge. Las tensiones podían expresarse con gran hostilidad, hasta llegar incluso al derramamiento de sangre, pero también se sublimaban con la emulación, generando así cultura. Akbar intentó una síntesis y reconciliación sociales a gran escala, frustradas a la larga. Los hindúes y musulmanes vivían juntos, se respetaban mutuamente cuando tenían un nivel espiritual similar, pero raramente se unieron fraternalmente. Era imposible aspirar a nada mejor que a un matrimonio de conveniencia. En el pueblo llano pervivían aún la desconfianza y la susceptibilidad, que al menor pretexto degeneraban en violencia. un cerdo ante una mezquita o el rumor del sacrificio de una vaca podían provocar sangrientas matanzas de varios días de duración. Gandhi predicaba prudencia y fraternidad, pero sólo encontraba eco en los simpatizantes de ambos lados. En general, los individuos persistían en sus reprimidos sentimientos de odio, miedos soterrados, y al menor hecho se abalanzaban cuchillo en mano sobre sus adversarios. De este ambiente salió el asesino del Mahatma. El médico Gandhi no logró cicatrizar esta herida en el organismo del pueblo indio, y dejó su vida en el intento. La herida supura todavía, sobre todo después de que la división de la India y Pakistan en dos naciones diferentes se convirtiera en un hecho consumado.

Gandhi en Bengala, en 1947. ▶



«El hindú, en cuestiones religiosas, es una persona muy tolerante y liberal. Su religión no proclama un dios o un cielo específico para los hindúes. Dios es uno, igual de bondadoso con todos los hombres. Cualquier hombre de bien merece el cielo, y evidentemente ser hindú no implica necesariamente ser un buen hombre. El hinduismo no es en absoluto dogmático sobre "el" camino, y admite una multiplicidad de medios para llegar a la Verdad y a la divinidad... Pero la situación cambia en lo referente al comportamiento social, en el que el hindú deja a un lado su liberalismo espiritual. El sistema de castas es reforzado por la exclusividad: las castas son compartimentos estancos, entre los que no cabe relación social de ningún tipo, ya sea por medio del matrimonio, de comidas comunes... Y nada digamos con grupos no pertenecientes a la comunidad hindú...

»El resultado de este complejo de superioridad es el terrible resentimiento de los musulmanes contra esta pretendida superioridad y exclusividad tan enraizadas en el sistema de castas hindú.

»Entre los musulmanes suele suceder precisamente lo contrario: desde el punto de vista social, son auténticos demócratas y rara vez se perciben rasgos dogmáticos en su comportamiento. Pero, sin embargo, en el plano religioso son extremadamente exclusivistas e intolerantes, porque abrigan pocas esperanzas de la salvación de los no musulmanes si no se convierten al Islam. Sus creencias son marcadamente providencialistas.

»Uno de los rasgos fundamentales del Islam es su teoría de que, en un país no musulmán, los musulmanes afincados en él consideran su ley superior a las leyes del país en caso de conflicto entre ambas.»[19]

En un intercambio epistolar mantenido en 1940 entre Gandhi y Mohamad Ali Jinnah, líder de la Liga Musulmana, quedó trazado el futuro. Jinnah reprochaba a Gandhi haber defendido tesis o teorías completamente erróneas: por ejemplo, al hablar de una única nación hindú, porque era una utopía; tal nación no existía. Gandhi respondió resignadamente que al leer sus opiniones se había desvanecido cualquier esperanza de unidad.

En cuanto Jinnah convocó su "acción directa" para el día 16 de agosto de 1946, las diferencias entre hindúes y musulmanes adoptaron formas violentas. En Calcuta serios disturbios provocaron un baño de sangre; la agitación se propagó pronto a otras regiones como Bengala y Bihar, y Gandhi se propuso conciliar a las dos comunidades, cosa que no habían conseguido ni el gobierno central ni el ejército. En el invierno de 1946-47 reco-



El último virrey de la India, lord Mountbatten, acompañado de su esposa, recibe a Gandhi en Delhi, algunos meses después de la independencia definitiva de la India



Miembros de los servicios de sanidad retirando a las víctimas de un enfrentamiento entre las fuerzas británicas y los nacionalistas indios Delhi, 1947.

rrió descalzo los pueblos de Bengala oriental y visitó los devastados territorios de Noakhali y Tippera. Sin sombra de temor se mezcló con hindúes y musulmanes, predicando entre ambos su doctrina de la no-violencia. En marzo de 1947 partió hacia Bihar para infundir aliento a la minoría musulmana.

El 3 de junio de 1947 fue un día infausto: Clement Attlee proclamó a los cuatro vientos el plan que dividía definitivamente a la nación india. El Congreso y la Liga Musulmana lo aceptaron, pero para Gandhi supuso una de las decepciones más duras de su vida: 32 años de esfuerzos denodados habían sido en vano y habían desembocado en un final triste, al que había que sumar el dolor adicional de que sus propios amigos de la dirección del Congreso hubieran dado su conformidad a la división. Gandhi asumió esta medida no como una salida política, sino como una tragedia espiritual. Al final, como una ironía del destino, su ase-



Un grupo de musulmanes indios sostiene la bandera del nuevo Estado de Pakistán, tras consumarse la división de la India en dos naciones diferentes.

sinato evidenciaba públicamente el estado de cosas objetivo derivado de la escisión.

El 15 de agosto de 1947, día de la Independencia, Gandhi se hallaba en Calcuta, para prevenir disturbios; ayunó y oró todo el día. Los que esperaban un mensaje suyo a la nación, pronto se vieron defraudados. Al estallar nuevos y cruentos conflictos en Calcuta, Gandhi inició un ayuno hasta que cesase la matanza. Su acción produjo resultados inmediatos. El 9 de septiembre llegó a Delhi. En la primera plegaria pública narró las espantosas crueldades que sucedían por doquier. Dos días después admitió la migración entre los dos Estados recién creados, que fue acompañada de terribles asesinatos e incontables fechorías. Gandhi indicó a ambos gobiernos que las minorías tenían derecho a protección. Pero ¿cómo garantizar ese derecho? Un delirio homicida se había apoderado de cientos de miles de personas; las gen-


Rowohlt

Tras la independencia, Gandhi se esforzó en convencer a V. Patel y a Nehru para que ambos superasen sus diferencias de criterio y colaboraran en el gobierno de la India. Junto a estas líneas, Gandhi con Patel.

Gandhi con Nehru. ▶

tes huían a la primera ocasión. Nadie estaba dispuesto a morir para seguir el consejo de Gandhi de no abandonar la patria. Se había desatado el infierno a ambos lados de la frontera de los nuevos Estados. Por fin Gandhi, al comprobar la inutilidad de sus palabras, inició un ayuno el 13 de enero de 1948, que fue suspendido el 18 del mismo mes al enterarse de que un comité de paz, integrado por todos los credos, había firmado en Delhi un acuerdo garantizando la amistad y protección de la vida y propiedades de la minoría musulmana. Pero los fanáticos no cesaron en sus actividades. El 20 de enero un joven arrojó una bomba durante


Rowohlt

una plegaria, que afortunadamente no produjo víctimas. En medio del tumulto, Gandhi gritó que no había que tachar al joven de enemigo del hinduismo ni mirarle con desprecio. (El terrorista era un fugitivo del Punjab llamado Madan Lal, que se había refugiado en una mezquita en Delhi. Pero al proclamarse la paz entre hindúes y musulmanes, la policía le echó de allí. Al igual que Hathuram V. Godse, se había afiliado a un grupo radical que asumía las teorías del hindú Mahasabha sobre la superioridad y reivindicación de la soberanía del hinduismo, y por tanto consideraba al Mahatma un traidor. Los fanáticos nacionalistas estaban

Rowohlt

Gandhi camina apoyándose en dos de sus seguidores.



Rowohlt

Gandhi camino de la plegaria en Delhi, un día antes del atentado que le costó la vida.

especialmente indignados contra Gandhi porque éste había logrado por su influencia personal que el gobierno hindú pagara a Pakistán 550 millones de rupias, suma que le correspondía en relación con la circulación fiduciaria en toda la India.)

El primer ministro del primer gobierno de la India fue Jawaharlal Nehru, y Vallabhbhai Patel su «segundo de a bordo». Difícilmente se hubieran encontrado mejores hombres para dirigir el país, pero la colaboración entre ambos resultaba difícil, por ser de temperamento y personalidad casi opuestos. Se consultó a Gandhi si se debería elegir a uno de los dos y posponer al otro. En la respuesta se jugaba el futuro de la India. Patel era indispensable por su rico conocimiento de los hombres y sociedades del gran subcontinente indio, que tendría gran importancia para cohesionar el nuevo Estado y colocarlo a la cabeza de la soberanía política. El 30 de enero de 1948 Gandhi decidió salomónicamente que ambos tenían que colaborar por encima de sus diferencias personales y unir sus esfuerzos en favor de la India. Escribió a Nehru haciéndole saber su decisión y a las cuatro de la tarde de ese mismo día comunicó personalmente esta decisión a Vallabhbhai Patel.

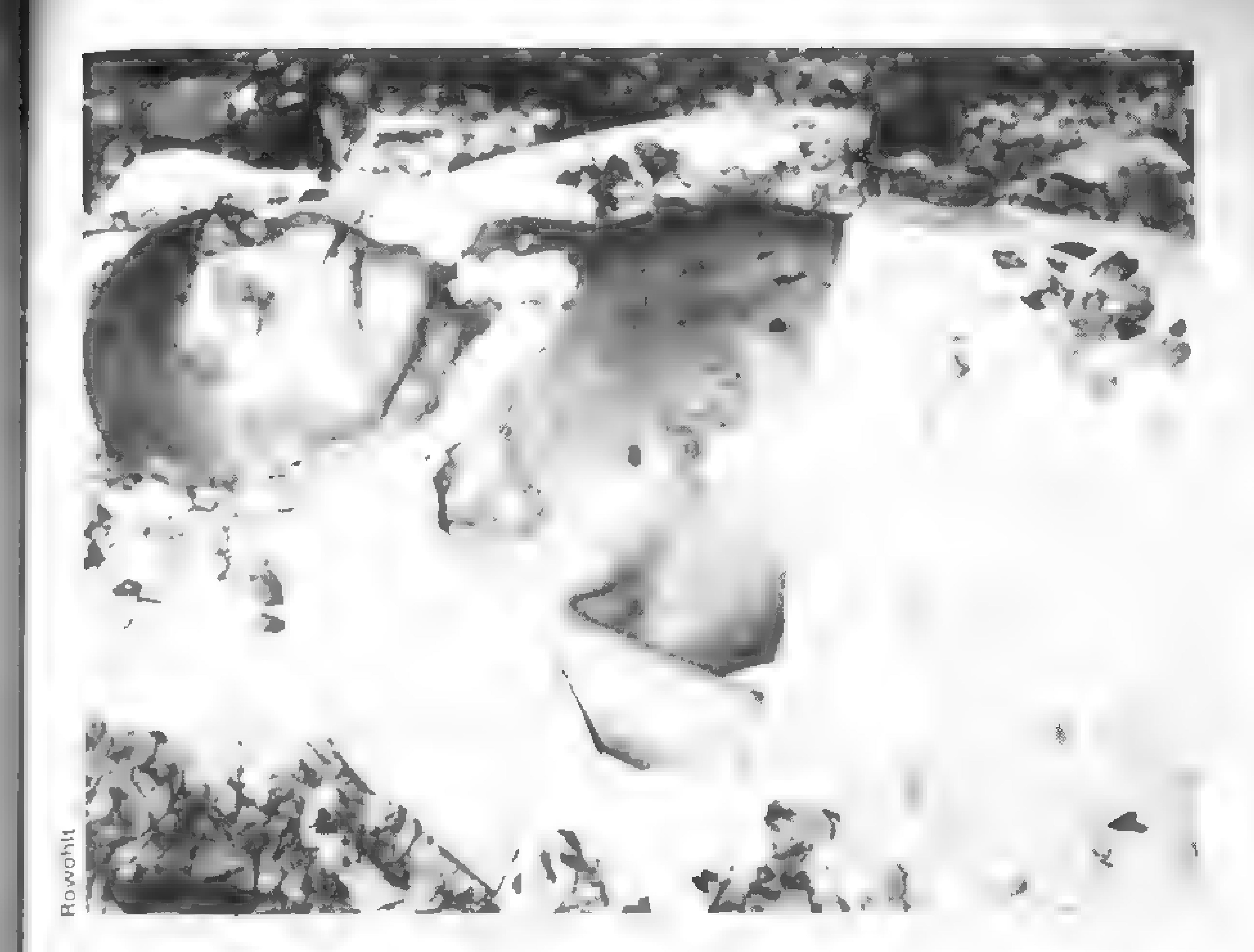
Media hora más tarde Gandhi tomó su cena, consistente en leche de cabra, verduras crudas y cocidas, y un *puding* de frutas



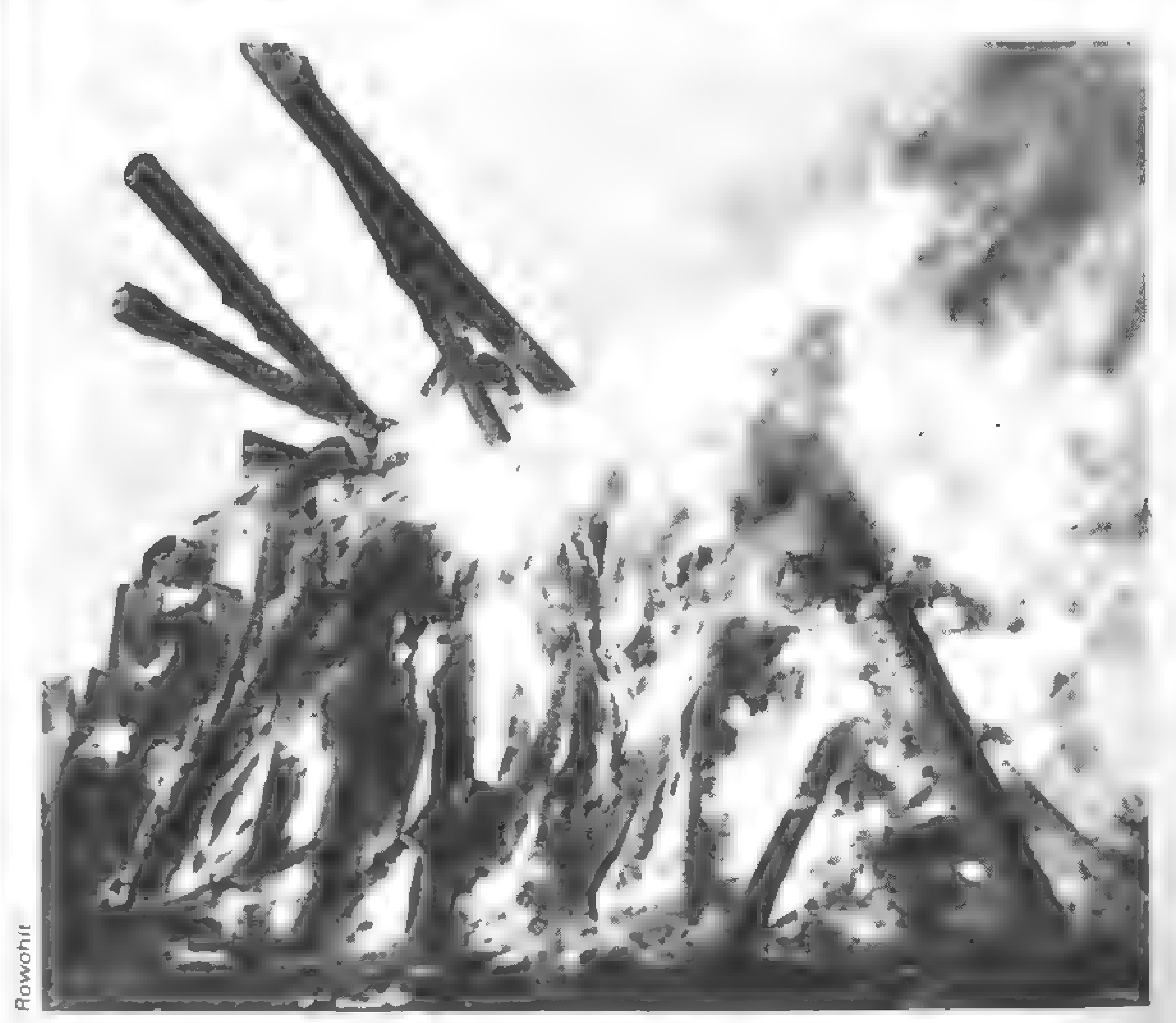
Rowohlt

Imágenes de Gandhi muerto e incineración de su cadáver. El Mahatma había dicho: «Si tengo que morir por el disparo de un loco, que sea con una sonrisa. Que Dios esté en mi corazón y sobre mis labios.»

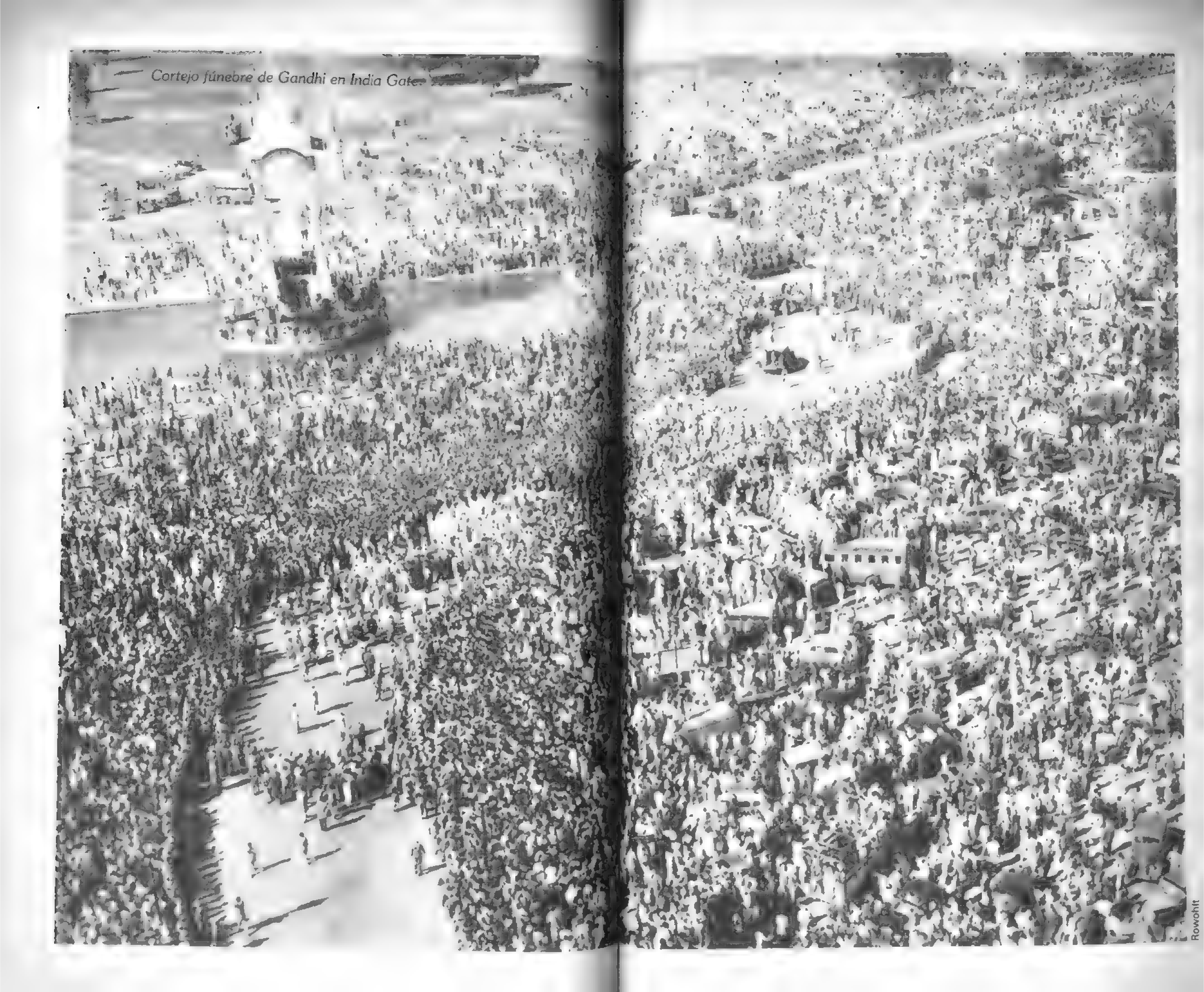
con jengibre, limón y acíbar. Continuó su conversación con Patel mientras comía. A las cinco en punto, una de sus acompañantes alzó el reloj de Gandhi, pues era cosa bien sabida que al Mahatma le agradaba sobremanera la puntualidad. Pero Gandhi aún se retrasó diez minutos, al cabo de los cuales salió apoyado en dos de sus acompañantes y se dirigió hacia la plaza de la plegaria, en la que había congregadas unas quinientas personas. Al ver a Gandhi, todos se alzaron y se apiñaron en torno suyo mientras caminaba en dirección a la plataforma de madera que tenía por costumbre ocupar durante la ceremonia. Entre los asistentes estaba Godse, pistola en mano, aguardando su oportunidad. Como la muchedumbre le apretujaba y le desplazaba, se abrió paso, salió al encuentro de Gandhi y desde muy cerca le disparó tres tiros a bocajarro. La sonrisa del Mahatma que saludaba a los reunidos desapareció de sus labios, bajó las manos, musitó: *He Rama* (¡Oh, Rama!), y cayó muerto. «La luz que iluminaba nuestras vidas se ha extinguido.» Estas palabras del Pandit Jawaharlal Nehru resumían los sentimientos de toda la nación.



Rowohlt



Rowohlt



Cortejo fúnebre de Gandhi en India Gate.

Rowohlt

13. Conclusión

Cuando el joven Mohandas Karamchand se encontró ante el dilema de elegir carrera, su corazón le impulsaba hacia la medicina, pero la rígida arquitectura de su entorno basada en castas le impidió seguir su deseo. En el futuro este sentimiento quedaría relegado al olvido y a la indiferencia. Consiguió ser un hábil abogado, un político inteligente y audaz, tenaz en las conversaciones como un buen bania. Pero la absoluta entrega a su misión y a sus deberes revela que, en el fondo, Gandhi era un médico de mirada penetrante y aguda en los diagnósticos, que prescribe los remedios, por amargos que sean, y obliga a tomarlos. (Digamos, entre paréntesis, que así obraba realmente en casos aislados.) En general, su terapia no pretendía curar el cuerpo y el alma de una sola persona, sino el organismo social del pueblo indio. Su método se basa menos en la política que en la pedagogía popular.

En sentido estricto, su único contacto con la medicina fueron sus experiencias dietéticas, sus curas de agua y de arcilla que aplicaba tanto a sí mismo como a los demás, corriendo a menudo un riesgo considerable. Profundamente desconfiado frente a médicos y hospitales, píldoras, inyecciones y vacunas, se vanagloriaba de su éxito como curandero. Incluso su dedicación al cuidado de sus hijos y su asistencia personal, con éxito, al alumbramiento de su hijo menor respondían a la praxis del *Do-it-yourself* ("Hágalo usted mismo"), lema con el que se identificaba totalmente. En 1921 publicó su *Guía de la salud*, en la que exponía el resultado de sus experiencias con los más diversos tipos de dieta vegetariana. Pero este afán por mantenerse sano llevando una vida natural está en él libre del egoísmo y las motivaciones que actualmente subyacen a esta actitud en Europa y América. Al contrario: es un deber del hombre devoto ofrecer a la divinidad un cuerpo puro y sano como habitáculo y como medio de actuación. A medida que envejece, la causa religiosa original de su concepdión de la salud va aflorando más a la superficie. Gan-



Rowohlt

Gandhi, en una de las posturas peculiares del yogui, durante una conferencia. La lucha del líder hindú no se agotaba en los aspectos políticos ni en las necesarias reformas religiosas, sino que englobaba ambas cuestiones en un cambio profundo del estilo de vida. Pretendía, en suma, crear una nueva cultura, basada en una amplia síntesis de todas las civilizaciones que han dejado su influjo en la India.

dhi fue un religioso que se había propuesto reformar la sociedad. La reforma política fue sólo un aspecto de su intención, mucho más general, de enseñar al pueblo.

A diferencia de otros reformistas, Gandhi fue mucho más práctico que teórico: los conocimientos abstractos que no podían ponerse en práctica no le atraían. Este criterio experimental guió sus actividades dietéticas y de continencia sexual, su renuncia a necesidades superfluas y su apoyo al trabajo manual. En su *Autobiografía* los llama experiencias con la Verdad. El objeto permanente de dicha experimentación fue él mismo. Desde su juventud le dominó el anhelo de ser una persona perfecta e irreprochable y no perdió nunca de vista el ideal hindú del *sannyasi*, de forma que año tras año y década tras década trabajó consigo mismo. Verdaderamente él se rehizo, logrando convertir a un hombre mediocre y limitado en el Mahatma. Este logro no lo aprendió durante sus años de trabajo en Africa del Sur, sino en su propia escuela interior en la que él era simultáneamente profesor y alumno. La biografía de Gandhi es la historia prodigiosa del segundo nacimiento de un hombre conseguido por su propio esfuerzo. Gandhi no pretendía una salvación individual, sino social. La experimentación y la práctica continuada de la acción desinteresada es el camino del *yogi*, que no busca la perfección en los conocimientos teóricos o en la entrega mística a la divinidad, sino en la vida cotidiana, en la práctica activa del amor. El hombre es un todo que pone en juego fuerzas espirituales como pensar o sentir cuando se concentra en la acción. Es una cuestión de intensidad, no de exclusividad.

Gandhi profesó durante toda su vida este *kharmayoga*, aunque no logró, pese a sus reiterados esfuerzos, encontrarse con el gran maestro Vivekananda. El término hindú *kharmayogi* podríamos traducirlo al lenguaje occidental, recogiendo la expresión acuñada por el propio Gandhi, como "idealista práctico".

Llamamos religioso al hombre que adora lo divino en cualquiera de sus manifestaciones y lo convierte en el centro de su vida. Esto hizo Gandhi desde fechas muy tempranas, siguiendo el luminoso ejemplo de su madre. Durante su infancia, el jainismo y el visnuismo, especialmente severo en Katiavar, sembraron en su alma infantil la semilla del *ahimsa*, teoría de la no-violencia frente a cualquier ser viviente. Si la persona practica esta doctrina, el *ahimsa* se manifiesta también en la metodología de la lucha política. Sin embargo, el *satyagraha* fue acuñado como definición de un procedimiento político, aunque para Gandhi carecía de sentido si no se conectaba con la raíz religiosa a partir de



Embajada de la India, Madrid

Gandhi en una intervención pública durante la Conferencia sobre Asia, celebrada en 1947. El mensaje del Mahatma trasciende las fronteras de su país.

la cual se nutrían todos sus pensamientos y acciones. Atenerse y perseverar en la Verdad, tanto en la teoría como en la praxis, es decir, en todos los ámbitos de la vida humana: he aquí el hilo conductor del Mahatma. De él extrae su reforma vital, su iniciativa de la pedagogía popular, sus métodos políticos.

Es evidente que en este punto una religiosidad estrictamente confesional es imposible. El edificio religioso-social del hinduismo, con su tensión dialéctica entre idolatría y adoración abstracta de un ser divino impersonal, favorece la generosidad y la apertura sin recelos a otras religiones. Así, el Mahatma, sin renegar del hinduismo, pudo interiorizar en un lugar relevante de su espíritu el Sermón de la Montaña, el *Corán* y el *Zen-Avesta*.

Gandhi posando ante el escultor norteamericano G. Davidson. El artista se enfrenta al difícil problema de lograr transmitir con su obra la enorme fuerza espiritual de un hombre que resumió en el amor y el respeto a la vida el contenido de una nueva revolución.



Embajada de la India, Madrid

Gandhi afirma que el *ahimsa* y el *satyagraha* son las dos caras de una misma moneda, y constituyen su mensaje póstumo a la posteridad. Fracasó al principio con su método de la no-violencia porque las masas no estaban maduras para las exigencias ético-religiosas que comporta y sin las cuales desemboca en la rutina de la resistencia pasiva. Ésta es la razón de sus incesantes cruzadas de pedagogía popular y de sus titubeos al plantearse acciones masivas. Al final de su vida practicaba el *satyagraha* con sus más íntimos colaboradores o simplemente él solo en sus marchas a través de Bengala y Bihar, en 1947, cuando estas regiones destilaban odio y sangre. La tragedia de su vida es su muerte violenta en la época más agitada y brutal que ha conocido la India actual. Gandhi no pudo evitar la lucha fratricida, y sufría

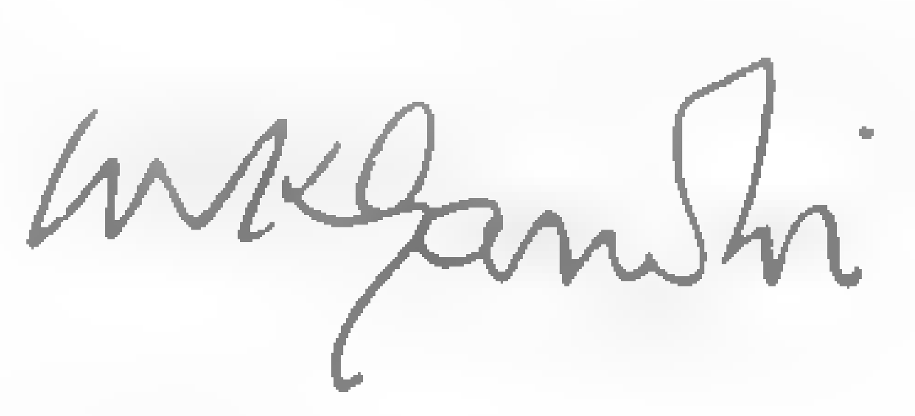
por ello. Es como si él hubiera llamado a la muerte como último recurso, y efectivamente: los disparos de Godse acabaron con el huracán de violencia que Gandhi no pudo dominar en vida.

La herencia de Gandhi es un conjunto de frases y pensamientos impresos; es la voz de un profeta en el desierto. Tras su muerte, sus métodos no han cosechado éxitos duraderos en ninguna parte del mundo, ni siquiera en la India: su pueblo le recuerda, pero no actúa siguiendo sus métodos y desde luego aún persiste la violencia en el terreno político y religioso. Las pocas personas que aún mantienen vivos sus ideales carecen de influencia política. Pero no es imputable a Gandhi que las personas se nieguen a cambiar si el cambio implica incomodidad y esfuerzo. Gandhi era una persona incómoda; y puesto que se modificaba



Tumba de Gandhi en Delhi, un lugar sagrado de la India contemporánea.

a sí mismo con dureza, exigía a los demás una actuación parecida. Al final, su herencia y enseñanzas no se sitúan en la política, sino en la ética, y se pueden comparar a las enseñanzas de Juan el Bautista: ¡*Metanoiete*! (¡Cambiad!). Cuando haya nuevos estados de necesidad en el mundo, quizá se recuerde que este "fakir medio desnudo" ofreció al mundo una triple solución y una salida a la hasta entonces problemática disyuntiva entre el uso de la violencia o la huida cobarde ante la injusticia —es decir, postuló la lucha no violenta—, armado únicamente con la fuerza moral personal; una actuación heroica hasta el sacrificio, con los ojos puestos en la fuerza moral de una causa justa. Así hemos desembocado en las fronteras de la acción, porque la voz moral del mundo no influye en un tirano brutal que la desprecia. Aun así, Gandhi conserva una poderosa capacidad de atracción para el individuo, porque el Mahatma ha sido el gran maestro del autodidactismo.



Monumento a Gandhi en Calcuta

Notas

1. Las citas textuales de Gandhi, excepto cuando se indica expresamente otra fuente, pertenecen a sus memorias autobiográficas, de las cuales existe una versión castellana publicada bajo el título de: *Autobiografía. Mis experiencias con la Verdad.* Madrid, Eyras, 1983, 9.ª ed.

2. Sarvapalle Radakrishnan: *Die Bhagavadgita.* Baden-Baden, 1958; pp. 100 ss.

3. Cit. por Louis Fischer: *Das Leben des Mahatma Gandhi.* Frankfurt, 1955; pp. 74. (Existe traducción española de Argos Vergara. Ver Bibliografía.)

4. Ibid., p. 96.

5. Cit. por Klaus Klostermeier: *Mahatma Gandhi. Freiheit ohne Gewalt.* Colonia, 1968; pp. 23 ss.

6. Ibid., pp. 28 ss.

7. Ibid., pp. 30 ss.

8. Klostermeier, op. cit., pp. 188 ss.

9. Ibid., pp. 40 ss.

10. Ibid., pp. 42 ss.

11. Cit. por Fischer, op. cit., p. 97.

12. Ibid., p. 101.

13. Ibid., p. 103.

14. Ibid., p. 107.

15. Fritz Kraus, *Vom Geist des Mahatma. Ein Gandhi-Brevier.* Baden-Baden, 1957. Cita tomada de *Young India,* 22 enero, 1925.

16. Ibid., pp. 262 ss. Cita tomada de R. R. Diwakar: *Glimpses of Gandhiji.*

17. Cit. por Walter Leifer: *Indien und die Deustschen.* Tubinga, 1969; pp. 338-340.

18. Ibid., p. 341.

19. Kraus, op. cit., p. 226. Cita tomada de Krishanalal Sridharani: *The Mahatma and the World.*

Cronología

1869 El 2 de octubre nace en Porbandar (Katiavar) Mohandas Karamchand Gandhi.

1882 Matrimonio con Kasturbai Nakanji.

1888 Estudios de abogacía en Londres, hasta 1891. Gandhi lee el *Bahagavadgita* y la *Biblia*.

1891 Regreso a la India. Ejercicio de la abogacía en Bombai y Rajkot. Modo de vida y vestimenta europeos

1893 Viaje a Africa del Sur. Gandhi llega a ser el dirigente político de los emigrantes hindúes.

1894 Fundación del partido del Natal Indian Congress.

1899 Gandhi organiza en la guerra contra los bóers un cuerpo de ambulancias hindú.

1903 Gandhi lee *Unto This Last*, de Ruskin.

1906 Gandhi comienza a utilizar sus métodos de lucha no violenta organizando la resistencia pasiva contra la legislación discriminatoria de Africa del Sur. Condenado varias veces a penas de cárcel.

1906 Crea un servicio de ambulancias en el levantamiento zulú. Voto del *brahmacarya* (castidad).

1907 *Satyagraha*: creación de los rasgos fundamentales del método de lucha de Gandhi.

1908 Gandhi lee *Civil Disobedience*, de Thoreau.

1909 Aparición del primer libro de Gandhi: *Hind Swaraj*. Intercambio epistolar con Tolstoi hasta la muerte de éste (20 de noviembre de 1910).

1910 Creación de la granja *Tolstoi*: experimentos con una colectividad comunista utópica. Gandhi abandona su próspera actividad como abogado y se traslada con su familia a la granja

1912 Voto solemne de renuncia a toda propiedad privada.

1913 *Satyagraha*: el 6 de noviembre cruza la frontera prohibida de Transvaal.

1914 Estalla la I Guerra Mundial. Gandhi retorna a la India

1915 Llega a Bombay el 9 de enero. Tagore le da el calificativo de *Mahatma*. El 20 de mayo Gandhi funda en Ahmedabad el Sabarmati Ashram. Modo de vida y vestimenta hindúes, reducidos a lo más imprescindible

1917 Primera acción *satyagraha* en la India, a favor de los plantadores de índigo de Champaran, en la región de Bihar.

1919 Huelga general contra la Rowlatt Bill. Se autorizan encarcelamientos sin sentencia judicial. Baño de sangre en Amristar. Actividad pública de Gandhi desde octubre a través de dos periódicos semanales: *Young India*, en inglés, y *Navajivan*, en gujarati.

1920 Elegido presidente, Gandhi dirige el Congreso. Comienza su lucha no violenta contra la dominación británica con los métodos desarrollados en Africa del Sur. Boicot a los tejidos ingleses promoviendo el hilado a mano entre las familias hindúes y la negativa a cooperar con la economía inglesa. Estrecha colaboración con los musulmanes en el movimiento *Khilafat*.

1921 En septiembre, Gandhi escoge como indumentaria el paño en torno a las caderas, símbolo del *swadeshi*.

1922 En febrero, huelga de impuestos en Bardoli, Gujarat. Agresión a la policía en Chauri Chaura. Gandhi interrumpe el movimiento de masas y emprende un ayuno. Detenido el 13 de marzo, el 18 del mismo mes es juzgado en Ahmedabad por incitación a la rebelión y condenado a seis años de cárcel.

1924 Liberado antes de tiempo por enfermedad. Fracaso del movimiento *Khilafat*. Tensiones crecientes entre hindúes y musulmanes. Gandhi ayuna durante 21 días en pro de la reconciliación entre ambos grupos.

1925 Fundación de la All India Spinners Association. Gandhi comienza a escribir su autobiografía que se publica en *Navajivan* en entregas semanales.

1928 La Navajivan Publishing House de Ahmedabad edita el libro de Gandhi *Satyagraha in Sout Africa*.

1930 12 marzo 6 abril marcha de la sal. Con 78 adeptos, Gandhi recorre casi 400 km desde Ahmedabad hasta Dandi. Detenido el 4 de mayo, permanece en prisión hasta el 26 de enero de 1931.

1931 5 de marzo: firma del Irwin-Gandhi Agreement: suspensión de la campaña de desobediencia civil al autorizar los ingleses la obtención de sal para consumo propio.
12 de septiembre: Gandhi llega a Londres para participar en la segunda Round Table Conference, que resulta un fracaso. Vuelve el 28 de diciembre con las manos vacías. Jawaharlal Nehru y Ghaffar Khan son encarcelados.

1932 4 de enero: Gandhi ingresa, junto con Patel, en la prisión de Yeravda. «Ayuno hasta la muerte» en contra de las elecciones separadas entre hindúes e intocables. Tras seis días de ayuno, se firma el pacto de Yeravda entre hindúes e intocables con el asentimiento inglés (26 de septiembre).

1933 Gandhi publica desde febrero la revista semanal *Harijan* (en 1942, aparece en diez lenguas hindúes). Campaña a favor de los intocables.

1934 Gandhi abandona la dirección del Congreso y deja de pertenecer a él como miembro

1935 Gandhi, sin cargos, se dedica por entero a la construcción de su movimiento popular.

1937 Triunfo electoral del partido del Congreso: ministros hindúes en nueve de un total de once provincias.

1939 Estalla la II Guerra Mundial. Gandhi escribe a Hitler.

1940 Gandhi contra la intervención india en la guerra. Llamamiento al boicot de los preparativos bélicos.

1942 Los japoneses en Burma. La misión de sir Stafford Cripps es rechazada. Gandhi exige la completa independencia de la India: resolución *Quite India* del 8 de agosto. Gandhi es encarcelado al día siguiente junto con otros dirigentes del Congreso. Se produce una sublevación masiva. Estando preso en Poona, muere Kasturbai.

1944 Gandhi es liberado el 6 de mayo por motivos de salud.
Fracaso de los intentos por llegar a un acuerdo con la Liga musulmana dirigida por M. A. Jinnah.

1945 Fin de la II Guerra Mundial.
El fracaso de la Conferencia de Simla, presidida por Lord Wavell, impide la unión de hindúes y musulmanes. Jinnah exige la división de la India. El 16 de agosto tienen lugar en Calcuta violentos disturbios que se extienden a Bengala y Bihar.

1947 El primer ministro inglés, Clement Atlee, anuncia el 3 de junio la división de las Indias Británicas en Pakistán y la India. El Congreso y la Liga musulmana dan su beneplácito. Para Gandhi es «una tragedia espiritual». Ambos Estados alcanzan su independencia el 15 de agosto.

1948 El 20 de enero, en Nueva Delhi, Gandhi sufre un atentado con bomba. El 30 de enero, poco después de las cinco de la tarde, muere asesinado por el fanático hindú Nathuram Godse, en Nueva Delhi.

Testimonios

Hem Barua

En los días de la lucha por la independencia, Gandhi dotó a la nación de un idealismo esencial e introdujo la ética en la política. El decía: «La política es un arte noble que todo ciudadano debería cultivar.» ¿Es aplicable este pensamiento a la política actual? ¿No la hemos degradado completamente? Ya en 1947, Gandhi había previsto el futuro: «Temo que no sabremos conservar la libertad que hemos ganado hoy.» A pesar de todo tengo grandes dudas de si Gandhi presentía que la India libre, por la que trabajó tan incansablemente, se convertiría un día en un nido de estraperlistas, oportunistas y políticos corruptos. Desgraciadamente la India ha olvidado a Gandhi y le ha arrinconado de un modo especialmente grosero en el desván de la historia.

Albert Einstein

Un dirigente de su pueblo sin especiales apoyos de las autoridades, un político cuyo éxito no se basa en el poder de la tecnología, sino sencillamente en la fuerza convicente de su personalidad; un luchador victorioso que rechazó siempre el empleo de la violencia, un hombre sabio y modesto armado con una capacidad de resistencia decidida e inquebrantable, que se consagró con todas sus fuerzas a mejorar a su pueblo; un hombre que frente a la brutalidad europea prefería la dignidad del simple ser humano, demostrando así su espíritu superior.
Quizá las generaciones venideras duden alguna vez de que un hombre semejante fuese una realidad de carne y hueso en este mundo.

Gopal K. Gohale

No ha existido un espíritu más puro, noble, valiente y elevado en el mundo. Gandhi es uno de esos hombres acostumbrados a una vida severamente ascética y que exigen a sus semejantes la práctica del amor, de la verdad y de la justicia, e infunden a sus hermanos más débiles fe en el futuro. Es un gran hombre, un gran héroe, un gran patriota, y bien podemos decir que con él la India ha alcanzado su punto culminante en nuestra época.

Karl Jaspers

Este hombre perseguía lo imposible: hacer política con métodos no violentos; y obtuvo un resonante éxito. ¿Se hizo, pues, posible lo imposible?
1. Gandhi aborrecía la violencia física. La sufrió en su propia carne en detenciones sin cuento, peligros mortales y finalmente en su asesinato. ¿Pero era esa la

razón de su absoluto rechazo de cualquier tipo de violencia? He aquí el punto fundamental. Por mucho que diga clara y sinceramente que él quería convencer, convertir, que su objetivo era llegar a un acuerdo con su oponente, de hecho practicaba y potenciaba la coacción moral. Su tolerancia personal, acrecentada desmesuradamente por la tradicional resignación del pueblo hindú, se convirtió en «violencia» que acabó por expulsar a los ingleses de la India.
Conviene recordar aquí la antigua enseñanza hindú sobre la violencia de los ascetas, los cuales, a fuerza de autoviolentarse continuamente, acumulan una potencia mágica que les lleva a dominar las cosas. Hasta los dioses tienen la potencia de tales ascetas. La autodisciplina de Gandhi es inconcebible sin violencia interna. Pero tal violencia contra sí mismo no es un libre hacerse-a-sí mismo. Por ello, quien se violenta a sí mismo está preparado para violentar a los otros. La violencia sobre el otro bajo la forma de presión moral es un elemento característico de la actividad de Gandhi.
2. Aunque sus postulados sobre la no-violencia no la eliminaban de hecho, Gandhi logró pese a todo su éxito político sin violencia física, bien es verdad que acompañado de un mínimo de actos violentos, no deseados por él, por parte de individuos aislados. ¿Pero encontró el método político por el que el derecho vence a la violencia? Esta es la segunda pregunta capital. Es decisivo para la comprensión de su obra comprobar hasta qué punto se trata de un acontecimiento único, altamente singular. La historia enseña que es factible generar sumisión si se amenaza con el exterminio personal: como los atenienses en Samos, los romanos en Palestina, la Iglesia medieval en Provenza, Cromwell en Irlanda. El dominio absoluto, sea político o religioso, es posible siempre que se ejerza férreamente y sin escrúpulos. Este terror origina sumisión y a ella se subordinan incluso los pueblos orgullosos de su libertad.
Ante la gran pregunta: ¿hasta dónde está dispuesto a llegar el poder cuando se ve amenazado?, los ingleses decidieron que la pérdida del dominio era preferible al terror absoluto. Ghandi podía hablar en público. Incluso se permitía su actuación desde la cárcel. La gestión de Gandhi tenía cabida en el liberalismo inglés y en su concepción del derecho; y, en este sentido, dicha gestión es mucho más el resultado de la orientación política inglesa que de la de Gandhi.
Asombra, sin embargo, el hecho, de que un hombre, con claro conocimiento de causa y convincente por su trayectoria vital, haya hecho política desde fuera de la política.

Martin Luther King
Gandhi fue el primer hombre de la historia que situó la ética del amor de Jesús por encima de la simple relación individual, elevándola en gran escala a una potencia formidable y socialmente eficaz. El amor fue para Gandhi un poderoso medio de transformación social y colectiva. En su método, basado en el amor y en el empleo de la no-violencia, descubrí la vía para una reforma social que había buscado durante tantos meses. El pragmatismo de Bentham y Mill, los métodos revolucionarios de Marx y Lenin, la teoría del contrato social de Hobbes, el optimismo del «retorno a la naturaleza» de Rousseau y la filosofía del superhombre de Nietzsche no me produjeron satisfacción intelectual o moral alguna; pero sí la encontré en Gandhi, en su filosofía de la resistencia no violenta. Así llegué al convencimiento de que este es el único método moral y prácticamente sano que podían utilizar los oprimidos en su lucha para la libertad.

Jawaharlal Nehru
Este hombre pequeño, de escasa fuerza corporal, tenía la dureza del acero, algo del granito; no cedía ante fuerzas terrenales por grandes que fueran. Pese a su

presencia física insignificante, al paño en torno a las caderas y al cuerpo desnudo, había en él una superioridad regia que forzaba a los demás a obedecerle espontáneamente.
Lleno de convicción y serena meditación, delicado, humilde, rebosaba no obstante fuerza y autoridad. Consciente de esto, era a veces lo suficientemente imperioso como para dar órdenes que exigían obediencia. Sus ojos, serenos y profundos, cautivaban y sondeaban suavemente tu interior; su voz, clara y sonora, sabía sonar lisonjeramente en los oídos y suscitar un respuesta apasionada. Ya fueran sus oyentes una persona o mil, su encanto y su capacidad de seducción se apoderaban de ellos y cada uno tenía la sensación de ser su único interlocutor.
Esta capacidad de fascinación no era fruto de la elocuencia o de la retórica de sus frases. En su lenguaje, siempre sencillo y conciso, raramente se deslizaban palabras innecesarias. Era su extrema rectitud como hombre y su personalidad lo que impresionaba.
Una de las facetas más notables de Gandhi era y es su capacidad de atraer a sus oponentes a su causa, o al menos de desarmarlos.
Su lenguaje era sencillo y sin florituras, su voz y su apariencia serenas y desnudas de toda conmoción espiritual, pero tras esta capa de hielo externo, ardía un fuego abrasador de concentrada pasión: sus palabras penetraban hasta el más profundo rincón de nuestros cerebros y corazones, y provocaban allí una singular agitación. Predicaba un camino, que aunque duro y difícil, también era animoso, y llevaba, o al menos así parecía, a la tierra prometida de la libertad. ¡Qué hombre tan maravilloso era Gandhi, con su asombroso y generalmente irresistible encanto y su poder sutil sobre las personas!
Sus escritos y sentencias apenas dejaban traslucir su interior, su personalidad era mucho más rica de lo que se podría deducir por sus testimonios. Infundió al pueblo hindú valor y virilidad, disciplina y tenacidad, la fuerza para sacrificarse alegremente por una buena causa, y con toda su modestia, también orgullo. Era la fiel encarnación de la India, del espíritu de este país antiguo y vejadísimo. El *era* precisamente la India, y también sus debilidades eran debilidades indias. Menospreciarle no era una cuestión personal, sino una ofensa a la nación; virreyes y otras personas que se permitieron estos gestos despectivos, no supieron calibrar la peligrosa simiente que sembraban.
Sus escritos no le hacen justicia; él es muy superior a lo que escribe, por lo que no es del todo justo citar lo que escribió y criticarlo. Su sonrisa dispensa alegría, su risa es contagiosa e irradia felicidad. Hay en él algo infantil que cautiva. Cuando entra en un cuarto, el aire fresco que lo envuelve purifica la atmósfera. ¡Qué problema y qué enigma, no sólo para el gobierno inglés, sino también para su propio pueblo y sus más próximos colaboradores! En cualquier otro país quizá hubiera estado fuera de lugar, pero la India parece entender, o al menos apreciar, al tipo humano profético religioso, que habla del pecado, de la redención y de la renuncia a la violencia.
Atraía a la gente, pero en última instancia era un convencimiento intelectual lo que la llevaba hacia él y la mantenía a su lado. Podían no estar de acuerdo con su filosofía vital o incluso con muchos de sus ideales; la mayoría quizá ni le entendiera, pero la acción que él proponía era algo palpable que podía ser captado y valorado con el entendimiento.

Bertrand Russell
La independencia de la India ha convertido a Gandhi en un santo y ha relegado al olvido sus enseñanzas.

Arnold J. Toynbee
Hay que eliminar la sordidez y la miseria, y para llevar a cabo dicha tarea se precisan héroes que corran el riesgo de mancharse las manos. La miseria que entraña la política es una miseria moral, y el peligro que acecha a quien se dedica a estos menesteres es un peligro de tipo moral. Por este motivo muchos espíritus sensibles, puros y nobles, han renunciado a participar en la vida política. Y esta reserva, aun siendo natural, desemboca en un círculo vicioso porque no cabe redimir la política sin el concurso de tales espíritus entregados de lleno a esta labor tan poco atrayente. Este objetivo de redimir la política se hace mucho más acuciante a medida que la tecnología aumenta la capacidad de dominación del hombre, puesto que es en el ámbito político donde más se aplica la fuerza para constreñir o configurar las relaciones humanas. En nuestra era atómica, mucho más que en el pasado, necesitamos santos que asuman el riesgo espiritual de dedicarse a la política. Gandhi se hundió hasta el cuello en ella, pero salió espiritualmente indemne gracias a la que, en mi opinión, es una de las características más notables de su personalidad: su inmersión en el sórdido ambiente de la política sin sufrir contaminación alguna, aunque creo que en su intimidad más honda se mantuvo despegado de la política incluso cuando físicamente estaba más absorbido por ella.

Bibliografía

Obras de Gandhi en castellano

Autobiografía. Mis experiencias con la verdad. Madrid, Eyras, 1983, 9.ª ed.
¿Defensa armada o defensa popular no violenta? Barcelona, Nova Terra, 1977.
Todos los hombres son hermanos. Madrid, Atenas, 1981.

Obras sobre Gandhi

DREVET, C.: *Gandhi. Su pensamiento y acción.* Barcelona, Fontanella, 1962.
FISCHER, L.: *La vida de Mahatma Gandhi.* Barcelona, Argos Vergara, 1983.
KUMAR, Ch. y PURI, M.: *Mahatma Gandhi. His life and influence.* Londres, Heinemann, 1982.
LASSIER, S.: *Gandhi et la non-violence.* París, Seuil, 1970.
PAYNE, R.: *The Life and Death of Mahatma Gandhi.* Londres, The Bodley Head, 1969.
ROLLAND, R.: *Gandhi.* Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1976.

Agradecimientos: Salvat Editores, S. A. agradece a la Embajada de la India en España la cesión desinteresada de imágenes para ilustrar esta obra.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.

GANDHI

"He aquí al hombre que ha sublevado a trescientos millones de hombres, quebrantado el imperio británico e instaurado en la política humana el movimiento más poderoso desde hace dos mil años."
(Romain Rolland)

"Quizá las generaciones venideras duden alguna vez de que un hombre semejante fuese una realidad de carne y hueso en este mundo."
(Albert Einstein)

"La independencia de la India ha convertido a Gandhi en un mito y ha relegado al olvido sus enseñanzas."
(Bertrand Russell)

GANDHI Heimo Rau

4

SALVAT

GANDHI

HEIMO RAU

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS